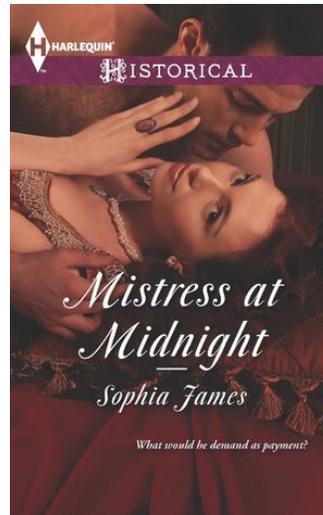
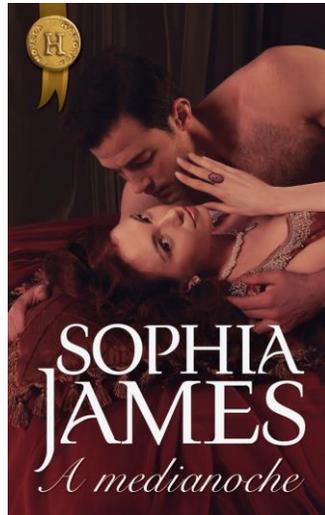


2º serie Hombres de Peligro

SOPHIA
JAMIES
A medianoche





Libro 2 de la serie Hombres de Peligro (Men of Danger)

Las más oscuras horas de la noche traían las más intensas pasiones...

Perseguida por los rumores de la sospechosa muerte de su marido, Aurelia Saint Harlow se había retirado de la sociedad. Para garantizar el futuro de su familia, solo había un hombre que podía ayudarla. Y ese hombre le exigió como pago... ¡un beso!

Lord Stephen Hawkhurst encontraba a aquella problemática belleza imposible de resistir. Pero Aurelia era sospechosa de traición y, como principal espía al servicio de Inglaterra, Hawkhurst debía descubrir todos y cada uno de sus secretos...

Nota de la autora

Tres muchachos sin hogar y sin padres son enviados a Eton, donde forjan un lazo indestructible de amistad.

En ese momento poderosos lores, necesitan casarse, pero las complejas y misteriosas mujeres que eligen harán que el camino de la felicidad no sea fácil.

La historia de Lucas Clairmont apareció en *Mágico encuentro*, Stephen Hawkhurst es el protagonista de *A medianoche* y la historia de Nathaniel Lindsay será la siguiente en aparecer.

Uno

Junio de 1855, Inglaterra

Stephen Hawkhurst, lord de Atherton, sintió el viento que se levantaba del fondo de la Taylor's Gap, con su sabor salado. Frunció el ceño mientras inspiraba profundamente. Una barandilla de tacto suave era lo único que lo separaba del otro mundo.

Terminar era muy fácil. Dejarse caer sin más y sumergirse en el olvido. Empujó la barandilla y sintió que cedía. Unas pocas piedras, desprendidas por el movimiento, rodaron pendiente abajo para desaparecer en el vacío.

—Si saltáis, necesitaréis aterrizar exactamente entre aquella roca de allá y el acantilado —dijo una voz, con una pequeña mano enguantada señalando hacia abajo—. Si os desviáis hacia la izquierda, iréis a dar contra aquellos arbustos, y una caída así podría dejaros simplemente lisiado. La derecha sería una mejor opción si os respetaran las rocas antes de caer al agua. Sin embargo, si fuerais un buen nadador... —se interrumpió.

Tensándose, Hawk se volvió y descubrió a una mujer cerca de él, con un velo negro escondiendo cada rasgo de su rostro. Llevaba ropas gruesas y prácticas. ¿Una dama dedicada al comercio, quizá? ¿O la hija de un mercader? ¡Cómo podía tener tan mala suerte! Estaba lejos de cualquier parte y de repente tenía a la voz de la razón demasiado cerca.

—Puedo estar sencillamente admirando la vista —la irritación de sus palabras resultaba impropia y él era un hombre que rara vez se mostraba grosero con las mujeres. Pero aquella estaba lejos de sentirse acobardada.

—Si ese fuera el caso, señor, estaríais mirando hacia el horizonte. El sol se está poniendo y esa sería la vista que debería atraer vuestra mirada.

—Entonces quizá esté cansado...

—La fatiga se muestra en un andar cansino y una sesión de fuerte ejercicio físico os habría dejado las botas llenas de polvo.

Bajó la cabeza para mirarse las botas. Stephen pudo imaginar su satisfacción cuando vio sus negras y brillantes botas hesianas. Deseó que se volviera y se marchara de una vez, pero la dama se quedó donde estaba, tranquila y en silencio.

Echando un vistazo a los caminos de alrededor, se dio cuenta de que estaba sola. No era habitual en una dama andar sin carabina.

Se preguntó cómo habría llegado hasta allí y a dónde se dirigiría.

Tenía un agujero en el pulgar del guante derecho, con la uña asomando, sin pulir y mordida. El sombrero que llevaba escondía completamente su cabello, aunque un rizo de un color rojo fuego había escapado del mismo y se derramaba sobre la oscura ropa como un reguero de rubíes en un filón de carbón. Bajo las notas de un perfume más denso, detectó una ligera fragancia a violetas.

—De niña venía aquí mucho con mi madre. Ella se quedaba donde estoy yo ahora y me hablaba de lo que había al otro lado del mar y en todas las direcciones que yo le señalaba.

Esto lo dijo de repente tras unos largos minutos de silencio. A Stephen le gustó que no sintiera la necesidad de llenarlo con cháchara.

—Francia está allí, y Dinamarca allá. Unos cuantos miles de millas al Nordeste, un barco se encontraría con la rocosa costa de Noruega.

Tenía un ligero acento, aunque su cadencia tenía un timbre que Hawk no reconocía. El pensamiento le hizo gracia, porque él era un maestro de discernir lo que la gente deseaba o no transmitir. Al fin y al cabo, había edificado su vida a partir de aquel rasgo.

—¿Dónde está vuestra madre ahora?

—Oh, abandonó Inglaterra hace muchos años. Era francesa. Y mi padre no deseaba entorpecer sus viajes.

Su interés se vio firmemente cautivado mientras retrocedía un paso.

—¿Él no la acompañó, entonces?

—Mi padre adoraba la literatura. Su afición a los viajes era tan pequeña como grande la de mi madre. Una habitación llena de libros era lo único que necesitaba para colmar sus deseos de aventura. Los viajes de ella le habrían incomodado.

—¿La aventurera y el académico? Una interesante combinación. ¿A qué progenitor apreciabais más? —la pregunta surgió de manera inopinada, porque Stephen no había tenido intención de formularla, pero aquella mujer tenía un encanto que era... inesperado. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se había sentido tan vivo como en aquellos momentos, en su compañía.

Ella alzó una mano para ceñirse mejor el velo. A la luz oblicua del atardecer, Stephen alcanzó a advertir una nariz finamente cincelada.

—A ninguno. La voluntad para hacer exactamente lo que se quiere exige una cierta cantidad de tiempo libre, un lujo que yo no puedo permitirme.

—¿Porque pasáis los días ordenando la inmensa biblioteca de vuestro padre? —preguntó él, y se descubrió sonriendo.

—Todo el mundo tiene una historia, señor, aunque vuestras suposiciones son tan inciertas como cualquier historia que yo pudiera inventarme sobre vos.

Retrocediendo otro paso, rozó el arbusto que se hallaba a su espalda.

—¿Que diríais vos sobre mí?

—Que sois un hombre acostumbrado a dirigir hombres, aunque pocos son los que os conocen.

Tenía toda la razón. Rara vez se revelaba ante nadie como lo que era realmente.

Pero ella no había terminado. Tomándole una mano, le volvió la palma y delineó sus arrugas con el dedo índice. Stephen sintió el impulso de retirarla, de rechazar las cosas que ella podría o no podría ver en su mano.

—Tenéis una alta voz de *falsetto* en el canto, rara vez bebéis licores fuertes y nunca apostáis a las carreras de Año Nuevo en Newmarket.

Su voz tenía una nota de humor, con lo que Stephen respiró aliviado.

—Justamente. Deberíais poner un tenderete de adivinadora en Leadenhall.

—Es un don que tengo, señor —repuso, y ladeó la cabeza mientras lo estudiaba como una naturalista que examinara un insecto antes de traspasarlo con una aguja.

Había algo en su inmovilidad que resultaba inquietante y él se esforzó todo lo posible por discernir el resto de sus rasgos.

—¿Tenéis un nombre? —de repente quiso saber quién era y de dónde procedía. Las casualidades rara vez eran lo que parecían.

Su trabajo le había enseñado eso, al menos.

—Aurelia, milord —le dijo, pronunciando la última palabra con un tono que él conocía demasiado bien. No le dio su apellido.

—¿Sabéis quién soy, entonces?

—He sabido de vos por gentes muy diferentes.

—Ya, y los rumores de desconocidos siempre son de confiar.

—En mi experiencia, hasta los chismes más fantasiosos contienen una dosis de verdad. Se dice que habéis pasado mucho tiempo lejos de Inglaterra y de su sociedad.

—Tiendo a aburrirme fácilmente.

—Oh, lo dudo mucho.

—Y a la decepción también, con la misma facilidad.

—Una explicación que podría explicar vuestra presencia aquí, en Taylor's Gap.

Stephen respiró profundamente. La posibilidad de chantaje acechaba de pronto.

Ella se volvió entonces para mirarlo directamente y se alzó el velo. Lo primero que registró fueron las pecas que salpicaban una bella nariz. Luego vio que un ojo era azul y el otro castaño oscuro. ¡Un ángel desigual!

—Fue un accidente. Una hemorragia. De niña, me caí del caballo y me golpeé con fuerza en la cabeza —el tono de la explicación parecía sugerir que la

había dado muchas veces.

Tenía un cutis tan pálido que se le transparentaban las venas de las sienes. Se discernían apenas, como el dibujo de las alas de una mariposa. Quiso inclinarse para tocar algo tan delicado, pero no lo hizo porque algo en su mirada lo detuvo. Conocía aquella familiar mirada de súplica: sus numerosas propiedades contenían la promesa de una esplendidez que resultaba demasiado tentadora. Incluso para ella.

La decepción que eso le produjo se le clavó en el pecho antes de que ella empezara a hablar.

—Quisiera pedirlos un favor, lord Hawkhurst.

Ya estaba. Ya lo había dicho, y en las actuales circunstancias él tendría que mostrarse generoso. No todo el mundo podía ver en él tan claramente sus demonios internos.

—Por supuesto.

—Tengo una hermana, Leonora Beauchamp, tan joven como hermosa, a la que deseo casar con un hombre que la cuide bien.

Conforme escuchaba sus palabras, surgió la furia.

—Yo no estoy en el mercado matrimonial, *madame*.

—No se trata de una petición de matrimonio —le temblaba la voz cuando continuó hablando—. Simplemente quiero que la invitéis al baile que sé que celebraréis la semana que viene en vuestra casa de la ciudad. Yo la acompañaría. Con un baile o dos, serviría. Después de eso, os prometo que nunca más volveré a importunaros.

La furia que sentía remitió ligeramente.

—¿A qué casa debo enviar las invitaciones?

—Braeburn House, en Upper Brook Street. Cualquier recadero conocerá la dirección.

—¿Qué edad tiene vuestra hermana?

—Dieciocho.

—¿Y vos?

Ella no respondió y Stephen sintió que se le apretaba el corazón mientras la miraba.

—¿Así que vos sois Aurelia Beauchamp?

La forma en que negó con la cabeza lo sorprendió.

—No, ese es el apellido de Leonora, pero si os dignarais recibir a mi hermana en vuestra casa y superar cualquier... recelo, yo os estaría enormemente agradecida —quitándose un guante, rebuscó en un bolsillo y sacó una cadena con un único diamante engastado en oro blanco—. No os pediría que hicieseis esto por nada, pero si aceptáis el trato, esperaríais que os atuvierais a él, sin excusas. ¿Podrís prometerme eso?

El interés empezó a ganar terreno a la furia. El rubor que veía extenderse por su rostro era el más atractivo que había visto nunca en mujer alguna. ¡Era tan bella! Bajo el tejido calado del guante que conservaba distinguió un anillo.

¿Estaría casada? Si ella hubiera sido su esposa, no la habría dejado vagar por ahí tan desprotegida.

Se sonrió ante tales pensamientos. ¿Desprotegida? Dios, ¿finalmente estaba empezando a desarrollar un mínimo sentido del bien y del mal? ¿Un sentido de la justicia? Treinta y un años había vivido, a cuál más duro. Cerró los puños mientras respiraba profundamente. Las almas de aquellos a los que había enviado al otro mundo parecían reclamarlo.

Por la reina, por el país o por las dudosas necesidades de los hombres que habían dirigido durante décadas, erróneamente, su política exterior. Inglaterra no le había dado las gracias y él tampoco había querido que lo hiciera. Pero a veces, en un tranquilo rincón del mundo como aquel, y en compañía de una mujer tan bella como enigmática, le entraban deseos de... otra cosa.

No podía nombrarla. Estaba demasiado apartada de los caminos que había seguido, al principio por deseo y excitación y, a esas alturas, por costumbre y hastío.

El asesinato, incluso en las circunstancias de la seguridad nacional, siempre le había parecido injusto. Así se lo habría dicho su padre, y su madre también, si hubieran vivido. Pero hacía tiempo que habían muerto y el único familiar que le quedaba era Alfred; la trastornada mente de su tío seguía viviendo en la segunda campaña de la guerra peninsular dirigida por Wellington, perdido el sentido de la realidad.

El sol bañaba el rostro levantado de aquella mujer, pintando su perfecto cutis con el rubor rosado del atardecer. Su sola vista quitaba el aliento. Como la de un ángel ofreciendo la redención a un pecador, con su frágil sosiego abrigando un corazón durante largo tiempo revestido de hielo.

—Guardaos la joya, *madame*, porque me entrarían ganas de demandaros otro tipo de pago bien diferente, aquí al aire libre y lejos de cualquier otro ser humano —el latido de su creciente deseo reverberaba bajo la broma. Parte de él sabía que no debería expresar una petición que resultaba tan inapropiada como banal, pero otra, más poderosa, ignoró la advertencia. Él era un hombre que había vivido durante años en la tierra de las sombras y la mala reputación, y eso, suponía, se le había contagiado. Sabía que debería dar media vuelta y marcharse, para conservar la poca decencia que todavía le quedaba.

En lugar de ello, dijo aquello en lo que no había dejado de pensar desde que la conoció.

—Lo único que quiero como pago es un beso, regalado libremente y sin ira. Ella rechazó la idea con un gesto de su mano. El diamante relampagueó,

recuerdo incómodo, en su dedo.

—No lo entendéis, milord. Es mi hermana a quien necesito que introduzcáis en sociedad. No estoy buscando aquí una amistad para mi persona...

—Entonces rehúso vuestra petición.

Se quedó quieta y callada, con sus largos y finos dedos jugueteando con los oscuros pliegues de su falda. Detrás de ella, los pájaros se congregaron para un último canto coral antes de adormecerse.

—¿Solo un beso, decís? —susurró.

Un intenso rubor de sangre floreció bajo su palidez.

Él no tardaría en conocer su nombre y entonces la despreciaría como hacía todo el mundo, y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Pero la oportunidad de que Leonora ascendiera a los más altos escalones de la sociedad londinense no era cosa de poca importancia.

Una oportunidad.

Si el destino tenía aquella manera de lanzar un salvavidas a alguien, ¿quién era ella para rechazarlo? Incluso aunque él le hubiera exigido más, ella no habría podido negarse. Por Leonora y por las gemelas. Las apuestas se habían elevado conforme habían empeorado sus circunstancias, y su padre... Sacudió la cabeza. No pensaría en él.

Dios, ¿por qué no aceptaba de una vez la cadena y terminaba con aquello? Valía mucho más que el absurdo que pedía. ¿Y cómo iba a hacerlo? ¿Se plantaría ante él y esperaría, o demandaría él algún tipo de flirteo previo?

Una negativa serviría de acicate a un hombre como él. lo sabía, Mejor era mostrarse razonable y permitirle aquel pequeño favor, pegar los labios a los de él y cerrar los ojos, con fuerza, hasta que todo terminara.

Pero el contacto de su dedo en su cuello interrumpió todo rumbo racional de pensamiento, con una gentil caricia tan sensual como inesperada. Si hubiese sido más fuerte, se habría marchado en seguida. Pero aquella caricia regalada por un hombre cuya sola mención bastaba para provocar la histeria y el frenesí en la mayor parte de los miembros del sexo débil en Inglaterra resultaba hipnótica, y de repente no fue capaz ni de moverse ni de negarse.

La tela de su vestido se le antojó de pronto gruesa y rígida, resistente barrera a cualquier tipo de caricia íntima. Se alegraba de contar con tan buena armadura.

Le sorprendió el gesto que tuvo él de quitarle el sombrero, con sus cintas ondeando al viento cuando cayó al suelo a sus pies.

—El color del fuego —dijo, refiriéndose a su pelo.

«O el de la vergüenza», pensó ella, bajo la luz morada del atardecer. En su expresión podía ver lo que tan a menudo había visto en la de los demás.

Incertidumbre.

Todas las dificultades de su vida resurgieron de golpe, vagando libre por su mente, y cerró los ojos.

—No. Quiero que me veáis —y esperó a que volviera a abrirlos.

Se acercó más, con el aliento acariciándole la piel. Un borde dorado rodeaba el verde oscuro del iris de sus pupilas. Habría podido perderse en aquellos ojos, como el profundo cielo reflejado en un cielo fantasmalmente profundo. Desorientada, sintió que la atraía hacia sí, con sus musculosos brazos. Recordaría aquel momento tan especial durante todos los días de su vida, pensó con un calor de anticipación latiendo por dentro. Vio que su sien derecha tenía una cicatriz en forma de arco, que se perdía bajo la línea del pelo.

La sangre se impuso al miedo, como un río que desbordara su cauce para correr libre por una tierra que no le pertenecía, arrasándolo todo a su paso. Un paisaje cambiante. Una verdad alterada.

El calor que él despedía era sorprendente. Cada centímetro de su piel ardió cuando sus labios se apoderaron de los suyos, ignorando la pequeña muestra que ella pensaba darle y abriéndole la boca con la lengua.

La dura caricia de su lengua la alborotó por dentro. Como por propio acuerdo, alzó los brazos hasta su cuello, enterrando los dedos en su pelo oscuro, apretándose contra él. Lo sintió excitarse en medio del abrazo; un doloroso deseo se impuso a cualquier sentido de la prudencia y se entregó aún más a él. Su cuerpo entero emanaba deseo. La respiración de aquel hombre era tan acelerada como la suya, sin control.

Quería más. Quería aquello sobre lo que solamente había leído y soñado en su lecho por las noches, cuando la casa ya dormía.

Podía sentir su masculinidad a través de la lana de su falda cuando él alzó la cabeza para interrumpir el beso.

—Dios... —no fue una exclamación de ternura ni de alegría. Fura dura, furiosa y vacilante, mientras acariciaba con los labios la piel de su cuello y la mordía, anhelando la consumación.

Cuando su pulgar palpó la dureza de un pezón, a través de su vestido negro, ella sintió que se desmoronaba por dentro, disuelto en un puro caos el control que tanto le había costado mantener.

Él seguía abrazándola en medio de la penumbra, el silencio y el paisaje desierto, y la sensación de desahogo la dejó temblando. Todo aquello era absurdo, salvo el sentimiento. Cuando él le alzó la barbilla, se sintió eufórica: perdida y encontrada a la vez, con el dorado de sus ojos como única piedra de toque de una realidad diferente. Las tensas cuerdas del deseo se enredaban con cada tendón de

su cuerpo mientras recorría inconscientemente su cuello con los dedos. Lo que había pasado, ¿habría durado un millar de horas o un simple instante? No fue consciente de lo mucho que había perdido el control hasta que el mundo se recompuso y volvieron a encontrarse al borde de Taylor's Gap.

Aurelia sintió primero incomodidad y después vergüenza. Si la soltaba en aquel momento, caería como un cuerpo inerte, lánguido. Apoyando la cabeza contra su pecho, escuchó el latido de su corazón, fuerte y poderoso.

—Gracias —no fue capaz de decir más. Por fuerza tenía él que saber que, después de su escandaloso comportamiento, lo único que ella quería era que se marchara.

Dios. Ella se había excitado mientras él la contemplaba, con su cuerpo apretado contra el suyo y un maravillado brillo en los ojos. Como el mercurio. Como magia. Como todos sus sueños fundidos en uno, con su larga cabellera roja derramada sobre su piel como las serpientes de Medusa.

La deseaba. Quería yacer con ella detrás de los arbustos que se levantaban a sus espaldas y despojarla de aquella ropa oscura y pobre. Quería ver sus esbeltos miembros a la creciente luz de la luna antes de deslizarse en el húmedo calor del centro de su feminidad. Quería poseerla y conocerla una y otra vez hasta consumirse, hasta que no quedara nada ya de sí mismo, fundido con la eternidad.

Su sexo crecía ante tanta excitación y él no podía evitarlo.

Ella lo sintió también. Pudo ver el brillo de deseo y peligro que asomó a sus ojos cuando se humedeció los labios con la punta de la lengua. Oyó acelerarse su pulso.

Su mujer. Una mujer a la que poseer. Su aroma llenaba sus pulmones, peligroso y tentador, olvidada toda regla de caballerosa conducta.

—Idos —fue todo lo que pudo decir, porque no confiaba en sí mismo lo suficiente para dominar aquel deseo—. Os enviaré las invitaciones.

Ella debía haber registrado la furia que latía detrás de aquellas palabras porque se volvió para marcharse, con una sombra cruzando su rostro y la melena ondeando al viento. Un rumor de pasos y luego silencio.

Arrodillándose al pie de la barandilla, Stephen se agarró a la sólida madera, presa de un brutal abatimiento. Dios, aquello estaba empeorando: aquel desaliento que lo asolaba tanto en las horas del día como en las de la noche. Los demonios de su pasado se estaban reuniendo, ejércitos de almas perdidas y causas malogradas marchando contra todo lo que había hecho en defensa de la justicia. ¿Sería posible que todo aquello hubiera servido para nada?

Recogiendo el negro sombrero que ella había dejado atrás, sacó la petaca de

brandy que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y abrió el tapón de plata. Bebió a grandes tragos, convencido de que el consuelo del fuerte licor era la única cosa que podía mantenerlo cuerdo.

El carruaje que ella había alquilado estaba esperando en el lugar donde se había bajado. Subió apresuradamente y dio la orden de marcha al cochero antes incluso de que llegara a sentarse.

Salir cuando antes de allí. Era lo único que quería.

No debió haber acudido a aquel lugar, pero el recuerdo de su madre era muy fuerte y ese día, durante el trayecto hasta Londres, le habían entrado ganas de detenerse y recordar.

Sylvienne la había llevado allí a menudo porque decía que le recordaba a cierto lugar de la Provenza. En aquellas ocasiones su madre había viajado con la mente a Francia, como si hubiera podido sentir el viento mistral en la cara y la presencia de los Alpilles a su espalda. Con Aurelia esperándola detrás, juntas las manos mientras su madre escuchaba el silencio.

Recordaba tan vívidamente su melancolía... Después se retiraba a una de las cercanas aldeas a comer algo y su madre le hablaba de su infancia, del sol, de los árboles y de las carreteras en sombras rodeadas por campos de flores.

Pero en ese momento contaba con un nuevo recuerdo de aquel lugar. Aurelia había reconocido a lord Hawkhurst en cuanto lo vio allí, al borde del acantilado, con su negra casaca al viento. La había atraído de manera irresistible pese a sus recelos. ¿Se habría ganado un favor o habría perdido uno, con su ridícula reacción a aquel beso? Se moría de vergüenza por lo que había ocurrido.

Debería haber insistido en la cadena como pago, pero por un instante lo que había deseado era otra verdad, deseosa de saborear una pasión inesperada y lo que significaba la fusión de dos almas.

Se sonrió, irónica. Bien, lo había averiguado. Llevándose una mano a los labios, intentó evocar de nuevo aquella sensación de goce y euforia.

Tan inesperada como adictiva.

La clase de reacción que su madre había convertido en un arte gracias a sus numerosos amantes, siempre a la caza de un fugaz momento de olvido.

Aurelia frunció el ceño. Ella no podía ser como su madre, no podía animar sentimientos durante largo tiempo encerrados para que terminaran explotando en una suerte de media vida, entre el escándalo y el éxtasis.

«¿A qué progenitor quieres más?». Apenas unos minutos atrás habría respondido que a su padre, sin dudarlo, pero ahora...

El genio de la botella debía permanecer encerrado, no fueran a escapar más

sentimientos. Ya había aprendido el alto precio de sus desacertadas elecciones y en ese momento había otros que dependían de ella...

Inspirando profundamente, se alisó las faldas y se calzó los guantes.

Era una experta en aparentar dominio de sí misma; recompuso perfectamente su sonrisa de indiferencia y el acelerado pulso de su corazón volvió a la normalidad.

Había que evitar a Stephen Hawkhurst a toda costa. Al menos el primo de Hawkhurst, el que había sido su marido, le había enseñado eso.

Dos

Londres

—Es una muchacha encantadora y de buena familia, Hawk. De confianza. Bonita. Bien conceptuada.

Había algo en la manera que tenía Lucas Clairmont de enumerar las cualidades de lady Elizabeth Berkeley que le hizo sentirse incómodo.

—Dijiste que necesitabas sentar la cabeza, por el amor de Dios, y que querías estar a un millar de kilómetros de la intrigas de Europa. Como única hija de una respetable y aristocrática familia, ella encaja en el perfil.

Terminando la copa que estaba bebiendo, Stephen se sirvió otra antes de formular la pregunta que le había estado preocupando.

—Cuando conociste a Lillian, Luc, ¿qué sentiste?

—Mi esposa me tumbó de espaldas. Sentí que el suelo cedía bajo mis pies nada más verla, y la detesté por ello, a la vez que la deseaba como nunca había deseado a ninguna otra mujer en mi vida.

—Entiendo. Elizabeth, en cambio, es más bien como una fresca brisa o una discreta presencia. Cada vez que le beso la mano, es como besar una figura de cristal, presta a resquebrajarse a la menor ocasión.

El silencio acogió su confesión. Stephen maldijo para sus adentros; no debió haber dicho nada, debió haber mantenido la boca cerrada para no cuestionar así una posible unión tan atractiva como ventajosa. Ya no era ningún jovencuelo y Elizabeth Berkeley era lo más cercano a lo que pensaba que necesitaba en una mujer.

—Hay diferentes clases de atracciones, supongo —repuso al fin Luc—. Parecías bastante satisfecho con los arreglos de esta última semana. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Nada.

La habitación pareció cerrarse sobre Hawk mientras pensaba en su encuentro en Taylor's Gap.

Elizabeth no lo cuestionaba. Aceptaba todo lo que él había sido con discreta elegancia. Solo veía lo bueno en la gente, su afabilidad y sus buenas maneras. Era como un modelo de docilidad y encanto.

Y eso lo incomodaba. ¿Qué podría ver una mujer así dentro de él, cuando se

alzaran las persianas? No, nunca permitiría que eso ocurriera.

—Sé de buena fuente que su familia está esperando a que la pidas en matrimonio. Si tienes alguna duda...

—No.

Maldijo para sus adentros. Le gustaba Elizabeth. Le gustaba su compostura, su mansedumbre. Le gustaban los hoyuelos de sus mejillas, sus ojos azul claro que siempre parecían estar sonriendo. Necesitaba paz y serenidad, y sabía que ella se las proporcionaría, un lenitivo contra el caos que había empezado a consumirlo. Se sirvió la tercera copa.

—Estás bebiendo más que nunca, Hawk. Nat está tan preocupado por ti como yo.

Lucas Clairmont y Nathaniel Lindsay habían sido sus mejores amigos desde la infancia y cada uno cargaba con sus propios demonios internos.

—Recuerdo que yo te comenté lo mismo no hace tanto tiempo.

—Si quieres hablar de ello...

—No hay nada que hablar. Estoy a punto de comprometerme con una mujer que es tan bella como bondadosa. Me gusta su familia y me gusta su carácter. Ella me dará herederos y yo le proporcionaré la seguridad del título y la riqueza de Atherton.

—Entonces todo apunta a un arreglo excelente para ambos. Un matrimonio muy conveniente.

Pero el timbre de censura que había en su voz le preocupó.

—Estoy cansado, Luc, cansado de todo lo que he sido. «Un arreglo excelente», como tú lo llamas, podría no ser una mala cosa. Acosado por la domesticidad, seré feliz.

Cruzó las piernas mientras hablaba. Las velas de la lámpara arrancaban reflejos a sus botas.

—Alexander Shavvon me dijo que estabas haciendo algo más que descifrar códigos para el Servicio Secreto.

—Shavvon nunca es capaz de mantener la boca cerrada.

—Diez años son demasiados para permanecer en el servicio. Nat cumplió cinco y casi murió en el empeño. Asegura que la muerte termina tiñendo a todo el mundo al final. A todo el mundo, tanto si lo sabe como si no.

El tono de condena que despedían las palabras de su amigo no era nada amable, aunque Hawk sabía que su advertencia obedecía a la mejor de las intenciones.

«Yo mato gente», pensó Stephen. «El negro de la noche, el fuego de las pistolas y el rojo reguero de la sangre. Esos son mis colores ahora».

Quería contarle aquello a Luc, como purga o como redención, pero no llegó a hacerlo. Suponía que era la consecuencia de una vida presidida por el camuflaje,

por el secreto. Sombras, velos y espejos. Apenas podía reconocer al hombre en que se había convertido. Ciertamente, no defendía al reino con la capa de la justicia bien ceñida sobre sus hombros, como antes.

Por eso necesitaba la fresca y sencilla inocencia de Elizabeth Berkeley como un hombre perdido en el desierto necesitaba del líquido vital.

—Estoy bien, Luc. Daré una fiesta de aquí a menos de una hora, y cuento con la promesa de la compañía de un grupo de gente que deseo disfrutar.

—¿Eres un hombre feliz, entonces?

—Por supuesto.

Lucas asintió y se inclinó hacia delante, con su copa apoyada en la rodilla.

—Lilly te quiere en Fairley para el duodécimo aniversario de Hope. Me encargó que te dijera que si no hubiera estado tan encinta, habría bajado para supervisar personalmente tu elección de esposa.

Las palabras de Luc relajaron la tensión del ambiente y ambos se echaron a reír. Se levantaron cuando el reloj del fondo de la sala dio las ocho.

—Que comience la noche —dijo Lucas mientras Stephen apuraba su brandy y el criado tocaba a la puerta para avisarles de que el primero de los clientes de la tarde estaba a punto de llegar.

Elizabeth Berkeley y sus padres aparecieron en la segunda oleada de invitados. Lady Berkeley parecía una versión mayor de su hija y, por un instante, Stephen pudo imaginarse perfectamente cómo envejecería Elizabeth: las finas arrugas que enmarcaban su boca, los pliegues de la piel de encima de los ojos, su fácil manera de alternar en cualquier situación.

Su mirada viajó hasta Elizabeth, ataviada con un vestido de seda y encaje de color amarillo limón.

—Qué alegría poder estar aquí, señor —dijo ella en un susurro, poniéndole una mano sobre el brazo. Tenía las uñas largas y brillantes.

La súbita imagen de otros dedos de uñas mordidas lo asaltó de pronto. Quizá porque todavía llevaba sus marcas en el cuello, cuidadosamente ocultas bajo los pliegues de su pañuelo de cuello.

Ahuyentando aquel recuerdo, regresó a la realidad mientras los Berkeley entraban en la sala y se aprestó a saludar a los siguientes invitados.

De repente ella estaba allí, a su lado, la última de los invitados de la tarde, con el pelo recogido en un peinado poco favorecedor, ataviada con el recatado

vestido de lana negra.

—La señora Aurelia Saint Harlow y su hermana la señorita Leonora Beauchamp.

Una ola de susurros recorrió la sala ante la mención de aquel nombre. Todas las miradas se volvieron hacia el vestíbulo. ¿Aurelia era la viuda de Charles Saint Harlow? Dios, sí que tenía valor.

—¿Cómo diantre se le habrá ocurrido volver a salir en sociedad?

—Fue ella quien lo mató, por supuesto.

—¿Acaso esa ramera no tiene vergüenza?

Comentarios de esa clase llegaron a oídos de Hawk incluso cuando ella le tendía la mano.

—Gracias por tan amable invitación, milord —le dijo, rehuendo su mirada—. Me gustaría presentaros a mi hermana, la señorita Leonora Beauchamp.

La muchacha era encantadora y tenía muy buenas maneras, pero Hawk solo le lanzó una rápida sonrisa antes de volverse hacia la otra.

—St. Harlow era primo mío.

Por primera vez ella lo miró directamente, con el borde de los ojos enrojecidos: si era por la falta de sueño o por algún cosmético mal aplicado, eso él no podía saberlo. Llevaba unos lentes tan gruesos que distorsionaban la forma de su rostro.

—Entonces somos casi familiares —la sonrisa que acompañó aquella declaración era fría.

Le pareció que su hermana quería retirarse, pero Aurelia la mantuvo firmemente a su lado. Su fuerza de voluntad parecía teñir la atmósfera del salón, como una pequeña isla de desafío y atrevimiento.

Finalmente se inclinó hacia delante y susurró:

—Os di el pago exacto por la promesa de esta velada, milord. Dos bailes y nos marcharemos.

—No sé, Lia... Creo que quizá deberíamos marcharnos ya —las lágrimas se adivinaban ya en los asustados ojos de la niña.

—No llores, Leonora. Que sea a mí a quien desprecien. Te querrán con que solo les permitas hacerlo.

Stephen pudo ver que la mano de Aurelia temblaba antes de que llegara a enterrarla en la negrura de su falda, pero no cedió un milímetro. Él no podía menos de admirar una tenacidad semejante.

—Hay que ser valiente para ir a buscar al león en su guarida —comentó Hawk a la señorita Leonora Beauchamp, y se alegró de verla sonreír porque el alivio que acababa de asomar a los ojos de Aurelia St Harlow era inmenso.

La presencia de Aurelia Saint Harlow iba a provocar rumores, indudablemente. Y la promesa de un par de bailes con su hermana también le

había colocado en una posición difícil. Charles había sido uno de los últimos Hawkhurst vivos, y su pariente de sangre más cercano después de su tío, pero él apenas lo había conocido.

Vio a Elizabeth con su familia mirándolos, con los labios apretados en aquel particular gesto que denotaba preocupación. Vio a Luc observándolo también, con un ceño tan furioso como el de casi todos los demás. Pero ni siquiera aquello podía hacerle desdecirse de su promesa y despachar a las dos mujeres.

A su lado, su tío, resolvió enteramente la situación cuando se adelantó para tomar la mano de la única mujer en el mundo a la que no debería haber saludado.

—Os recuerdo, señora Saint Harlow. Sois la esposa de Charles —el uso del tiempo presente hizo que aquellos que estaban escuchando se adelantaran. En la experiencia de Hawk, nadie adoraba más una escena pública de escándalo que la alta sociedad londinense—. Me gustasteis desde el principio, pero os veo triste. Ella necesita sonreír más, Stephen. Pídele un baile.

Tragedia, farsa y ahora comedia. La orquesta, que estaba situada a unos pocos metros, miró expectante a Hawk cuando oyó la atronadora petición de su tío, mientras los rostros de los invitados reflejaban una mezcla de asombro e indignación.

No le quedó más remedio que dejar a la señorita Leonora Beauchamp en las capaces y amables manos de Cassandra Lindsay y pedir a Aurelia Saint Harlow un vals.

«El baile del amor», pensó mientras la guiaba al centro de la sala, preguntándose por qué aquel pensamiento no se le antojaba tan ridículo como debería haberle parecido. Esperaba que su pierna derecha soportara el ejercicio, porque últimamente la vieja herida había estado molestándolo de nuevo.

Cuando se volvió para tomarla entre sus brazos, la sintió tensa.

—Preferiría que fuera mi hermana quien estuviera ahora mismo en mi lugar, señor, porque si os ajustáis estrictamente a los dos bailes, acabo de desperdiciar uno.

No pudo evitar sonreír ante aquel comentario. En respuesta, la atrajo hacia sí y sintió el contacto de su generoso seno. Al bajar la mirada, vio que entrecerraba los ojos con esfuerzo detrás de los gruesos lentes.

—Se supone que los lentes curan la mala vista, señora St Harlow, no la provocan —le dijo con tono suave.

—Las cosas que sirven para escondernos detrás de ellas tienen su utilidad, sin embargo, milord.

Hawk advirtió que se tensaba y se separó un poco porque la simple sensación de tenerla en sus brazos había empezado a acelerar su pulso. Al otro lado de la sala, Elizabeth Berkeley y su padres los observaban con atención.

—Ya lo veis. En una velada como esta, prefiero ser virtualmente invisible

para aquellos que me quieren tan mal.

—Os quieren tan mal porque la muerte de vuestro esposo fue absurda. El hecho de que vos fuerais la única persona que estuvo presente os hizo parecer... culpable.

—Un tribunal demostró que yo no tuve nada que ver con ella, milord. No es mi problema que la alta sociedad al completo se niegue a creer en los hechos documentados.

—Charles era un experimentado jinete.

—Que se cayó cuando saltaba un seto.

—Uno generalmente no termina con una rama de árbol clavada en el corazón después de una caída así.

—No estoy aquí para discutir de la temprana y desventurada muerte de mi esposo con vos, milord.

La ausencia de cualquier sentimiento por su parte lo indignó, aunque su furia se apagó un tanto cuando sintió la aceleración de su pulso bajo los dedos. Se le daba bien esconder cosas, pensó. Un rasgo pertinente en un espía.

—¿Por qué estáis entonces aquí, exactamente?

—Tengo tres hermanas más jóvenes con pocas posibilidades de conseguir un ventajoso matrimonio a no ser que se integren en la sociedad. Como podréis deducir por mi recibimiento de esta noche, rara vez recibimos invitaciones. Estoy intentando remediar esa dificultad.

—¿Es por eso por lo que acosáis a los aristócratas para ponerlos en situaciones comprometidas y los engatusáis para conseguir ser invitada al próximo acto social?

Ella se echó a reír de manera inesperada. El sonido atravesó su cuerpo para recalar en la vacía oscuridad de su corazón. ¿Acaso era una hechicera, con su cabellera roja y sus ojos de colores desiguales? ¿Acaso había hechizado a su primo de la misma forma? Deseó que la música terminara, para proporcionarle así una oportunidad de escapar. Pero la orquesta estaba en su apogeo, lo que no presagiaba un rápido final, y ordenarle que cesara de tocar provocaría comentarios.

Aurelia Saint Harlow continuó como si él no la hubiera insultado en absoluto.

—Yo no tenía el menor conocimiento de que estuvierais en Taylor's Gap, lord Hawk. Tuve el capricho de acercarme hasta allí para admirar la vista y fue una verdadera coincidencia que os encontrara en ese lugar.

—¿Fue fortuito, entonces?

—¿Os referís a nuestro beso?

Apenas podía creer que se hubiera atrevido a mencionar tal cosa allí, en una sala repleta de gente de la aristocracia, y miró a su alrededor para cerciorarse de

que nadie había escuchado su pregunta.

—En una reunión como esta hay oídos por todas partes, señora Saint Harlow. Considero siempre es prudente proteger una reputación.

Ella sacudió la cabeza y desvió la mirada.

—Oh, la mía está completamente perdida, milord. Dudo que pudiera hacer nada para arruinarla más.

Nuevamente él sonrió.

—¿Qué edad tenéis? —lo dijo antes de que pudiera pensarlo, movido por su interés más profundo.

—Veintiséis. Una solterona. Una mujer sin esperanzas y contenta además de ello —desvió la vista hacia una fila de damas de edad similar sentadas a lo largo de una pared de la sala—. Antes solía compadecerlas, hasta que descubrí lo muy liberadas que en realidad se sentían.

Le apretó los dedos enguantados. Deseó poder sentir el contacto de su piel, su calor y suavidad.

—Mi tío parece encariñado con vos y eso es decir mucho. Rara vez tiene tiempo de frecuentar la sociedad.

Por primera vez en aquella noche, un genuino brillo de ternura asomó a sus ojos.

—A mí siempre me gustó, también. En cierta ocasión me mostró los jardines de su residencia rural de Atherton y yo le estuve ayudando a recoger los huevos del gallinero.

—La mayor parte de la gente se burla de él.

—A mí la mayor parte de la gente me aborrece, así que quizá compartamos ese rasgo.

—Yo no os aborrezco. Aurelia.

Ella tropezó en aquel instante y cayó sobre él, con lo que el rubor de su rostro se acentuó. Como la música cesó en aquel preciso instante, Hawk la llevó de vuelta con su hermana.

Tres

Le ardían las mejillas de indignación. Estaba haciendo justamente lo que se había prometido que no haría. Estaba sintiendo otra vez, y el dolor de su corazón la hacía sentirse perdida y desorientada.

«Aquí no», se recriminó. No entre aquellos lobos y chacales que no deseaban otra cosa que destruirla. Mordiéndose el labio, tragó saliva. Los gruesos lentes que llevaba difuminaban los contornos de la sala y además la mareaban. Leonora, al menos, se mostraba contenta, y el joven que la acompañaba parecía agradable a la par que distinguido. Quizá, después de todo, aquella velada no fuera un absoluto desperdicio.

Lord Hawkhurst se hallaba al lado de una mujer muy bella, de bondadosa expresión.

—Lady Cassandra Lindsay, permitidme que os presente a la señora Aurelia Saint Harlow.

Lady Cassandra no vaciló cuando le tomó la mano: su apretón fue cálido y prolongado. Tan inesperada amabilidad resultó sorprendente, por lo mucho que estaba acostumbrada a recibir censura.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a Stephen conversando de manera tan interesada con una pareja de baile.

—Me temo que la música no le permitió la cortesía de despedirse de mí, milady —repuso—. Estoy segura de que se sintió más que aliviado de poder escapar, aunque le ha prometido a mi hermana un baile —dijo aquello porque lord Hawkhurst parecía todo menos contento, al otro lado del pequeño círculo.

—Oh, me parece que el carnet de baile de vuestra hermana ya está lleno, señora Saint Harlow. Mi hermano Rodney ya le ha hecho apuntar dos vales, por lo menos.

Leonora se ruborizó deliciosamente cuando lady Lindsay presentó al hermano de lord Hawkhurst a Aurelia y un pequeño destello de esperanza flotó en el aire.

¿Sería posible que fuera tan fácil? Cuando Aurelia miró a lord Hawkhurst, vio que la expresión de sus ojos se endurecía. Era el hombre más alto de la habitación y claramente el más atractivo. No le extrañaba que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Pero detrás de aquella fachada que presentaba a la sociedad había algo más... oscuro.

Desviando la vista, se concentró en sacar un pañuelo de encaje de su retícula. «Charles también tenía aquella misma oscuridad, y mira dónde he terminado yo», pensó.

Su hermana, por el contrario, lucía una gran sonrisa y agitaba su abanico con mucha gracia. Aurelia nunca la había visto tan animada y ella confiaba en que eso no fuera una mala cosa. ¿Les gustaban a los hombres las mujeres que hablaban tanto? ¿No era demasiado atrevido tocar repetidas veces a un hombre en el brazo, como ella estaba haciendo? El hermano de lady Lindsay no parecía en absoluto ofendido, así que quizá ese comportamiento fuera de esperar. El dolor de cabeza que se le había estado formando durante todo el día se acentuó, porque dudaba que volviera a tener una oportunidad tan excelente como aquella. El pensamiento de marcharse sin haber hecho ningún contacto era descorazonador.

—Al señor Northrup le gusta montar a caballo, Lia. Yo le dije que debía acompañarnos a pasear por Hyde Park —los azules ojos de su hermana, a juego con su vestido, se abrían esperanzados.

—Quizá debería llevar cuidado entonces, no vaya a caerse al saltar un seto —murmuró Hawkhurst.

Cassandra Lindsay le golpeó el brazo con su abanico.

—Por favor, no hagáis caso a Hawk, señora Harlow. A Charles le gustaba correr grandes riesgos cuando saltaba con su caballo. No dudo que se había roto el cuello antes de que... —se interrumpió, ceñuda, y el hombre que estaba a su lado, a quien Lia no conocía aún, intervino.

—¿Antes de que muriera de la misma forma que cuentan esas leyendas que abundan tanto por Transilvania?

¿Vampiros? ¿Estaba hablando de eso? La conversación de aquel grupo era tan irreverente como aguda. Nada de tabúes. La sensación, por contraste con la rígida falta de humor e ingenio de Charles, resultaba refrescante. Rieron mucho, también, aunque la sonrisa de lord Hawkhurst no terminaba de llegar hasta sus ojos.

—No debéis preocuparos en absoluto ni por Hawk ni por mi esposo Nathaniel, señora Saint Harlow. Sé lo muy dura que la muerte de Charles debió de haber sido para vos y estoy segura de que a Rodney le encantaría acompañar a vuestra encantadora hermana en ese paseo a caballo. ¿Cuál es vuestro domicilio en Londres?

—Braeburn House, lady Lindsay, en Mayfair —Leonora se apresuró a darle la dirección y Aurelia solo pudo aplaudir la habilidad de su hermana para aprovechar el momento, pero el pensamiento de Hawkhurst haciéndoles una visita social resultaba preocupante.

Si se presentaba ese caso, ¿vería él allí lo que ella había intentado esconder? ¿Esperarían que le presentara a su padre? ¿Existía alguna posibilidad de que

hablara con algún vecino y descubriera aquellas cosas que con tanto éxito había logrado esconder hasta entonces?

Estaba tan exhausta intentando atar los cabos sueltos de su vida que apenas podía respirar. ¿Con cuánta facilidad podrían soltarse de nuevo?

La incorporación de una joven dama rubia acompañada de otra mayor cambió el tono de la conversación y se impusieron las presentaciones.

—Estáis tan bella como siempre, lady Berkeley —dijo el marido de Cassandra mientras le besaba la mano.

—Vos siempre tan halagador, lord Lindsay. Vuestra madre era igual, ¡Dios bendiga su alma!

La conversación se desarrolló en un ambiente afable y familiar, propio de gente que había vivido toda su vida en el protegido ambiente de la alta sociedad. Se preguntó si Stephen Hawkhurst y Elizabeth Berkeley estarían comprometidos. El pensamiento le aceleró el pulso, convencida de que ella no encajaba bien allí. Advirtió que la joven señorita Berkeley apoyaba tímidamente su mano enguantada sobre el brazo de lord Hawkhurst y le preguntaba algo en un susurro.

Su respuesta fue igualmente susurrada, y las mejillas de la joven se encendieron mientras un brillo de entusiasmo asomaba a sus ojos. Elizabeth Berkeley era como el primer capullo de una exquisita rosa inglesa: todo promesa, dulzura y esperanza. Aurelia no recordaba nunca haber sido así.

Con cinco años había visto a su madre hacer las maletas y desaparecer de casa. A los seis se había convertido en la hija no deseada de la nueva esposa de su padre y a los diecisiete Charles Saint Harlow había entrado en su vida, como un cometa de paso fulgurante.

Sonó otro vals y lord Hawkhurst y Elizabeth Berkeley se disculparon para dirigirse al centro de la sala. La guio con una mano sobre su cintura en un gesto discretamente posesivo. La altura y el color de tez de cada uno se complementaban a la perfección.

—¿Conocíais bien a Hawk cuando os casasteis con su primo, señora Saint Harlow? —la pregunta procedió de Cassandra Lindsay, que se había situado junto a Aurelia y la miraba con curiosidad.

—No, nunca nos presentaron. Su tío, sin embargo, era amigo mío.

Una sonrisa iluminó el rostro de lady Lindsay.

—Alfred es muy selectivo por lo que se refiere a las amistades. Tomad a Elizabeth Berkeley, por ejemplo. Dudo que él repare siquiera en su existencia.

—Es muy hermosa.

—Y encantadora, tanto que sería un inmenso alivio que Stephen se decidiera a pedirle la mano.

—¿Y se decidirá? —Aurelia no había tenido intención de formular la pregunta, y a juzgar por el vivo interés de los verdes ojos de su interlocutora supo

que había cometido un error al hacerlo. Se alegró de la barrera de sus gruesos lentes.

—Lord Hawkhurst nunca ha tomado esposa y su patrimonio es muy próspero, de modo que le corresponde tener un heredero. ¿Cuánto tiempo estuvisteis casada con Charles?

—Tres años, milady —el tono de su voz era más que agradable, pero aquella noche, con la expresión de Leonora rebotante de esperanza, a Aurelia le resultaba difícil fingir su habitual indiferencia.

Las siguientes palabras de Lindsay resultaron, por tanto, sorprendentes.

—A primeros de septiembre celebraremos una fiesta en nuestra residencia de Kent. ¿Os gustaría a vos y a vuestra hermana visitarnos ese fin de semana?

El corazón empezó a latirle acelerado, presa de una poco frecuente sensación de júbilo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que un desconocido le había tendido una mano de amistad... Aun así, no podía aceptar aquel regalo sin ofrecerle a cambio su sinceridad.

—Quizá Leonora podría asistir con carabina, lady Lindsay. Mi presencia sería perjudicial para el éxito de vuestra fiesta, porque son tantas las historias que se cuentan sobre mí...

Cassandra Lindsay la interrumpió:

—Los rumores corren siempre, señora Saint Harlow, y siempre habrá detractores, pero a alguien a quien el tío Alfred profesa tanto aprecio sería yo capaz de confiarle mi vida.

—Gracias —sintió un sorprendente nudo en la garganta mientras miraba a su alrededor. Después de aquella conversación, los gestos ceñudos de los demás invitados le parecían mucho menos intimidantes.

Cuando cesó la música, el grupo volvió a juntarse. Elizabeth Berkeley se había reunido con su madre al otro lado de la sala, charlando con un puñado de jóvenes damas todas vestidas de amarillo de diferentes tonos. Stephen Hawkhurst volvió inesperadamente con Aurelia.

—¿Tenéis comprometido este baile, señora Saint Harlow?

Le hizo la pregunta en voz baja y, en respuesta, Aurelia le enseñó su carnet de baile sin una sola anotación.

—Rara vez consigo parejas, milord —replicó— y ciertamente nunca una misma dos veces.

Vio que sonreía mientras observaba la página vacía. Al escuchar los elegantes acordes de una melodía de Strauss, Aurelia se sintió desorientada. Desorientada y algo más, pero no se detuvo a analizar ese sentimiento, sobre todo

cuando él le alzó delicadamente los lentes de la nariz y los apartó por un instante.

—Así mejor, ¿no os parece?

Pudo ver con nitidez los rostros de aquellos que los rodeaban.

—Los defectos que se ocultan son más fáciles de sobrellevar.

—Es mucha la gente de aquí que guarda sus propios esqueletos en el armario. Tened coraje, que no sois la única persona de esta sala que arrostra un pasado.

Aurelia desvió la vista mientras él volvía a calarle los lentes. ¿Habría hablado por él?

Su largo cabello se derramaba sobre el almidonado cuello de su camisa, con reflejos de un negro azulado. La sensación de peligro y amenaza que le despertaba se acentuó.

Charles había sido un hombre que se lo había prometido todo y no le había dado nada, un mentiroso y un estafador que se había mostrado implacable con aquellos que habían tenido menos poder que él. Stephen Hawkhurst, en cambio, parecía el polo opuesto. Ella no se lo imaginaba apañando tratos fraudulentos o haciendo vanas promesas.

Cuando el tío de Stephen se reunió con ellos, se sacó un gran pañuelo del bolsillo para enjugarse la frente brillante de sudor. Los ojos de Alfred Hawkhurst eran más opacos de lo que recordaba y la manera en que resollaba resultaba preocupante.

—Ellos no me quieren aquí, Stephen. Nunca me han querido. Puedo sentirlo cuando hablo con ellos.

Le temblaba la voz. Un hombre que estaba más que harto del arrogante mundo que le rodeaba.

—Yo siento exactamente lo mismo, lord Alfred —empezó Aurelia cuando su sobrino se quedó sin saber qué decir—. Aunque encuentro que el vino siempre ayuda —tomó dos copas de un camarero que pasaba al lado y le ofreció una.

Alfred la aceptó y se la bebió de un trago antes de inclinarse hacia ella de manera cómplice.

—Siempre fuisteis mi favorita, querida, y me alegro de que no parezcáis ya tan melancólica. Solía preocuparme mucho por vos en vida de Charles.

Aurelia se estremeció de vergüenza. Un millar de mentiras y sin embargo aquel anciano, demente reputado, había visto a través de ellas. Como su padre. Cuando vio la dorada mirada de lord Hawkhurst, desvió la vista.

Había cambiado. Había crecido. Nadie volvería nunca a amargarla tanto. La seda del vestido de Leonora, de un azul flor de maíz, relucía en el centro de la sala.

Seda de Macclesfield. Su ciudad natal.

—Estoy más que contenta, lord Alfred.

El baile, la labor de aguja, las comidas y la música, las actividades de toda

joven dama bien educada, no la atañían ya. Se esforzó por sonreír. En ese momento no encajaba en ninguna parte, al igual que Alfred. Una eterna extranjera, buscando siempre un lugar al que pertenecer pero sin encontrarlo nunca. Y sin saber cómo hacerlo.

Se tocó la cadena que llevaba al cuello, apretando el diamante hasta que vio que lord Hawkhurst bajaba la mirada a la pieza. ¿Por qué se la había puesto? El beso de Taylor's Gap flotaba en el aire entre ellos como un asunto sin terminar. Podía verlo en la rigidez de su postura, tensa por aquel recuerdo.

— A mí siempre me han encantado las joyas.

La declaración de Alfred fue bienvenida porque rompió el incómodo silencio. Había alzado una mano para tocar el diamante.

— ¿Qué cantidad querríais por esta pieza, querida? ¿Está en venta?

Hawkhurst le apartó discretamente la mano.

— La señora Saint Harlow tiene esta joya en gran estima y solamente se desprendería de ella en la más extrema de las circunstancias, Alfred.

— ¿Ella te lo dijo?

— Por supuesto.

Una sombra cruzó por su rostro, suavizados los ángulos de sus mejillas, y el cuerpo de Aurelia recordó la sensación de su piel bajo los dedos, el firme y cálido sabor de sus labios. Sacudió la cabeza. Aquellos eran sueños que no podía volver a contemplar. Además, ¿acaso Cassandra Lindsay no había subrayado la necesidad de una conveniente esposa para Atherton?

El negro vestido de lana que la cubría del cuello a los pies era sinónimo del tipo de vida que llevaba. Una vida secreta. Recelosa. Solitaria. Se acostaba bastante después de medianoche y se levantaba bastante antes del amanecer.

Cuando Elizabeth Berkeley regresó al círculo, Aurelia se disculpó para dirigirse al tocador de señoras, donde estuvo sentada durante tres cuartos de hora en una silla del pequeño salón, completamente indiferente a las miradas de las demás usuarias.

Otros veinte minutos y podría marcharse.

Hawk sentía los dedos de Elizabeth sobre su brazo. Deseó haberle apartado la mano para seguir a Aurelia Saint Harlow a dondequiera que hubiera ido hacia por lo menos una hora, pero había que mantener las apariencias y él se mostraba siempre cuidadoso en ese sentido.

Cassie Lindsay lo observaba vigilante, como llevaba meses haciéndolo, con una especie de pregunta en los ojos. Le había informado de que había invitado a la señora Saint Harlow y a su hermana al solar familiar de St. Auburn y de que la

invitación había sido aceptada.

La velada se estaba desarrollando exactamente tal como la señora Saint Harlow debía de haber deseado, y sin embargo ella se había evaporado en medio de una multitud que la detestaba para perderse completamente de vista.

Alfred había ido a buscarla. Eso le sorprendió, ya que su tío apenas dedicaba más de unos minutos a aquellos actos sociales y nunca se inmiscuía en las vidas de aquellos con lo que coincidía allí. ¿Y qué diantres habría querido decir con su melancolía?

—Me encantan los colores de los vestidos y la música, ¿a vos no, milord? Todo el mundo dice que el amarillo es el color de esta Temporada.

Pensó que, a la luz de las velas, los pómulos de Elizabeth era de una belleza impresionante.

—Entonces vos vais muy a la moda —repuso, admirando el reflejo de las velas en su vestido. El negro vestido de lana de la señora Saint Harlow acudió a su mente, porque su primo llevaba ya años muerto y hacía tiempo que ella había tenido que dejar el luto. Se preguntó cómo se vería su cabello con un vestido dorado o verde esmeralda.

Pero no. Él necesitaba inocencia y falta de complicaciones, eso debía recordarlo: una dosis de pureza que ahuyentara su oscuridad. Porque probablemente Aurelia Saint Harlow portaba tantos demonios dentro como él.

—Hoy fui de tiendas con mamá y encontré una joyería que no conocía.

Stephen sonrió, imaginándose a Elizabeth disfrutando con el muestrario.

—Mamá dijo que debería haber elegido el collar de zafiro azul porque favorecía el color de mis ojos, pero yo preferí el rubí por el efecto tan bello que produce. ¿Creéis que he hecho la elección adecuada, milord?

Deslizó la mirada por la joya que adornaba su cuello, con el recargado diseño del engaste de oro.

—Os sienta maravillosamente bien.

—Tiene también una pulsera a juego —lo miró con una pregunta en los ojos.

Hawk sabía que debería preguntar por el nombre de la tienda y su localización, dadas las promesas no dichas que flotaban entre ellos, pero no le salieron las palabras.

Vio en ese momento por el rabillo del ojo a la señora Saint Harlow regresando a la sala. No miraba ni a derecha ni a izquierda, y a su paso hombres y mujeres le daban la espalda en deliberado desplante. Ella mantenía bien alta la cabeza, y si él no hubiera sabido de su incomodidad en aquellos ambientes, habría pensado que no le importaba un ápice la opinión de los demás. Se alegró de que llevara los lentes para esconderse detrás.

—¿No os parece, milord?

Elizabeth posó en él su mirada perpleja.

—Por supuesto —no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo, pero su atención se vio atraída por un grupo de hombres al lado de los cuales estaba a punto de pasar Aurelia.

Lord Frederick Delsarte la agarró entonces de un brazo, con fuerza. Stephen pudo ver que los demás la rodeaban, bloqueando toda ruta de escape. La sonrisa que ella exhibió era de una tensa furia, aunque Stephen podía detectar un cierto pánico pese a la distancia a la que se encontraba.

—¿Me disculpáis un momento, señorita Berkeley?

No esperó su respuesta, sino que se dirigió hacia la columnata que protegía al grupo de las miradas de los demás.

—Oh, aquí estáis, señora Harlow —dijo, poniéndole la mano sobre el brazo mientras la atraía hacia sí—. Lady Lindsay está deseosa de hablar con vos. Algo relacionado con una antigua amiga del colegio, creo que me dijo.

Desafortunadamente, Delsarte había bebido demasiado y no estaba de humor para cortesías.

—Todavía no hemos terminado —farfulló con dificultad— y la viuda de vuestro primo y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Lo dudo mucho, Delsarte —Hawk le apretó entonces el brazo con su mano libre, arrancándole un aullido de dolor.

—Es Hawkhurst, por el amor de Dios, Freddy... —susurró a Delsarte uno de los hombres que tenía al lado, en un tono que Stephen se había acostumbrado a oír cuando hablaban de él.

—Preferiría que no volvierais a acercaros a la señora Saint Harlow. ¿Está claro?

La cautela brilló finalmente en los ojos enrojecidos del lord.

—No sabía que la conocierais tan bien, lord Hawkhurst.

—Ah, pero ahora vos sí —Hawk le soltó y retrocedió, para alejarse con Aurelia.

La furia lo recorrió cuando vio el moratón que se le había empezado a formar en la blanca piel de la muñeca, debido que la manga del vestido se le había subido en el forcejeo. Advirtió también que tragaba saliva a menudo como si intentara contener las lágrimas, pero no pudo evitar ser grosero.

—¿Qué diablos hacíais yendo sola y desprotegida por ahí cuando conocíais la mayoritaria hostilidad que reina en esta sala contra vos? Seguro que entenderéis los peligros inherentes a esa clase de animosidad social.

Ella inspiró profundamente.

—Por lo general el odio no suele ser tan efusivo —repuso, y tuvo la temeridad de sonreír.

Hawkhurst la miraba como si quisiera matarla allí mismo, en medio del baile, a quince metros de la mujer con la que se decía iba a casarse. El dolor de la muñeca que le había agarrado Freddy Delsarte estaba empezando a intensificarse.

Se preguntaba qué habría sucedido si Hawk no hubiera intervenido. ¿Acaso la habrían sacado de la sala a rastras, pateando y chillando, sin que nadie alzara una mano en su defensa?

Excepto él.

No debería haber ido allí. Era una situación demasiado peligrosa e imprevisible, y había llegado a ver un reflejo de las carnales inclinaciones de Charles en la lascivia con que la había mirado Freddy. Sabía que Hawk también lo había visto. Lo había sentido en la manera en que le apretó el brazo.

—Parecéis generar una gran emoción a vuestro alrededor, señora Saint Harlow, incluso vestida de viuda.

—Los hombres ven lo que quieren ver. Es un defecto universal.

—No recuerdo haberos visto mucho en compañía de mi primo. Es como si nunca hubierais bajado a Londres.

«Respira», se ordenó Aurelia cuando se dio cuenta de que había dejado de hacerlo, con su corazón latiendo acelerado bajo la gruesa lana del vestido.

—Siempre había mucho que hacer en Medlands. La jardinería era una de mis ocupaciones favoritas. A Charles le gustaban los colores de nuestro jardín — intentó insuflar en su tono la clase de alegría que imaginaba que una dama ociosa podría sentir por una afición así, mientras rebuscaba en su mente nombres de plantas en caso de que la conversación abundara en ese tema.

—Debió entonces de haberos entristecido mucho la venta de la casa, a su muerte.

Se preocupó. Como único primo de Charles, ¿acaso no lo sabía? Apenas podía creerlo, aunque el rumor de que lord Hawkhurst apenas había pisado Inglaterra durante años lo convertía en una posibilidad. Quizá nadie, salvo sus abogados, supiera nada del colapso financiero en que la había dejado su marido, con un centenar de minoristas del pueblo de Medlands esperando a cobrar. Al fin y al cabo, ella había puesto buen cuidado en pagarles a todos.

Medlands alojaba en aquel momento a otra familia y Aurelia no había lamentado recoger sus escasas pertenencias para abandonar aquella casa para siempre.

—Tengo muchos recuerdos asociados a ella, lord Hawkhurst.

«Vergüenza», añadió para sus adentros. «Furia. Decepción. Asesinato».

La observaba atentamente. Con él a su lado se sentía perfectamente segura, enmudecidas las miradas de aquellos que la rodeaban. Deseó que le pidiera de nuevo un baile cuando empezó a sonar otro vals, pero, por supuesto, no lo hizo y

la guio de vuelta con el grupo que ella había abandonado por lo menos cincuenta minutos antes. La joven y bella Elizabeth Berkeley se apresuró a colgarse nuevamente de su brazo. Aurelia pensó que a ella le habría gustado hacer lo mismo, aferrarse a aquella seguridad.

Recordaba a Freddy Delsarte en las fiestas de Medlands, en Navidad, con aquellas muchachas que mandaban traer de Londres para satisfacer los deseos de hombres casados que hacía tiempo que se habían aburrido de sus esposas.

Como Charles había hecho con ella.

Cerró los ojos, presa de una sensación de mareo que en los últimos tiempos se había vuelto muy frecuente.

—¿Os encontráis bien, señora Saint Harlow? De repente estáis muy pálida —le preguntó Cassandra Lindsay con tono preocupado.

—Es solo cansancio, creo —repuso mientras desviaba la mirada hacia Leonora, que seguía bailando con el hermano de Cassandra. Ambos parecían disfrutar mucho.

—Puedo mandar llamar a vuestra hermana, si queréis, y Stephen os prepararía un carruaje para llevaros a las dos a casa inmediatamente. Aunque nosotros mismos no pensábamos estar mucho rato más y yo estaría encantada de hacer de carabina de Leonora, si ella quisiera quedarse.

La oferta resultaba tentadora, con los amigos de Charles espiándola desde un rincón y el resto de la alta sociedad mirándola con expresión severa.

—Si no os supusiera mucha molestia...

Cassandra Lindsay esbozó una sonrisa radiante y le deseó buenas noches. Consiguió luego que Elizabeth Berkeley dejara en paz a lord Hawkhurst preguntándole por el color y corte de los vestidos que más le gustaban de aquella fiesta.

Aurelia tuvo la inequívoca impresión de que, al hacerlo, aquella mujer la estaba ayudando.

Cuatro

—Ciertamente no esperaba que me acompañarais a casa, lord Hawkhurst.

Él sonrió, con sus blancos dientes reluciendo en la oscuridad del carruaje y sus rodillas a escasos centímetros de las suyas.

—Quería hacerlo, señora Saint Harlow, porque eso nos dará la oportunidad de hablar sobre el hecho de que conozcáis a lord Frederick Delsarte y a sus compinches.

—Eran conocidos de mi marido.

—¿Pero no vuestros? —su voz no revelaba ya humor alguno, fría y cortante como el cristal.

Ella sacudió la cabeza.

—Imaginaba que mi desaprobación hacia sus travesuras era obvia.

—¿Llegó Charles a haceros algún daño?

La intimidad de la pregunta le hizo volver la cabeza.

—No. Fue un marido maravilloso —eran exactamente las mismas palabras que había utilizado en los tribunales cuando el fiscal intentó acusarla de su inexplicable muerte.

—¿Cómo es que tengo la sensación de que mentís?

—No tengo la menor idea, milord.

El aire que flotaba entre ellos contenía algo que ella nunca había sentido antes. El puro y absoluto anhelo por un hombre, por aquel hombre, por aquel beso interrumpido de la semana anterior que la había excitado tanto que todavía se mareaba de recordarlo.

—Charles era un hombre muy particular. Tanto es así que cuando murió en Medlands, fueron probablemente bastantes los que en Londres y en la campiña soltaron un suspiro de alivio al enterarse de su deceso. Como esposa que fuisteis suya, seguro que debéis saberlo.

Aquella crítica pareció flotar en la oscuridad como una cosa viva, definidora de todo lo que había sido Charles. Dada la gran dosis de verdad de la frase, Aurelia encontró difícil discutirla.

—Fueron también bastantes los que lamentaron su muerte.

Aquellos que acudían a las licenciosas fiestas que solía dar en su residencia rural probablemente habían lamentado su muerte, pero de los demás lo dudaba mucho. La plantilla de sirvientes lo había enterrado con una sonrisa en los labios, a

un amo y señor que había tenido una consideración muy escasa hacia los sentimientos y necesidades de sus subalternos.

Cuando lord Hawkhurst le tomó la mano y se la apretó con fuerza, pudo sentir su fortaleza a la vez que un leve temblor: algo sorprendente, dado su siempre segura confianza. La noche de Londres era negra e interminable, con un gajo de luna perdido tras bancos de nubes, como si estuvieran los dos solos en el mundo.

El calor de su piel la reconfortó, un sólido contacto en aquel mundo tan extraño. Sin darse cuenta, entrelazó los dedos con los suyos. Él no hizo nada para resistirse.

—Os habría pedido otro baile si no hubiera estado seguro de que con ello habría dado pie a otro escándalo.

No podía creer que acabara de confesarle eso a ella, a una desconocida.

—Puede que lady Elizabeth Berkeley no se hubiera mostrado muy complacida —replicó, odiando el cebo que le lanzó. Ya no podía retirarlo.

—Un título como el mío, con las posesiones que lo acompañan, suele suscitar el interés de los demás. Es un hecho conocido.

—Como lo son las ventajas de ser rico.

—Charles también lo era. Quizá os parezcáis a Elizabeth Berkeley más de lo que pensáis.

Ella se echó a reír, con una alegría sin humor.

—No me imagino un solo rasgo que podamos tener en común, milord.

—¿El de la belleza, quizá? —repuso él.

Se preguntó si le estaría gastando una broma.

—Yo no soy bella, milord.

—Una mujer que desconoce su verdadero valor es una joya tan rara como admirable.

Su voz no traslucía temor ni falsedad alguna. Cuando ella se volvió de nuevo hacia él, vio que su expresión era exactamente la misma que había visto en Taylor's Gap: un deseo en conflicto con su voluntad.

Rompiendo el contacto, Hawk apoyó las manos sobre sus rodillas y se las apretó con fuerza. Las cicatrices de sus nudillos resultaron bien visibles.

Maldijo de pronto en voz alta, como desahogando su frustración. Ella supo que debería despacharlo para continuar sola durante el resto del trayecto. Debería volver a ponerse los guantes, echarle en cara severamente su actitud y ordenarle que bajara del carruaje. Pero no podía. En lugar de ello se quedó allí sentada, en medio de un doloroso silencio, con las frías manos sobre el regazo, la cabeza apoyada en la tapicería de su asiento. Durante veintiséis largos años se había imaginado exactamente aquello: un hombre que podía liberarla de las constricciones de su vida para entregarla en manos de la tentación.

Cuando se arriesgó a mirarlo, vio que le brillaban los ojos en la oscuridad.

—Vuestro marido tenía amigos muy cuestionables, Aurelia. Tened cuidado no vayan a convertirse en los vuestros.

—Yo llevo una vida tranquila y sencilla con mi padre y hermanas. Es bien poco lo que podría interesar a alguien de mí.

Su risa resultó amenazadora.

—Lo dudo mucho.

El residual sentimiento que existía entre ellos desde aquel beso parecía acentuarse. ¿Qué era lo que le estaba sucediendo?

«Él nunca será tuyo». Eso estaba escrito en su persona. Cuando se apartó cuidadosamente, el espacio que los separaba quedó bañado por un resplandor procedente del exterior, y al ver que estaban en Upper Brook Street, el alivio que experimentó fue indescriptible.

Braeburn House. Los caballos aminoraron la marcha y el coche se detuvo mientras Aurelia se tiraba de los guantes y pensaba en lo que iba a decirle. Eran tantas las cosas que habría podido contarle... pero al final se decidió por la única que podría proteger a su familia.

—Os libero de nuestro trato, milord. Ahora me doy cuenta de que mi insistencia a la hora de forzar la invitación al baile fue tan estúpida como atrevida —pronunció cuidadosamente las palabras, esperando ocultar bien la necesidad que latía debajo.

—Puede que vuestra hermana y Rodney Northrup no digan lo mismo, señora Saint Harlow.

Fueron palabras duras y secas, sin rastro del deleite de aquella tarde. Como para subrayar su deseo de perderla de visita, se estiró en silencio y le abrió la portezuela, indicando a uno de sus criados que la ayudara a bajar.

No debió haberse quedado solo con ella, encajado en aquel exiguo espacio del carruaje con el calor de su piel y el acelerado latido de su pulso haciendo estragos en sus mejores intenciones. Aurelia Saint Harlow era la viuda de su primo y él estaba prácticamente comprometido con Elizabeth Berkeley.

La furia que sentía convivía con una frustración mucho menos familiar mientras se pasaba una mano por la cara. La velada lo había agotado con tantos altibajos de emoción y todavía faltaba bastante para que se fueran todos los invitados. Deseó que fuera una hora más tarde y que la multitud que bailaba y reía en la casa Hawkhurst se hubiera marchado ya, sobre todo los Berkeley. No tenía energía para lidiar con la inocencia de Elizabeth a la luz de los pensamientos que lo habían asaltado en el carruaje.

Sabía también que como anfitrión de la casa no habría debido abandonar la fiesta, pero la oportunidad de pasar unos minutos a solas con Aurelia había sido sencillamente irresistible.

Cassandra Lindsay fue a buscarlo en cuanto lo vio regresar al salón.

—Lady Elizabeth ha estado preguntando por ti, Hawk. Yo le dije que te había visto hablando con lord Calthorp y que os dirigíais a la biblioteca.

A veces, Hawkhurst tenía la sensación de que Cassie sabía mucho más de lo que dejaba traslucir.

—Negocios —repuso sin más y recogió una copa de la bandeja de un camarero justo cuando Nat y Lucas se reunían con ellos.

—¿Se ha ido entonces la viuda Saint Harlow? —inquirió Luc—. No me pareció en absoluto la clase de mujer que imaginé que elegiría Charles.

—¿Qué te habías imaginado? —preguntó Nathaniel.

—Alguien de menos sustancia, quizá.

—Leonora Beauchamp habla maravillas de su hermana —señaló Cassie—. Ella tiene otras dos hermanas, más jóvenes, que se presentarán en sociedad dentro de pocos años.

—¿Y el padre? —Stephen no quería formular la pregunta, pero se descubrió haciéndolo.

—Sir Richard Beauchamp. Es muy reservado y rara vez visita a nadie. Tiene fama de sabio excéntrico, hombre de pocas palabras y escasamente animado. La señora Saint Harlow lo saca a pasear por el parque los lunes por la tarde después de la comida, pero nunca se detienen para socializar.

—Tengo la sensación de que ella no es en absoluto tal como la pinta la sociedad —la sonrisa de Lucas era de perplejidad.

—Si llevara un vestido que realzara su espléndida figura y un peinado que hiciera lo mismo con el color de su pelo, tendría mucho éxito —Cassandra dirigió su comentario a Hawkhurst, que se encogió de hombros mientras veía a su tío dirigiéndose hacia ellos.

—No la encuentro por ningún lado, Stephen. La señora Saint Harlow ha desaparecido.

—Eso es porque yo dispuse que un carruaje la llevara a su casa, Alfred.

—Tu criado me dijo que tú la acompañaste.

Sus ojillos opacos reflejaron de pronto una especie de astuta sabiduría que pocos sabían que conservaba. Stephen se alegró de ver a Elizabeth conversando con su madre a alguna distancia de ellos, aunque sabía por el brillo de interés que vio en la mirada de Cassie que haría uso de aquella revelación en cuanto pudiera.

Ni Nat ni Luc dieron muestras de haber oído nada.

«Una indiferencia deliberada», reflexionó, y concentró su atención en Elizabeth Berkeley cuando esta se sumó al grupo.

—Vuestro baile se está convirtiendo en la sensación de esta Temporada, milord. Nunca había visto junta a tanta gente tan distinguida.

Stephen sonrió. La inocente alegría de Elizabeth resultaba relajante.

—Lady Lindsay y la señora Clairmont tuvieron mucho que decir en la organización. Cualquier éxito es más merito suyo que mío.

—Mi madre dice que son pocos los caballeros capaces de atraer a tantos invitados, y la cena fue espléndida. De hecho, hay gente aquí a la que no había visto en ningún otro acto social en toda la Temporada.

—No hay que subestimar el poder de una gran fortuna, lady Elizabeth —comentó Nat, lacónico.

—Eso fue exactamente lo que yo les dije a mis amigas, lord Lindsay, y todas se mostraron de acuerdo conmigo.

—Ese es un argumento definitivo, entonces.

El rubor de Elizabeth hizo que a Hawkhurst le entraran ganas de reír: su inocencia no tenía nada que hacer ante el cinismo de su amigo. Pero persistía una duda. ¿Podría él vivir para siempre al lado de una mujer así sin desear algo más? ¿La repentina sensación del riesgo, por ejemplo? ¿O la excitante emoción del juego?

Segundos después Leonora Beauchamp estaba bailando de nuevo en los brazos de Rodney Northrup, toda ella rizos rubios y exuberante juventud. El vals daba una excusa para la cercanía de sus cuerpos que ningún otro baile podía proporcionarles.

—Es tan guapa... —comentó la madre de Elizabeth mientras se daba golpecitos en el brazo con el abanico cerrado—. Es una lástima que la empañe la reputación de su hermana mayor. Mi marido dice que, si tuviera un poco de sentido, la señora Saint Harlow abandonaría para siempre la alta sociedad para no volver nunca.

Cierto. Stephen pensó en lo retorcido de la situación. Aurelia lo había arriesgado todo por el bienestar de su hermana y nadie sabría nunca de aquel sacrificio. Sonrió, porque «abandonar para siempre la alta sociedad» habría podido ser, también, uno de sus más fervientes deseos.

Un grupo de amigas de Elizabeth acababa de reunirse con ella. Supo por sus expresiones que habían escuchado las palabras sobre la viuda de su primo y que estaban de acuerdo con ellas. Disculpándose, fue en busca de otra copa.

Aurelia estaba sentada en el salón de la planta baja, cerca del vestíbulo, en una silla dura y recta, esperando a que Leonora volviera a casa. Ya era más tarde de lo que le había prometido lady Lindsay y se sentía agotada. El reloj del otro extremo de la sala dio la una. Sabía que John, su criado, también la estaba esperando antes de retirarse para descansar.

John había dejado encendidas las luces de la casa, tal y como ella le había pedido, lo cual constituía un lujo excesivo. Ambos escrutaban las sombras por la ventana, atentos al menor ruido.

—Ya están aquí, *madame*.

Asintiendo, vio que recogía una lámpara para salir a recibir el carruaje. Se oyeron unas voces y risas alegres, sobre todo la de Leonora, mientras se despedía de sus acompañantes. Momentos después su hermana estaba dentro, cerrada ya la puerta de la calle.

—Es la noche más maravillosa que he pasado nunca —exclamó. Caminaba como si todavía estuviera bailando con un imaginario Rodney—. El señor Northrup vendrá mañana a visitarnos, estoy segura. Oh, Lia, eres la mejor hermana del mundo por haberme conseguido esta invitación...

Su entusiasmo solo consiguió hacer que se sintiera todavía más vieja y cansada, y se alegró de que Leonora se despidiera para subir a ver a las gemelas acostadas. Para contarles el episodio, supuso. Esperaba que no despertaran a su padre con su entusiasmo.

John apagó la vela de la lámpara con gesto preocupado.

—Ese joven caballero se mostró muy insistente a la hora de acompañar a la señorita Leonora hasta la puerta, señora Aurelia. Habría entrado si yo no le hubiera dicho que vuestro padre estaba enfermo de gripe. Parecía deseoso de volver a visitarla.

—Esperemos entonces que no tarde mucho.

—A veces pienso, *madame*, que la situación en que os colocó mi familia es tan difícil que habría sido preferible que hubiéramos desaparecido...

Ella no le dejó terminar.

—Los tribunales llegaron a la conclusión de que el único culpable de la muerte de Charles fue él mismo, John. Y mi opinión es que tenían razón.

—Sin vuestra ayuda, habrían podido llegar a una conclusión completamente diferente.

Su rostro reflejaba el dolor que ella ya se había acostumbrado a ver allí: un anciano cargado de secretos, con la tristeza abatiéndose sobre sus hombros. Reconoció su angustia como el mismo sentimiento que la devoraba por dentro, esperando su oportunidad de aflorar.

—Cualquier otra decisión habría sido errónea, dados todos los hechos.

El viejo sirviente le hizo una reverencia antes de alejarse para cerciorarse de

que las puertas estuvieran bien cerradas. Había envejecido considerablemente durante el tiempo que llevaba muerto Charles, pero ella también. Su influencia había persistido durante largo tiempo después de aquel deceso.

De repente se sintió mareada. No había probado bocado en el baile Hawkhurst y, antes, había estado demasiado ocupada dando los últimos retoques al vestido de Leonora para comer algo.

¿Se había equivocado al solicitar a lord Hawkhurst las invitaciones? Sacudió la cabeza.

No, no le había quedado más remedio y, con un poco de cuidado todo aquello podría terminar bien para Leonora, que se había quedado deslumbrada con Rodney Northrup.

Habría podido ser mucho peor. El hermano de Cassandra Lindsay parecía un hombre bueno y la gripe que había mencionado John había sido una idea de lo más inspirada. Nadie esperaba que su padre bajara de sus habitaciones por lo menos en una semana o dos.

Mirando a su alrededor, se alegró de haber conservado algunos de sus mejores muebles. Las piezas que ya no estaban, en su mayoría, había sido las de su herencia particular. No había querido despojar la casa de aquellos objetos con los que Leonora, Harriet y Prudence se habían encariñado.

Finalmente se marcharon. El último de los invitados abandonó la casa a eso de las cinco de la mañana. Hawkhurst imaginó que estaría ya clareando mientras subía las escaleras hasta su dormitorio del primer piso.

Se había entrevistado con su agente e intercambiado los documentos, en secreto. Había vigilado también a Delsarte y a su grupo, porque corrían rumores de su implicación en actividades clandestinas sobre las que deseaba informarse el Servicio Británico. El contratiempo de Aurelia con Delsarte acudió a su mente; por su culpa, su misión de espiar al lord y a sus compinches había peligrado. Los planos personal y profesional estaban empezando a solaparse y sabía que necesitaría ser más cuidadoso. Diez años de servicio estelar a su país no podían perderse por un... capricho. Frunció el ceño mientras reflexionaba sobre la palabra, descalzándose y mirando por la ventana el juego de luces y sombras del cielo.

—Aurelia Saint Harlow —susurró su nombre, escuchando el sonido como si se tratara de una música perdida.

Elizabeth era una mujer más dulce y más familiar, y sin embargo no eran sus rubios tirabuzones ni sus ojos azules los que desfilaban por su mente cuando pensaba en el cuerpo de la viuda de su primo apretado contra él.

Quería besar a Aurelia y volver a sentir lo que había sentido entonces,

aquella inesperada punzada de deseo que lo había sorprendido tanto, porque había pasado mucho tiempo desde la última vez que había experimentado algo parecido.

Ella era mujer de quien se decía que había matado a su primo y salido impune. Los rumores de la alta sociedad le seguían los pasos. Se enfrentaba a un ostracismo de por vida. Un ostracismo que él había respirado diariamente, durante años de rodar solo por el mundo, acosado y sin hogar. Y él necesitaba la seguridad un hogar cómodo y tranquilo. Necesitaba que la bondad y la misericordia lo salvaran de sus demonios, siempre al acecho, y en aquel momento más cerca que nunca. Taylor's Gap había sido como un aviso de su precario estado de ánimo.

Abrió el cajón del pequeño escritorio que tenía junto a su cama y sacó una caja. Dentro había un reloj de oro: el de su hermano. Detenido en el preciso instante de su muerte. Las garras de dolor lo obligaron a levantarse para acercarse al banco de la ventana y contemplar el cielo, con las primeras luces del alba al fondo.

Solo. Durante tanto tiempo ya. La carga de aquella soledad era todavía peor por la necesidad que tenía de un heredero. Juró en voz alta cuando las santificadas leyendas de la familia Hawkhurst le apretaron tanto el pecho que se quedó paralizado. Un aroma a violetas se acercaba y la pierna le dolía con el frío de la mañana.

Cinco

—No, papá, tienes que comerte el desayuno.

La pasada noche Aurelia solamente había dormido tres horas y tuvo que dominar su irritación cuando su padre se negó a abrir la boca. Miró el reloj del mantel de la chimenea: eran las ocho. Esperaba que el señor Rodney Northrup no se presentara hasta después de mediodía, aunque podía escuchar ya a Leonora preparándose para su visita.

—Quiero leer, Lia, Quiero sentarme a leer —alzó una mano y ella sonrió cuando sus cálidos dedos rodearon los suyos. Habían pasado dos años desde que el padre que habían conocido había sido tragado por aquel extraño, aunque a veces resurgía fugazmente su antigua personalidad.

—Cómete el huevo, papá, y luego te llevaré a la biblioteca.

Cuando finalmente se dejó alimentar, ella soltó un suspiro de alivio.

—Leonora tiene un galán que vendrá a visitarla hoy. Se trata del señor Rodney Northrup y es amigo de lord Hawkhurst.

Aurelia siempre le había contado las noticias de la casa cada mañana, por si se daba el caso de que pudiera asimilar algo.

Prudence se reunió con ella unos momentos después. El rostro de su hermana menor resplandecía de expectación, con su cabello como un espumillón de rizos dorados.

—Leonora dice que Rodney Northrup es el muchacho más guapo que ha conocido nunca, Lia. Dice que estuvo bailando con ella toda la noche y que se sentó a su lado en el carruaje de vuelta a casa. También mencionó que tú habías bailado con el imponente lord Hawkhurst. ¿Cómo habrías podido negarte?

—¿Hawkhurst? —farfulló el nombre su padre—. ¿Charles conocía a Hawkhurst?

—Claro que sí, papá.

Prudence abrió mucho los ojos.

—¿Es posible que papá nos haya entendido, Lia?

Aurelia quiso ver si su padre decía algo más, pero el silencio parecía haberse apoderado nuevamente de él mientras jugueteaba con el tenedor y la cuchara.

—Tiene como fognazos de comprensión, Pru, aunque lo esperable en que con el tiempo sean cada vez menos y más espaciados. Pero basta de esto por ahora. Dime, Pru, ¿qué es lo que se va a poner Leonora hoy?

El tópico distrajo completamente a su hermana, y mientras la muchacha se puso a hablar excitada de un vestido de seda ribeteado de encajes, Aurelia siguió su propio rumbo de pensamientos. ¿Acompañaría Stephen Hawkhurst a Rodney Northrup? Esperaba que no. «Por favor, Dios mío, que no venga», rezó una y otra vez, hasta que su hermana la sacó de sus reflexiones con la pregunta que le hizo.

—¿La invitación de lady Lindsay a la fiesta que van a dar en el campo nos incluyó a Harriet y a mí?

—¡Dado que aún no habéis sido presentadas en sociedad, lo dudo mucho!

—Pero si tenemos casi diecisiete años, Lia. ¿No podríamos al menos acompañaros a esas cosas? Podríamos ponernos los antiguos vestidos de Leonora. No será tan caro.

El quejumbroso tono de su voz le arrancó un suspiro. Nada era fácil para ellas. El negocio de la sedas estaba empezando a dar rendimiento, pero las deudas eran todavía sustanciosas.

En aquel momento debería estar en el almacén eligiendo tejidos, pero aquella visita del hermano de Cassandra Lindsay significaba que tendría que quedarse en casa ese día, haciendo de carabina de sus hermanas, ya que no había nadie más que pudiera hacerlo.

Cerró los ojos y el cansancio que había sentido la noche anterior volvió a acometerla esa mañana, así que, después de terminarse lo que había dejado su padre del desayuno, se sirvió un vaso de leche. Si caía enferma, perdería la batalla. Un solo error y el primo segundo de su padre aparecería para reclamar Braeburn House, dejando a toda la familia sin casa y arruinada.

El horror de semejante perspectiva era inimaginable, pensó mientras ayudaba a su padre a volver a la biblioteca. El pobre no entendía ya lo que leía, pero disfrutaba tocando los libros. Luego pediría a la doncella que lo retuviera allí hasta que se hubiera marchado la visita. La gripe le proporcionaría una buena excusa para su ausencia.

Rodney Northrup se presentó acompañado de su hermana. Llegaron ya avanzada la tarde.

Estaban todas en el salón de la planta baja cuando oyeron un carruaje detenerse en la puerta. Prudence corrió a la ventana para recibir de inmediato una reprimenda de Leonora, que quería que todo saliera perfecto. Harriet puso los ojos en blanco y todas volvieron a sentarse mientras escuchaban acercarse las voces.

¡Él no estaba con ellos! Aurelia se sintió inundada de alivio. Hawkhurst no había aparecido con sus ojos dorados, su pelo oscuro como la noche y su imponente confianza en sí mismo. Abrió los puños, se quitó los lentes y se

descubrió sonriendo a Cassandra Lindsay y a Rodney Northrup, a los que John había hecho entrar en el salón.

—Espero que no os hayamos hecho esperar.

—Llegáis justo a tiempo, lady Lindsay —repuso Aurelia.

—Oh, por favor, llámame Cassie. Todas mis amigas lo hacen —sin esperar su respuesta, se volvió hacia Leonora y le tomó las manos entre las suyas—. Rodney estaba ansioso de venir hoy, querida, y contigo tan guapa vestida de rosa puedo entender por qué. Y tus dos hermanas combinan perfectamente contigo con sus tonos pastel... —esperó mientras Aurelia le presentaba a las gemelas—. No sabía que vuestras hermanas fueran todas casi de la misma edad, señora Saint Harlow.

—Prudence y Harriet van a cumplir los diecisiete. Se presentarán en sociedad la Temporada que viene —Aurelia no se sentía cómoda usando el diminutivo de lady Lindsay, así que no añadió nada más.

—¿Y vuestro padre?

—Se encuentra indispuesto en este momento, con gripe. Lleva varios días acostado.

—Entonces esperemos que se recupere pronto y no le quede ninguna secuela.

Aurelia sonrió a modo de respuesta.

Había transcurrido mucho tiempo desde que alguien de fuera había puesto los pies en Braeburn House y la necesidad de mentiras lo volvía todo peligroso. Desvió la mirada hacia el reloj. ¿Cuánto tiempo solía durar una visita como aquella? Esperaba que fuera corta.

—Ayer estuve visitando a la señora Saint Harlow y a sus hermanas con Rodney, Hawk. Aurelia Saint Harlow es un tanto... peculiar.

La declaración de Cassie hizo que ambos hombres se volvieran hacia ella, sentados en un rincón de la biblioteca de St. Auburn.

—Llevaba el mismo vestido que lució en tu baile, pero se había quitado los lentes. Sus ojos son sorprendentes. Cada uno de un color diferente —continuó—. Me pregunto por qué se esconde detrás de ese informe vestido de lana negra.

Nat empezó a sonreír.

—¿Qué estás intentando decirnos, Cassie?

—El secreto acecha cual fantasma en los ojos de la señora Saint Harlow, que se muestra muy cuidadosa con cada cosa que dice. Charles, por supuesto, era un hombre difícil, así que quizá eso forme parte del misterio. Pero hay otras cosas, también. El mismo sirviente que nos recibió la otra noche cuando llegamos en

carruaje después del baile, se encargó de nuestros abrigos, nos sirvió el té y nos acompañó a la salida.

—¿Crees que andan cortos de dinero? —preguntó Hawkhurst.

—La casa está bien amueblada y es una de las mejores propiedades de todo Mayfair, así que esa posibilidad parece remota. Oímos un extraño sonido mientras estuvimos allí, sin embargo. Como un aullido, si tuviera que describirlo. La señora Saint Harlow dijo que habían tenido que hacerse cargo de un cachorrillo y que estaban intentando entrenarlo. Pero sus hermanas parecieron bastante incómodas con la explicación, y yo tuve la sensación de que acogían con alivio nuestra marcha. No Leonora, por supuesto. Rodney y ella parecen estar en una burbuja y yo nunca había visto a mi hermano tan feliz.

—¿Crees que resulta prudente estimularlo? —fue Nat quien hizo la pregunta.

—Estás pensando, sin duda, en el pasado de la señora Saint Harlow y en el desafortunado incidente de Medlands.

—Es sabido que no eran felices. Parece que Charles llegó a decir algo sobre que su esposa había expresado el deseo de que se muriera pronto, precisamente poco antes de su fallecimiento. Sus amigos testificaron que ella le acosaba y le atacaba todo el tiempo, y que nunca estaba contenta con los regalos con los que él la agasajaba. Que a juzgar por el testimonio de los joyeros, fueron muchos.

—¿Qué amigos eran esos? —inquirió Stephen.

—Freddy Delsarte y sus compinches, entre otros, si no recuerdo mal.

—Delsarte abordó de mala manera a la señora Harlow en el baile. Tenía moratones en la muñeca de la fuerza con que la agarró.

—Quizá sea él otro de sus desencantados amantes, entonces. Las fiestas que se celebraban en Medlands eran famosas —Nat usó un tono inusual en él. Stephen lo había escuchado otras veces, cuando la información procedía de un controvertido informante y lo declarado podía resultar engañoso.

—A mí me pareció un gesto muy valiente que se dignara asistir a tu fiesta, Hawk —en la voz de Cassie subyacía una inequívoca pregunta.

—Tiene tres hermanas a las que casar. Eso convierte a cualquier mujer en una luchadora —repuso Hawkhurst.

—Y sin embargo no se esfuerza lo más mínimo en aportar su versión de la historia. Si fue perdonada en los tribunales, tuvo que ser inocente.

—O tal vez dispuso de un buen abogado —intervino Nathaniel, y Stephen pudo detectar su impaciencia—. Charles era un hombre que no nos caía bien a ninguno, mientras que la señora Harlow es una mujer detestada por la sociedad. Quizá fueran tal para cual.

—Yo no la detesto —lo interrumpió Cassie—. Al contrario. Creo que más bien, bajo otras circunstancias, habríamos podido ser amigas. Tú bailaste un vals

con ella, Hawk. ¿Qué piensas de su carácter?

«Que besa bien y se derrite con la más leve de las caricias». Se preguntó qué dirían si formulaba aquella respuesta y se quedó callado.

—Apenas la conozco —no quería verse arrastrado a decir más por las artimañas de Cassandra y se alegró cuando la conversación derivó hacia otros temas.

El lunes por la tarde, pese a sus intenciones de no hacerlo, Hawk se encontró en el parque acechando el carruaje en el que viajaban Aurelia Saint Harlow y su padre. El motivo de que no se olvidara de una vez por todas de aquella mujer era algo que escapaba a su comprensión.

No tuvo que esperar mucho antes de que aparecieran: Aurelia con su vestido negro y el sombrero a juego, y su padre encajado a su lado en el landó descubierto. Ella charlaba y reía. El cochero del pescante vestía la librea de las caballerizas de Davies Mews y el tiro lo componían dos caballos grises, bien conjuntados.

Pensó que el señor Beauchamp debía de ser un gran conversador, porque nunca había visto a Aurelia Saint Harlow tan animada. Escuchando su deliciosa risa que transportaba el viento, detestó la manera en que su cuerpo reaccionó al sonido.

A ese pensamiento le sucedió otro nacido de los años que había pasado observando atentamente a la gente. Toda una vida encontrando el lado negativo de las cosas.

Porque no conseguía distinguir el movimiento de los labios de su padre cuando ella se quedaba callada, y aunque estiró el cuello para verlos mejor cuando pasaron por allí la segunda vez, estaba empezando a tener la sensación de que la alegría de aquel trayecto en carruaje era una farsa.

Una farsa... ¿para quién?

Su mirada se detuvo en las diversas damas y caballeros que paseaban por el parque, a la hora más ajetreada del día, y aunque la mayoría aflojaba la marcha de los carruajes para hablar con aquellos con los que se cruzaban, el landó de los Beauchamp mantenía un ritmo constante. Y con sus ocupantes manteniendo siempre una conversación unilateral, durante las tres vueltas que dieron hasta que abandonaron el recinto.

¿Dejaría alguna vez Aurelia de sorprenderlo? ¿Y por qué se prestaba a aquel espectáculo?

Rodney Northrup escogió aquel momento para acercarse a él. Hacía tiempo que no veía al muchacho tan feliz y adivinó que su gozosa admiración hacia la

señorita Leonora Beauchamp había tenido algo que ver en ello.

—Lord Hawkhurst. Nunca os había visto aquí antes a esta hora del día. Os habéis perdido a la señora Saint Harlow y a su padre. Hace apenas unos minutos que han pasado por aquí.

Stephen decidió seguirle la corriente.

—Había oído que frecuentaban el parque los lunes. Espero que estuvierais aquí para ver a la hermana... Leonora, ¿verdad?

—Oh, la señorita Leonora nunca los acompaña. Siempre salen la señora Saint Harlow y su padre.

—Entiendo.

Con solo ellos dos en el carruaje, nadie se detenía a hablar con ellos. La curiosidad de los conocidos podía amenazar algún secreto y mientras Aurelia esquivara a cualquiera que pudiera dirigirle algo más que una mirada, tanto su padre como ella escaparían a cualquier detenido examen. ¿Cuál sería el secreto? La propiedad de Braeburn House, ¿estaría vinculada? Nadie había visto a Richard Beauchamp en otra compañía que no fuera la de su hija, en años. ¿Podría Aurelia Saint Harlow haber guardado en secreto alguna enfermedad que tuviera su padre para proteger la herencia de sus tres hermanas solteras? Semejante defensa era exactamente la clase de táctica que ella habría adoptado, evitando así cualquier cambio de situación que perjudicara las posibilidades de sus hermanas de hacer un buen matrimonio.

Se arrepintió de no haberse cruzado en su camino, para ver cómo reaccionaba. Imaginó que el cochero tendría instrucciones precisas de pasar por encima de cualquiera que tuviera el descaro de acercarse a ellos. Tragándose su desazón, escuchó lo que le estaba diciendo Rodney.

—Cassie me dijo que recibiríais una invitación a su fiesta y que os asegurara de asistir. Dijo que os habíais perdido muchas de sus veladas y que quería que estuvierais en esta.

Normalmente no tenía ningún interés por asistir a aquellos actos y los evitaba como a la peste, pero Cassie le había mencionado la misma fiesta a la señora Saint Harlow en el baile y sabía que la invitación había sido aceptada.

Aurelia había visto a Hawkhurst de pie junto a una verja, en el paseo de la otra punta del parque. Lo reconoció por su actitud, por la anchura de sus hombros y por una especie de excitación que la acometió, por grande que fuera la distancia que los separara.

Los nervios la habían impulsado a aparentar una mayor animación que la habitual mientras los ojos de Hawkhurst seguían al coche una, dos, tres veces: las

vueltas que dieron al paseo. No había estado hablando con nadie mientras los observaba, pero su indolencia había ocultado un interés. Ella se había asegurado de volver la cabeza hacia otra parte cada vez que se había acercado demasiado a él, nada deseosa de leer las preguntas de sus ojos.

Para cuando terminaron su recorrido, había visto a Rodney Northrup abordándolo. Con su feliz y despreocupado comportamiento contrastando a más no poder con la complejidad de Stephen Hawkhurst.

Su padre apenas hablaba en aquellos paseos, era un hombre que habría aborrecido aquel espectáculo de engaño si hubiera sido consciente del mismo. Ella se conformaba con que no cerrara los ojos y se pusiera a dormir como hacía la mayor parte del tiempo que estaba en casa: su manera, suponía, de lidiar con un mundo del que no tenía ya comprensión alguna. O de ahuyentar algo que lo aterraba.

Le dolían los músculos de las mejillas de tanto forzar la sonrisa. Cada semana rezaba para que no se vieran abordados por algún alma bienintencionada, por algún conocido con la suficiente curiosidad como para descubrir todo lo que ella se esforzaba por esconder.

El regreso a pie desde las cuadras de Davies Mews se estaba volviendo cada vez más difícil. No podía estar segura de que su padre pudiera continuar soportándolo. Cada lunes por la tarde su paso era más lento y trabajoso.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se esforzó por contenerlas, una inútil carga emocional que arrastraba desde hacía años. Ella era la única que podía conseguir para su familia un futuro de seguridad. Con los crecientes beneficios que estaba consiguiendo con sus sedas, alcanzar aquel horizonte solo sería una cuestión de meses.

Hawkhurst portaba aquel día un bastón, en el que se apoyaba. ¿Había sido herido recientemente o se trataba de alguna antigua herida? Una parte de ella habría deseado poder detenerse para hablar con él y fingir, aunque solo fuera por un momento, que era una dama de buena cuna y perfectamente solvente que habría podido convertirse en una buena esposa para él.

Semejante ilusión quedó hecha trizas cuando llegaron a las cuadras y el administrador se acercó a ellos para informarles de que el coste del alquiler del tiro de la tarde acababa de subir, y que no podía seguir proporcionándoles el carruaje gratis si el pago no se realizaba mensualmente.

Eran muchas libras, pensó Aurelia mientras calculaba mentalmente la suma. Pero seguía conservando la cadena del diamante, y la casa de empeños le había ofrecido una cantidad que garantizaría la continuación de la farsa por lo menos hasta octubre. Para entonces estaba segura de que los nuevos y lucrativos contratos que había conseguido la sacarían de aprietos.

—Por aquí, papá —animó a su padre al ver que tomaba la dirección

equivocada.

Desenganchando el diamante de la cadena, lo apretó con fuerza. Le gustaba la sensación de la cálida y familiar piedra. Su abuela se la había regalado en su lecho de muerte. Era una valiosa herencia familiar.

Había una casa de empeños en la capital que estaba especializada en aquel tipo de joyería antigua. La visitaría al día siguiente.

Seis

Alexander Shavvon estaba molesto mientras caminaba arriba y abajo por la pequeña habitación.

—Tenemos que contener a Francia en sus fronteras y sin embargo todas nuestras informaciones sugieren lo contrario, porque Luis Napoleón se ha expandido por Indochina. Si lord Palmerston no lleva cuidado, la Entente Cordiale diseñada con Guizot volverá a morder la mano que la alimenta.

Hawkhurst no estaba tan seguro como Shavvon del rumbo y los problemas del expansionismo francés.

—Si yo fuera un político, vigilaría a Prusia y los estados alemanes, señor. Todas mis lecturas apuntan al proyecto de una Alemania unida, que sería mucho más difícil de contener que una vapuleada Francia.

—Vuestro tío, por supuesto, no estaría de acuerdo con vos, lord Hawkhurst. Él conoció de primera mano el poder de Napoleón y, si no hubiéramos derrotado al dictador en Waterloo, Inglaterra sería ahora un lugar muy diferente.

—Quizá se esté convirtiendo ya en ese lugar diferente.

—Hablad con Alfred de lo que es capaz de hacer Francia, a ver si eso os hace cambiar de idea. Sois demasiado joven para recordar el terror que nos infundía nuestro más cercano vecino en las campañas de la Península Ibérica, una serie de escaramuzas imprevisibles en las que ningún británico querría volver a meterse.

Aquel discurso tan forzado hacía recelar a Stephen, que sabía que sus días en el Servicio Británico estaban contados. A esas alturas lo único que deseaba era la oportunidad de retirarse a una de las propiedades de su familia y vivir su vida. Tranquila y pacíficamente, hacia un futuro completamente desvinculado de su pasado. ¡Nada sórdido, ni azaroso, ni disoluto!

Inspiró profundamente cuando el rostro de Aurelia Saint Harlow asaltó su mente. Aurelia se infiltraba en sus sueños por las noches, cuando su mente era menos resistente y la llamada de su cuerpo más perentoria. Maldiciendo entre dientes, se concentró de nuevo en lo que le estaba diciendo Shavvon.

—Frederick Delsarte y su banda han sido vistos rondando un almacén de Park Street, en la zona de Limestone Hole, y tienen conocidos contactos en París. Parece que están usando el comercio legal de tejidos para enviar y recibir información —entregó a Stephen una hoja con todos los detalles—. Los que lo

están ayudando probablemente cuenten con alguna conexión francesa y se imaginen maltratados por el gobierno inglés. Si podemos sorprenderlos con las manos en las masas, los colgaremos. Discretamente, por supuesto. Con la menor publicidad posible.

Hawkhurst asintió. Siempre era lo mismo: aquel juego de espionaje representado a espaldas de la virtuosa y saludable sociedad británica, sin peligro de que los oscuros secretos de la corrupción tuvieran oportunidad de mancharla.

Su mundo.

A veces se preguntaba si alguna vez sería capaz de volver al mundo que habitaba gente como Elizabeth Berkeley, ajena a cualquier iniquidad.

—Si podéis conseguir infiltraros en el canal de comunicación, avisadme antes de que lo cerréis.

—Ah, ¿para tener así tiempo de poner la otra mejilla?

Shavvon se echó a reír.

—Sois el mejor agente que tenemos, Hawkhurst. No quiero perderos.

No quería perderlo como había perdido a su hermano, y a todos los otros con los que había empezado Stephen. Llevaba ya un tiempo deseando que el final le llegara rápidamente, en forma de una bala: una muerte poco dolorosa y nada prolongada, un tiro limpio y luego la nada. Si Shavvon reconoció aquel hastío, no dio muestras de ello mientras se volvía hacia el montón de papeles de su escritorio. Su expresión era de fría indiferencia y Hawkhurst estaba mortalmente cansado de aquello, de la mentira de su vida, cimentada en los bajíos del mal.

—Un día de estos no volveré —pronunció por lo bajo mientras abandonaba la habitación.

Aurelia esperaba devorada por la preocupación a Henry Kerslake, que se estaba retrasando. Hacía frío y la poca luz que quedaba estaba empezando a desvanecerse. Si no aparecía durante la siguiente media hora, ella tendría que volverse a casa, porque su padre había amanecido enfermo y estaba deseosa de ver si la fiebre había remitido o empeorado.

No cesaba de morderse las uñas. A esas alturas, el nerviosismo y las preocupaciones habían marcado muchas zonas de su cuerpo: sus manos, su estómago con el constante nudo, la tensión grabada en las arrugas que afeaban su rostro.

«Bella», la había llamado Hawkhurst, pero eso se lo había dicho en plena fiebre de deseo, y... ¿qué hombre no habría mentado en una situación así?

Sacudió la cabeza ante aquel absurdo. ¿De dónde había surgido aquella idea? Se había sentido mortificada tanto por su propia reacción por su beso en

Taylor's Gap como por lo mucho que le había afectado su presencia mientras estuvo sentada junto a él en el carruaje. Las traiciones de Charles pugnaban por romper la fachada que tan cuidadosamente había erigido ella, y sabía que cualquier grieta podría destruirlo todo de la misma manera en que ya lo había hecho antes.

El dulce aroma del humo del opio alzándose de una pipa y los ojos de Charles fijos en ella, brillantes y furtivos. Ella concediéndole el derecho a abrirle el camisón y descubrir sus senos, de exponerlos al aire fresco de la noche otoñal. Había confiado en su marido, se había confiado a su honor y a sus principios, con la alianza dorada que lucía en el dedo como símbolo de todas las promesas que le había hecho.

Votos falsos e ilusos. Solo había tardado una noche en comprender su depravación.

Un ruido de pasos la hizo volverse y, cuando se abrió la puerta, vio por fin a Henry Kerslake. Parecía cansado y distraído, con una gran bolsa al hombro.

—Tomar muestras de las telas jacquard me llevó más tiempo del que había imaginado. Las tarjetas perforadas hacen más complejos los diseños, pero también más lentos de reproducir —abriendo las hebillas de la bolsa, extrajo un fardo de ropas de estilo japonés—. Godwin intervino en los diseños, señora Saint Harlow, pero yo he subido los colores. ¿Qué os parece?

—Los motivos estilizados son... singulares, aunque el gusto oriental tiene cada vez más éxito —en su opinión los tonos eran demasiado llamativos y las formas algo raras, pero estaba cayendo la demanda de sus diseños florales estilo francés y tenía que ampliar su repertorio,

—Nadie más en Macclesfield está haciendo nada parecido, así que si lo lanzamos rápidamente al mercado, nos adelantaremos al resto.

Su entusiasmo la animó. Con la reapertura de las rutas comerciales con el Japón, el interés por el Oriente había aumentado y el mobiliario que habían empezado a fabricar las más selectas tiendas reflejaba ese cambio. Había empezado a ver bambú utilizado en las nuevas mesas y sillas. Aquellas nuevas sedas encajarían perfectamente en esos nuevos gustos y ella era lo suficientemente profesional como para entender la necesidad de diversificar productos.

Esplendor neorenacentista, arcos neogóticos, rosas de estilo francés, panelados de interior con barnices dorados y ahora un estilo todavía más sencillo y ligero de un país bien alejado de Europa. Sus propios diseños rivalizaban con los de los más famosos talleres, pero con el tiempo tan limitado de que disponía para elaborarlos estaba empezando a depender cada vez más de Henry y de sus «novedosos descubrimientos». La perspectiva la preocupaba, porque si perdía el control, tendría que abandonarlo todo.

No había nada que hacer, sin embargo, y como mujer que era estaba

obligada a servirse de un hombre como cara visible de su negocio, por muy liberal que fuera la ocupación en la que pretendía afirmarse. La rígida moral victoriana no podía cambiarse en un momento, aunque los rumores de la emancipación femenina estaban empezando a oírse cada vez más.

No para ella, por cierto, incapaz como era de permitirse el lujo de dedicar sus horas libres a una causa superior como la lucha por la emancipación femenina. El tiempo era su enemigo y así había sido durante mucho tiempo, aunque cada vez se estaba aficionando más a aprovecharlo mejor.

—Poned al taller de Little Street a producir estas sedas de diseño japonés y que el de Chester Street siga con sus rosas de estilo francés.

Henry Kerslake no pareció muy contento.

—Puede que os arrepintáis más adelante de no haberos movido con mayor rapidez, señora Saint Harlow.

La irritación subyacía bajo aquella crítica, pero la relación entre ella y Henry Kerslake era tan sólida como sólidos eran sus beneficios, que habían estado aumentando. Unos pocos meses más y podría vender ventajosamente su negocio. Aurelia estaba cada vez más desesperada por que llegara ese momento.

—Cuando venía hacia aquí, me encontré con un hombre que me estuvo haciendo preguntas sobre la clase de cargamento que recibimos cada mes. Yo le dije lo que sabía y él siguió su camino.

—¿Habló también con los otros almacenes?

—No lo sé.

La noticia la puso nerviosa. Últimamente había perdido algunos de sus diseños así como un libro de registro con pagos pendientes y nuevos contratos detallados hasta el último penique. ¿Podría aquella persona tener algo que ver con ello? Quizá otro taller estuviera al acecho, espionando su producción. Hasta el momento había tenido mucho éxito con sus elecciones de diseños y acaso eso había sido advertido por algún competidor con menos suerte.

Algunos talleres habían quebrado durante los cuatro años que llevaba en el negocio, con sus almacenes en aquel momento desiertos como símbolo de lo mucho que había sufrido la industria inglesa de la seda. Deseó poder contar con un interlocutor para discutir con él de aquellos problemas, alguien que le proporcionara consejo y asesoría, pero hacía tiempo que la mente de su padre no era la de antaño y el mundo de sus tres hermanas no tenía nada que ver con el suyo. Dejó de morderse las uñas cuando se dio cuenta de que había vuelto a hacerlo. Mandaría colocar cerraduras más seguras en todas las puertas y rezaría para que esas medidas fueran lo suficientemente disuasorias.

Pero Henry Kerslake todavía no había terminado.

—El desconocido tenía un inequívoco aire de hombre acaudalado, señora Saint Harlow.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirió sorprendida.

—Muy alto, de pelo oscuro, y se movía como un hombre que supiera exactamente lo que estaba haciendo.

¿Lord Hawkhurst? ¿Sería posible que fuera él? ¿Habría estado haciendo averiguaciones sobre ella que lo habían llevado hasta allí? La sensación de peligro la dejaba sin respiración, pero por debajo corría calladamente otro sentimiento. Podría verlo de nuevo. Él podría encontrarse allí en aquel mismo instante, afuera, acechando. Desvió la mirada hacia la ventana pero no vio nada, desiertos como estaban los terrenos que rodeaban el almacén.

Juguetando con las muestras de seda que tenía sobre la mesa, intentó concentrarse en algún tipo de tarea, pero los colores y diseños parecían desvanecerse en beneficio de los ojos dorados del hombre que había empezado a invadir sus noches.

Se alegró, por tanto, de que Henry mirara su reloj y recogiera sus cosas. Tenía una entrevista en la ciudad con uno de sus proveedores de botones.

—Os he dejado los pedidos en la caja, señora Saint Harlow. Dickens & Jones quieren chales tejidos a mano y de color azul para su tienda de Regent Street. Puede que necesitemos ampliar nuestra plantilla de Chester Street para dar abasto...

Aurelia esbozó una mueca. Otro problema con el que tendría que lidiar rápidamente. ¿Acaso sus preocupaciones de ese día no terminarían nunca? Suspiró cuando Kerslake se marchó por fin y todo quedó envuelto en un extraño silencio.

No se sentía con ánimo para trabajar. Los nervios la impulsaron a levantarse, erizado el vello de los brazos. Llevaba unos minutos ante la ventana cuando un golpe en la puerta llamó su atención. Pensando que sería Kerslake, la abrió... pero no era él, y el aire que acababa de respirar se le congeló en el fondo de la garganta.

Siete

La señora Aurelia Saint Harlow estaba ante él, con una tira de seda escarlata en las manos y luciendo el mismo vestido que le había visto cada vez que se habían encontrado.

—¿Vos? —su voz no había podido mostrar una mayor sorpresa, muy abiertos y temerosos sus ojos de un color diferente cada uno—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Hawkhurst no pudo menos de sonreír porque la pregunta era exactamente la misma que él había estado a punto de dirigirle, y porque no encontraba razón alguna por la que una dama como ella estuviera escondida en los ruinosos edificios y almacenes de Limestone Hole.

Salvo una.

—¿Trabajáis aquí?

Todo se había complicado y la misión que le había encargado el Servicio Británico estaba en peligro de quedar absolutamente comprometida. Deslizó la mirada por los rollos de tela y las muestras de colores y diseños que cubrían la gran mesa de madera que se alzaba en el centro de la habitación. En la estantería de al lado había torres de libros de contabilidad y, en una esquina del fondo, encadenado a la pared, un perro se había alzado sobre sus patas enseñando los colmillos.

—¡Abajo, César!

El animal se sentó al momento, con las fauces llenas de espuma. Stephen tuvo la sensación de que era perfectamente capaz de arrancar la cadena y lanzarse a su cuello. Como habría hecho también su ama, a juzgar por la mirada que le estaba lanzando Aurelia Saint Harlow.

—Buena mascota —murmuró.

—Para mi protección —explicó ella con un brillo furioso en los ojos. Ni lo invitó a entrar ni le cerró la puerta en las narices.

Un impasse. El cielo resolvió la situación abriéndose de repente y descargando una fuerte lluvia, con lo que ella le permitió entrar. El perro se levantó de nuevo sobre sus cuartos traseros al advertir el movimiento, y un ronco gruñido llenó la habitación.

—No está acostumbrado a las visitas.

—Me quedaré junto a la puerta, entonces.

—Sería lo más prudente.

Sonrió por un instante cuando lo dijo, evaporada su anterior expresión, y Stephen se quedó sin aliento. La belleza de Aurelia Saint Harlow poseía una sensualidad que siempre lo sorprendía. Quitándose el sombrero, lo colocó sobre sus prietos pantalones, para disimular el efecto que ejercía sobre su anatomía. Su irritación fue en aumento.

—No recuerdo que mi primo tuviera relación con el comercio de la seda.

—Porque no la tenía.

—¿Estáis diciendo que esto es cosa vuestra?

—La familia de mi padre estuvo fabricando botones de seda durante un siglo. Los Beauchamp lo llevamos en la sangre.

—¿Y él aprueba vuestro trabajo?

La manera que tuvo de bajar la cabeza le preocupó. Pareció momentáneamente decepcionada.

—Las mujeres de hoy en día ya no tienen tanta necesidad de conseguir autorización de los hombres de su familia, lord Hawkhurst, porque está en marcha un nuevo movimiento a favor de su emancipación. Mi difunto marido se habría sentido más que horrorizado si lo hubiera visto, pero ya no está aquí. Puedo trabajar en cualquier ramo de la industria en el que sea competente, y nadie puede impedírmelo.

—¿De veras? —estaba empezando a pensar que aquella era la mujer más valiente que había conocido. Ni siquiera podía imaginarse a damas como Elizabeth Berkeley y las de su clase aventurándose en aquellos barrios tan peligrosos de Londres con un animal que probablemente llevaba sangre de lobo en las venas.

Pero un pensamiento más sombrío lo asaltó.

¿Podría ser ella la que estaba enviando información a Londres por medio de los canales del comercio textil inglés? Su agente había sido muy específico a la hora de señalar aquella oficina como el lugar de procedencia del paquete con mensajes en clave que había sido interceptado. Cambió por completo de táctica.

—Cassandra Lindsay se quedó muy impresionada con Leonora. Piensa que su hermano menor está enamorado de ella.

—¿Y me estáis advirtiéndome a mí, milord?

Hawkhurst no pudo menos de admirar a una mujer que sabía ir tan directamente al grano de cualquier asunto.

—La alianza de vuestra hermana con el miembro de una familia tan encumbrada es un asunto importante. Nathaniel, sin embargo, no me daría las gracias si la revelación de ciertos secretos sobre la familia Beauchamp acabara produciendo cierta consternación, por mínima que fuera, en su esposa.

—Ciertamente.

Su aroma llenaba la habitación. Un fresco y singular aroma a violetas.

—Y sin embargo sigo intentando comprender cómo es que una dama de clase alta como vos pasa sus días revolviendo sedas en un polvoriento almacén.

Ruborizada, desvió la vista con expresión culpable.

La viuda de su primo tenía sangre francesa, lo que explicaría su presunta voluntad de ayudar a un país que era el de su madre. Ella le había revelado la nacionalidad de su progenitora la primera vez que se conocieron. El dinero que reportaba el negocio del espionaje también podría ser también sustancial. La propiedad de Charles había sido tan extensa como la de la familia de la señora Saint Harlow, pero quizá hubiera allí algo más en juego, aparte de riquezas. La alta sociedad inglesa la había marginado por culpa de la inexplicable muerte de su esposo y la venganza era un plato dulce en cualquier idioma.

La sangre se le congeló en las venas.

—Es muy poco habitual que una mujer de vuestra clase se vea envuelta en tales actividades.

—Oh, una termina cansándose de bordar tapetes, milord, y a mí siempre me gustó tanto el diseño que pensé en probar algo más estimulante.

—¿Y no se os ocurrió hacerlo en algún lugar más seguro? —miró deliberadamente al perro.

—Aquí estoy perfectamente a salvo, lord Hawkhurst, a pesar de lo que vos podáis pensar.

—¿Trabajáis aquí sola?

—No. Somos dos. Mi socio, el señor Kerslake, acaba de marcharse —un rubor encendió sus mejillas.

—Kerslake es el hombre con quien he estado hablando antes, supongo.

Ella asintió con la cabeza y se quedó callada mientras él recordaba a aquel tipo. De aspecto ambicioso. Bien plantado.

Maldijo para sus adentros. Quizá hubiera algo más que una relación de trabajo entre ellos, instalados como estaban en aquella habitación lejos de las miradas de los demás.

Ese día llevaba el cabello al descubierto y su color rojo resultaba deslumbrante. Quiso cerrar la distancia que los separaba para admirarlo a la luz, una llama rojo escarlata del mismo tono que la seda que estaba sosteniendo entre sus dedos. Allí, en los muelles, no podía ofrecer un aspecto más diferente de la mujer a la que había besado.

Ella quería que se marchara. Podía verlo en la manera que tenía de dar golpecitos en el suelo con un pie, como un músico midiendo el compás de una canción y esperando a que terminara.

—Yo preferiría, milord, que os guardarais para vos el conocimiento de estas pequeñas actividades mías —inspiró profundamente como para subrayar el dilema de su situación, frunciendo el ceño y dejando caer los hombros.

—¿Y por qué habría de hacer algo así, señora Saint Harlow?

—La sociedad encuentra a las mujeres poco convencionales... problemáticas. En mi experiencia, lo que no entienden generalmente no les gusta.

Stephen se echó entonces a reír. El sonido de su risa llenó la habitación mientras el aire de vulnerabilidad y decaimiento de Aurelia desaparecía de golpe para ser sustituido por el brillo de furia de sus ojos.

Maldijo por lo bajo. El comportamiento tímido y modoso no le iba nada bien a Aurelia, aquella Boadicea de los salones victorianos que se esforzaba por conseguir una ventajosa alianza para su joven hermana, pese a una reputación como la suya.

—Me gustáis más cuando no sonreís por compromiso, señora Saint Harlow.

Una leve sonrisa asomó a sus labios llenos. Un largo rizo escapó de su apretado moño para resbalar por su cuello y reposar sobre la curva de su generoso seno. Stephen se obligó a alzar la mirada hasta su rostro, sintiéndose como un mozalbete que hubiera sido sorprendido devorándola con los ojos. Pero ella no había terminado de defender el caso de su hermana. Continuó haciéndolo, solo que esa vez sin tono de súplica alguno.

—Lady Lindsay está más que dispuesta a considerar esa alianza y cualquier intervención por vuestra parte solo podría perjudicar una relación que tanto mi hermana como el señor Northrup están deseosos de alcanzar.

—¡Los palabras de amor de una pareja encandilada no son en absoluto de mi incumbencia! —detestaba el cinismo que escuchaba en su propia voz, pero él era un hombre que no gustaba de los acertijos sin resolver, y el de la señora Saint Harlow lo confundía.

Trabajaba en un almacén y vivía en una de las casas más caras de Mayfair, una residencia bien amueblada y decorada según Cassie Lindsay; y sin embargo sus manos estaban marcadas por las huellas de un trabajo que no tenía nada que ver con su confesada ocupación del diseño de sedas.

—Os vi el otro día en el parque con vuestro padre. Los caballos eran muy buenos.

—Los caballos constituyen una de las pasiones de papá.

Ella inspiró profundamente y contuvo el aliento, entrelazando con fuerza los dedos. El pulso de una vena en su cuello denotaba una gran tensión.

—Ciertamente, parecía muy divertido por la conversación. Demasiado divertido, si se me permite decirlo.

—No sé lo que queréis decir, milord.

—La propiedad Beauchamp... ¿está vinculada?

La sangre abandonó de golpe su rostro. De ruborizada, pasó a lívida.

—¿Mi primo James os envió aquí?

Stephen se echó a reír al oír aquello.

—Nada tan prosaico, me temo, aunque supongo que ese hombre es el heredero del título de vuestro padre y que por tanto su propiedad pasará a sus manos en el caso de que él muera o quede incapacitado para desempeñar sus obligaciones.

A eso no pudo ella responder nada.

—Charles era un hombre rico, por lo que se contaba de él. Imagino que vos, como viuda suya, quedaríais bien provista.

Una vez más se quedó callada.

—Puedo enterarme por vos, Aurelia, o puedo instruir a mis abogados para que investiguen en las cuentas de mi tío. Pero yo preferiría que me lo dijerais.

Al cabo de unos segundos ella empezó a hablar, en voz baja al principio, pero ganando luego en volumen.

—La propiedad de mi marido estaba hipotecada hasta lo imposible. Llevo años pagando a los acreedores y asumiendo personalmente, desde que murió, nuestros gastos de manutención y servicio.

De repente Stephen comprendió.

—¿Con el dinero ganado con las sedas?

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ella había llevado el mismo práctico vestido casi cada día desde que la conoció, mientras que las joyas que le había regalado Chales y mencionado Nat no habían aparecido por ninguna parte. Ese día ni siquiera llevaba al cuello la cadena que él tan bien conocía. La había visto llevarse los dedos al cuello en varias ocasiones durante la conversación, para dejarlas caer enseguida al advertir la pérdida. ¿Acaso había empeñado la pieza para conseguir efectivo?

—Tenemos dos talleres textiles en Macclesfield y el almacén de aquí, en Park Street. El comercio está empezando a rendir beneficios y continuará haciéndolo con solo que pueda... —se interrumpió.

—¿Seguir manteniendo en secreto el estado de salud de vuestro padre?

El asombro de sus ojos se mezcló con el miedo mientras retrocedía un paso. Stephen tuvo la sensación de que su primer impulso fue marcharse sin más de allí, pero al final se quedó para defenderse atacando.

—Un lord pensando en saltar por un acantilado para escapar del mundo que lo acosa podría ser percibido por cualquier futuro socio de negocios, como un riesgo.

—¡*Touché!*

Intentaba mantener un tono ligero, un aire de despreocupación, pero por debajo latía otra cosa, otra verdad.

¿Se sacrificaría ella por su padre y por su familia si alguien se interponía en su camino?

—¿Difundiríais una mentira semejante?

—Eso depende de si calificáis la afección de mi padre como una gripe pasajera o como demencia.

O ultimátum o protección.

Comprendió que había cometido un error tan pronto como lo vio retraerse, pero no había podido evitarlo. Ahora él la odiaría, eso era obvio. El juego que se habían traído entre manos se había disuelto en el mensaje de su amenaza.

«¡Destruídme y os destruiré!».

Se aborreció a sí misma por haber pensado en utilizar aquella frase, y sin embargo los rostros de aquellos que dependían de ella acudieron a su mente: su padre, Leonora, Harriet y Prudence, y John y su esposa Mary.

Y en París... Aurelia sacudió la cabeza. No, no se pondría a pensar en eso ahora, ante un hombre que parecía leerle hasta el último de sus pensamientos.

—Si es dinero lo que necesitáis...

Ella lo interrumpió antes de que llegara a terminar la frase, nada deseosa de escuchar la oferta.

—Necesito solamente vuestra confianza, lord Hawkhurst.

El perro gruñó al escuchar su tono.

—Pues entonces la tenéis —dijo con tono seco y se marchó antes de que ella tuviera tiempo para responder.

Aurelia cerró los ojos cuando oyó cerrarse la puerta. Él la había mirado como si fuera... una desconocida: la atracción que había circulado entre ellos se había convertido en simple aborrecimiento. El dolor que sentía le recordó aquellas noches en que, una vez acostado todo el mundo, cuando la luna había estado bien alta, había soñado con que pudiera existir algo más delicado, algo real, justo y verdadero. Aquella traición de sus esperanzas era como un oportuno recordatorio de la razón por la cual no había buscado compañía alguna en los años transcurridos desde el accidente de Charles.

La aguzada rama de un roble colocada boca arriba, con toda su intención asesina dado su cuidadoso y deliberado emplazamiento por parte de alguien. La maleza con que ese alguien la había disimulado en el seto que habría debido saltar Charles. Aurelia se había esforzado especialmente por proteger a John de la dura mano de la justicia, cuando resultó que él había sido la última persona que había sido vista por los alrededores del presunto accidente. Las preguntas se habían sucedido, por supuesto, pero las verdaderas respuestas se habían perdido, pistas de una verdad que había desaparecido para siempre dejando atrás únicamente conjeturas.

Sentándose ante la mesa, abrió el último cajón de su escritorio y sacó una

cartera de cuero envuelta en un paño de seda. Sabía que lord Hawkhurst no había ido allí por casualidad; lo había sentido en su actitud y oído en todas las cosas que no había dicho.

—*Ah, mon Dieu, qu'est-ce que je fais maintenant?*

«Oh, Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?».

Mientras sacaba la última misiva recibida desde París, Aurelia comprendió la necesidad de ser todavía más cuidadosa de lo que había sido.

Evocó la aterrada expresión de Sylvienne la última vez que se habían encontrado en París, las furtivas miradas que había lanzado a su espalda al tiempo que le explicaba que no se sentía segura.

Freddy Delsarte había estado allí, por supuesto, con aquel brillo de astucia en sus ojos, disfrutando con su lucrativo chantaje a la hija de un rico y respetable caballero inglés.

Otra responsabilidad. Otro problema añadido. Aurelia se sentía como una equilibrista caminando por una cuerda floja tendida sobre el caos y la desesperación.

Ocho

Aurelia se encontró con Stephen Hawkhurst en la biblioteca de Bond Street el martes por la tarde: casi se echó de bruces sobre él cuando doblaba la esquina de un pasillo.

Deseó haber llevado su vestido ligero azul, porque incluso a su ojo escasamente crítico el vestido negro de lana la favorecía bien poco. Esperó mientras ahuyentaba aquel vano y ridículo pensamiento, porque después de su conversación en Park Street imaginaba que era muy poco lo que él querría decirle.

—Espero que vuestro padre esté mejorando de su gripe, señora Saint Harlow.

Así que quería jugar con ella. Sintió que se ruborizaba.

—Así es, milord —aferraba un libro de litografías de flores. Detrás de él, un par de mujeres los estaban mirando.

No, se corrigió, lo estaban mirando a él. Sus expresiones tenían la misma clase de interés que ella había visto en la mayoría de las invitadas femeninas al baile.

Cuando él le indicó que lo siguiera hasta el fondo de la sala, ella obedeció vacilante, contenta de escapar a las miradas curiosas gracias a una alta estantería.

—He estado... pensando sobre la situación con vuestro padre.

Sacudiendo la cabeza, Aurelia se volvió para marcharse, pero él la agarró de un brazo.

—¿Podrías hablar con vuestro primo y conseguir que os proporcionara, a vos y a vuestra familia, una situación más estable? El hombre quizá podría ayudaros.

—O echarnos a todos de casa mañana mismo.

—Parece una persona suficientemente razonable.

—¿Os habéis entrevistado con él? —el horror y la furia le hicieron subir la voz varias octavas.

—El señor James Beauchamp está reputado como un hombre justo y ecuánime.

—No.

—También es amigo de Rodney Northrup.

—Uno puede ser un hombre respetado o un amigo querido y aun así tener inclinación hacia algo precisamente porque nunca lo ha disfrutado.

—Por lo que yo sé, parece que hay aquí mucho que compartir y estoy segura de que vuestra familia se sentiría aliviada de veros en casa un poco más a menudo.

—No —esa vez pronunció la palabra en voz más alta, rompiendo el contacto visual entre ellos. ¿Acaso lord Stephen Hawkhurst esperaba entrar tranquilamente en su vida y cambiarla de golpe? Sabía lo que sucedería después. Por supuesto que sí. Si el señor James Beauchamp se presentaba en su casa como un primo lejano dispuesto a ayudar, todo cambiaría.

Todos ellos tendrían que estarle agradecidos y los caprichos de un hombre soltero de veintisiete años podrían incluir el deseo de una esposa. Y entonces Leonora, o Prudence, o Harriet serían sacrificadas por el mayor bien de la familia, y las demás no rechistarían. Estaba tan segura de eso como de que a la noche seguía al día, porque durante todo aquel año había escuchado sus cuchicheos cuando pensaban que ella no estaba escuchando. «Aurelia trabaja demasiado. Si pudiéramos encontrar alguna manera de ayudarla...»

Bueno, las sedas estaban empezando a rendir y los nuevos diseños eran preciosos y diferentes. Unos pocos meses más y todo sería posible. La única piedra con la que podía tropezar estaba en ese momento ante ella, en la biblioteca de Hookham, encarnada en el implacable lord Stephen Hawkhurst, que no parecía nada contento.

—¿Cuántas hermanas tenéis más?

—Dos, Prudence y Harriet. Son gemelas.

—¿Se parecen a vos?

—No. Son mucho más bonitas, porque se parecen a Leonora y...

Un juramento interrumpió su frase.

—Charles era un hombre que apreciaba la belleza femenina. Seguro que él os haría saber cuáles eran las cualidades que admiraba de vuestra persona.

—Oh, ciertamente —tuvo que hacer un gran esfuerzo para quitar toda ironía a su respuesta. Su esposo había admirado a las mujeres que hacían cosas en el dormitorio que habrían hecho ruborizar hasta a las prostitutas del East End, y a ella la había abandonado en su propiedad del extremo norte del país cuando se negó a hacerlas. Incluso los sirvientes con los que la había dejado habían sido instruidos para que le procuraran la menor ayuda posible, hasta que llegara a comprender el significado de las palabras «prometo obedecer» en su matrimonio apresuradamente consumado.

Las primeras noches sola habían sido las peores. Después de aquello, había dado gracias al cielo por la distancia que la separaba de su nuevo marido y por la independencia que le proporcionó. Sus libertades habían sido duramente ganadas y no estaba dispuesta a entregárselas a nadie,

—Me corresponde a mí solucionar esos problemas, milord —Aurelia apenas

pudo pronunciar la frase, tan desesperada como estaba por escapar. El dolor de cabeza que había empezado a acosarla por la mañana empezaba a nublarle la vista—. El comercio de la seda está marchando bien y en unos pocos meses estoy segura de que estaré...

—Muerta y enterrada, a juzgar por vuestras pronunciadas ojeras.

Bajando la mirada, resistió el impulso de llevarse las manos a la cara. Llevaba días durmiendo apenas. La dificultad de su situación empeoraba por culpa de las consecuencias del baile Hawkhurst. Leonora y Rodney. Cassandra Lindsay y su invitación a la residencia rural. El trayecto de vuelta en carruaje, donde por primera vez en su vida había comprendido lo que era sentirse atraída por un hombre.

No cualquier hombre, sino aquel que tenía delante, mirándola con aquella expresión de certidumbre.

—¿Y si lady Lindsay presentara en sociedad a vuestras hermanas y yo cubriera los gastos?

Aurelia no podía creer lo que acababa de escuchar. La sorpresa la hizo retroceder un paso.

—Nunca podría aceptar una oferta semejante.

—¿Por qué no? Estuvisteis casada con mi primo y, como cabeza de la familia Hawkhurst, yo me mostraría remiso a dejaros en una difícil situación financiera como viuda suya.

—Yo no sería en absoluto un pariente al que se esperara que mantuvierais, y la gente hablaría.

—Ya están hablando, Aurelia.

Vio que su mirada se había suavizado a la luz grisácea de la lúgubre tarde londinense y pensó que nunca le había parecido tan hermoso.

—Debería deciros que ayer Cassandra Lindsay abordó el asunto conmigo. Ella ya conoce a vuestras hermanas, al parecer, y se mostró muy impresionada con ellas.

—Oh.

Volviéndose, se puso a mirar por la ventana. El viento y la lluvia empujaban una descarriada hoja de papel por la calle. Antaño, habría aceptado su ayuda sin pensarlo dos veces. Antaño, las esperanzas y los sueños todavía habían estado grabadas en sus ojos como actualmente lo estaban en los de Leonora, y el futuro le había parecido luminoso. En aquel entonces había lucido vistosos vestidos, que realizaban el color de su pelo, y el apuesto señor Charles Saint Harlow, recién llegado de las Américas, había quedado deslumbrado.

Pero aquello solo había durado un mes. La furia se mezcló con la vergüenza.

—¿No encontraría lady Elizabeth Berkeley extraño ese padrinzago, dado que ya os habéis prometido con ella en matrimonio?

—¿Quién os ha dicho eso?

—La propia lady Lindsay. En vuestro baile.

Un músculo latió en su mandíbula, pero no dijo nada.

—No quiero poner os las cosas difíciles, pero si aceptara esa solución solo sería a condición de que os devolviera el dinero —añadió ella.

—Muy bien.

—Cuando vendiera mi negocio de sedas, redactaría un documento de pago, aunque entendería que vos preferirais involucrar a un abogado...

—No lo preferiría.

Ruborizada por el tono seco de sus palabras, le tendió la mano.

—¿Hacemos el trato, entonces?

Sus dedos estrecharon los suyos, fuertes y cálidos. Incluso en aquella biblioteca pública, y bajo los estrictos términos de un trato casi comercial, aquella conexión continuaba teniendo el poder de dejarla... sin aliento.

—Llevaré un cuidadoso recuento de todos los gastos, lord Hawkhurst.

Vio que sus pupilas se oscurecían, con vetas doradas en los bordes. Un brillo depredador y vigilante, y sin embargo a Aurelia no le importaba.

Él seguía sin retirar la mano y ella tampoco. Allí, en el tranquilo rincón de aquella biblioteca, Aurelia deseó estar en el mirador de Taylor's Gap, sin nadie en kilómetros a la redonda y con todas las razones del mundo para darle las gracias apropiadamente.

Él le había demostrado una vez lo que podía ser un beso, y ella quería volver a sentirlo de nuevo. Se ruborizó por el esfuerzo que tenía que hacer para contenerse y, por primera vez, atisbó un gesto de incertidumbre en su frente cuando él le alzó la mano y rozó su piel con los labios en la más leve de las caricias. El contacto de su lengua en el nacimiento de sus dedos fue tan suave como real.

—Yo no sé qué clase de fuego arde entre nosotros, señora Saint Harlow, pero llegará un momento en que no tendremos la voluntad necesaria para apagarlo, eso os lo prometo.

Ya estaba, ya había dicho las palabras, cayendo sobre las mentiras y cubriéndolas como un blando manto de nieve sobre unas rocas escarpadas.

Solo la verdad. El nudo que le subía por la garganta le hizo tragar saliva mientras se esforzaba por buscar una respuesta, pero... ¿qué podía decir? Si asentía, de ello solamente se seguiría la ruina, y si lo negaba...

No podía hablar, ni siquiera cuando todo estaba colgando de un hilo, hasta que de repente él le soltó la mano y se apartó.

Un ruido de pasos los hizo volverse. A varios metros de distancia de donde se encontraban, una mujer acababa de rodear una esquina y se dirigía hacia ellos. Aurelia tuvo la inequívoca sensación de que él la había oído acercarse antes de que apareciera ante su vista.

—Lord Hawkhurst, ¡qué alegría veros aquí! —esbozó una sonrisa radiante hasta que posó la mirada en el rostro de Aurelia, cuando se marchitó un tanto.

—Lady Allum —Hawkhurst recuperó su actitud distante y Aurelia no pudo menos de maravillarse de la rapidez y facilidad con que lo hizo—. Permittedme que os presente a la señora Saint Harlow.

Sorprendida, la mujer hizo finalmente contacto visual con ella, una rápida y furtiva mirada que vino a decirle a Aurelia que creía todo lo que se había dicho sobre su persona. Ese día, el criticismo de aquella mirada le dolió como pocas veces había hecho antes.

—Lady Berkeley me dijo que esperaba cenar con vos el sábado, lord Hawkhurst. Será un grupo pequeño y selecto, por lo que he oído. Su hija Elizabeth, especialmente, está esperando ansiosa el evento.

—Ya les envié recado de que no podría asistir, milady, ya que estaré ausente de Londres durante toda la semana.

Cuando la mujer le mencionó otro acto al que deseaba que Hawkhurst asistiera, Aurelia aprovechó para disculparse y retirarse. El sonido de sus zapatos en el brillante suelo de madera subrayó su retirada. Una vez fuera, se volvió para contemplar la alta fachada de la biblioteca, recortada contra el cielo oscuro y lluvioso. Mientras detenía un coche de posta que pasaba por delante, intentó decidir exactamente lo que iba a hacer con el enigmático y amenazador lord Stephen Hawkhurst. El corazón se le aceleró cuando evocó las últimas palabras que le había dirigido.

«Yo no sé qué clase de fuego arde entre nosotros, señora Saint Harlow...».

Así que él también lo sentía, aquella intensidad que ahuyentaba todo lo que era vulgar y ordinario para reemplazarlo por... ¿qué? Se interrumpió, buscando la palabra adecuada, pero no le salió ninguna y continuó rumiando sus pensamientos.

Él iba a casarse con una de las más bellas debutantes de la Temporada y ella era una proscrita de la sociedad bienpensante. No, nada podría haber entre ellos y soñar lo contrario solamente la llevaría a la misma decepción que había experimentado ya.

Stephen entró en el club White's de Saint James Street sin fijarse apenas en su cálido ambiente de lujosas tapicerías y numerosas lámparas de araña. Lo único que quería era beber para sofocar el deseo que lo consumía y la irritación que le había producido la inoportuna interrupción de Catherine Allum.

El puro deseo lo había impulsado a admitir aquello que no habría debido expresar. Volvió a imaginarse el cabello rojo fuego de Aurelia derramado sobre su

piel, con sus generosos senos acunados en sus palmas y venerados por su boca... Soltando un juramento, tomó asiento junto al fuego y se tapó las piernas con su abrigo para que los demás no pudieran ver el bulto que tensaba su pantalón.

—¿Un día difícil?

No había pensado que el asiento del otro lado estaría ocupado. Y menos aún por Lucas Clairmont, que lo cambió de posición que quedar sentado frente a él, con una copa de brandy en la mano.

—Tienes la mirada de un hombre que acaba de luchar con el sexo opuesto, Hawk, y de perder. Apuesto a que la dama en cuestión es la enigmática señora Saint Harlow, porque dudo que la tímida lady Elizabeth Berkeley logre irritar tanto a alguien.

Pese a su disyuntiva, Stephen sonrió y aceptó una copa del camarero que pasó a su lado, para apurar su contenido de un trago.

—Me encontré inesperadamente con la señora Saint Harlow en la biblioteca de Hookham y me ofrecí a cubrir los gastos de la presentación en sociedad de sus hermanas menores con la ayuda de Cassandra Lindsay. Son gemelas.

—Una oferta muy generosa.

—Y que ella quiso rechazar.

La carcajada que soltó su amigo hizo que Stephen se arrepintiera de haber hablado.

—Solo una gran mujer puede meterse debajo de tu piel de esa manera, Hawk. Mi esposa Lillian tiene la misma capacidad de volverme loco de furia y de deseo al mismo tiempo.

—Yo nunca dije que era así como me sentía.

—No con palabras, quizá, pero hay algo en tu comportamiento que ha cambiado desde aquel baile...

—Es provocación y exasperación, Lucas, y todo se deriva de la imposible señora Saint Harlow.

Luc apuró su copa de un solo trago.

—Bah, eso no es más que la inesperada comprensión de los sentimientos que solo unos pocos seres inspiran, Hawk. Si escucharas a lo poco que queda de tu corazón, podrías oír esa música, y si lo hicieras, probablemente te salvarías.

—Lillian te ha convertido en un romántico, Luc, y tu consejo carece completamente de sentido.

Por primera vez en su vida no sabía exactamente lo que hacer con una mujer, y eso le preocupaba. Toda aquella palabrería de la salvación de Luc lo exasperaba también. Solo la inocencia y la pureza podrían ahuyentar los demonios que lo devoraban, y Aurelia Saint Harlow no era ningún ángel ingenuo. Sus reflexiones fueron interrumpidas, sin embargo, por una nueva andana retórica de Luc.

—Me tropecé con lady Berkeley hace como una hora o así. Su hija estaba de lo más afectada pensando que pudo haberte ofendido de alguna manera durante el baile. No ha vuelto a saber de ti desde entonces, según parece.

—He estado ocupado.

Inclinándose hacia delante, Lucas bajó la voz.

—Hay algo más que creo que deberías saber sobre la misteriosa viuda de tu primo, Hawk. Una vez al mes visita el hospital St. Bartholomew para hablar con un médico llamado Giles Touillon.

—¿Francés?

—Por supuesto.

El mundo entero empezó a girar a su alrededor. Lord Shavvon lo había enviado a los almacenes de Limestone Hole en busca de una conexión francesa. ¿Podría ser Aurelia Saint Harlow una traidora? Después de toda una vida dedicada al espionaje, Stephen había dejado creer en la benevolente naturaleza de las simples casualidades. Siempre había mucho más que eso.

—Pareces... extraño, Hawk. ¿Te encuentras bien?

—Sí —recostándose de nuevo en su silla, sonrió. Incluso ante Lucas erigía barreras. El pensamiento le entristeció más de lo que debería—. Si ves a lady Berkeley durante los próximos días, Luc, dile por favor que los visitaré para finales de semana, porque antes tengo un compromiso en el norte.

—¿Problemas en Atherton?

—La vida siempre nos está exigiendo su libra de carne —repuso, consciente de que lo que decía no era ninguna mentira.

Unas pocas horas después, Hawk se internaba por el laberinto de callejones que se extendía entre Katherine Street y Drury Lane, asaltado su olfato por la pestilencia del barrio más pobre de Londres. Una mujer agitó su abanico delante de su rostro y él la rechazó con un gesto. La oferta era de una prostituta callejera acompañada por una sonrisa en la que tanto dientes como encías habían sido devorados por la cura de mercurio.

Se alegraba de haberse disfrazado de marinero. La familiaridad de la vestimenta llamaba poco la atención mientras se calaba aun más el sombrero sobre la frente.

Llamó a la puerta de una casa, en la esquina de una de las pequeñas calles que se entrelazaban unas con otras, y esperó. Al cabo de unos segundos se descorrieron los cerrojos y fue invitado a entrar.

Los pesados cerrojos fueron nuevamente corridos a su espalda.

—Phillips me dijo que vendríaís —el hombre que se hallaba ante él era

pequeño y fibroso, con una mata de pelo rojo coronando un rostro lleno de pecas—. Pero necesito escuchar las palabras primero.

—*Angliae notitia*.

Se encendió una lámpara y la humilde habitación quedó bañada por la luz. Una mujer estaba sentada en un rincón, sobre un bajo taburete, con un bebé dormido en su regazo.

—Podéis hablar con tranquilidad.

Hawk sacó las monedas de un bolsillo, con el relieve de la reina en bronce.

—Habrá más si tienes algo más.

El brillo de avaricia que vio en los ojos del pelirrojo le confirmó que así era. Esperó. La experiencia le había enseñado el valor de la paciencia en cualquier negociación.

La información tenía sus propias e intrincadas reglas, después de todo, y la primera era simular indiferencia.

—El tipo al que llaman Delsarte y sus compinches han estado merodeando alrededor del almacén. Pero no he visto a la mujer hacer nada con ellos. Ella se retira tarde a esa elegante casa que tiene en Mayfair cuando termina la faena, y vuelve por la mañana. Madruga mucho la condenada.

—¿La has visto hablar con ellos?

Stephen miró a la muchacha que estaba sentada en el rincón, baja la mirada.

—Hay algo que oí decir a Delsarte... —el pelirrojo se interrumpió de pronto y Hawk le entregó otro puñado de monedas—. Dijo que iba a ir a París y que había más dinero que sacar del negocio. Luego se puso a llover muy fuerte y ya no pude escuchar más. La mujer con la que estaba hablando venía de ese lugar de Mother Spence, allá por Katherine Lane. Una chica grande y morena, cara con manchas, carmín y una larga cicatriz en el brazo. Ella podría saber más si le preguntarais, aunque yo que vos llevaría cuidado.

—¿Entraste en el almacén para ver los libros?

—No, no tuve oportunidad. Con el perro, imposible. Les oí mencionar algo de un barco, sin embargo, la semana pasada, cuando los estuve siguiendo a casa desde la taberna del Jabalí Negro. *El Meridian*. Pregunté y está atracado en el muelle de Saint Katherine.

—Buen trabajo —dejó una moneda de chelín sobre la mesa—. Para el bebé —dijo, y se marchó.

Cuando volvió a casa después de las once, Stephen se encontró con Nathaniel Lindsay esperándolo en la biblioteca. Se había bebido ya buena parte de su mejor botella de whisky.

—¿Sigues en el juego, entonces? —le preguntó al ver su tosca ropa de lana y su sombrero de marinero.

—Si te presentas en mi casa sin haber sido invitado, tienes que aceptar lo que hay y no hacer comentarios, Nat —se sirvió una generosa copa y se tomó su tiempo para saborearla.

—Cassie me envió.

—¿Por qué?

—Piensa que necesitas hablar sobre tu elección de mujeres.

—Creía que tu esposa aprobaba a Elizabeth Berkeley.

Una carcajada resonó en la habitación.

—Acabarías con esa pobre muchacha en menos de un año, Stephen, y te maldecirías a ti mismo por hacerlo.

—¿De veras?

—Las mujeres son como el whisky, amigo mío. Encuentra un licor complejo y de buen cuerpo y te servirá para siempre. Es lo que nos pasó a Luc y a mí.

Sus palabras quedaron flotando en el silencio de la biblioteca como promesas de persuasión.

—¿Me estás diciendo que la base para un buen matrimonio es una mujer compleja?

—Te estoy diciendo que estoy preocupado por ti, Stephen. Todo este... disfraz y estos engaños. Te estás amargando demasiado —se quedó callado durante unos segundos antes de continuar—: ¿Recuerdas cuando estábamos en el colegio y murieron tus padres? ¿Qué edad teníamos entonces? ¿Tú, Luc y yo?

—Trece años.

—Trece años. Decíamos que siempre seríamos como una familia. Nos hicimos esa promesa, haciéndonos un corte en la muñeca —tirándose de la manga hacia arriba, deslizó un dedo a lo largo de la fina y blanca cicatriz—. Yo hice demasiada fuerza con el cuchillo y terminé en la enfermería, contigo durmiendo a mi lado, en el suelo, durante una semana entera. Ahora me toca a mí asegurarme de que sobrevivas.

Stephen miró ceñudo sus manos, con las uñas llenas de mugre. Se las había ensuciado adrede en el barro antes de su incursión en los oscuros callejones de Saint Katherine Row. Bajando su copa, se levantó y fue hasta la ventana para quedarse mirando la oscuridad.

—Ya le he dicho a Shavvon que lo dejo.

—¿Cuándo?

—Después de este... caso.

—Tu hermano se alegraría mucho si estuviera aquí.

—Teniendo en cuenta que murió por la misma causa que yo estoy abandonando, lo dudo mucho.

El fiero tono de sus palabras sorprendió a Hawk.

—Y ese es el único motivo por el que has durado tanto tiempo. Daniel murió porque no atendió a razones, que es lo que tú no estás haciendo ahora.

—No. Murió porque yo no le protegí lo suficiente.

—Recibiste una bala en el muslo y te pasaste buena parte del verano entre la vida y la muerte. Te quedaste cojo desde entonces, por el amor de Dios. Tu hermano murió porque ni él ni tú pudisteis escapar indemnes a las balas disparadas por un loco francés. Hiciste todo lo posible para salvarlo, Hawk, y desde entonces has pagado el precio en dolor. Ya es tiempo de que lo dejes, de que sueltes ese dolor y encuentres la vida que Daniel no fue capaz de vivir. Eso no sería ninguna traición.

¿Traición?

La vida en el Servicio Británico lo había salvado una vez. De hecho, había dado un propósito y una familia a dos muchachos que habían carecido de las dos cosas. Muertos sus padres, Daniel y él habían vagado sin rumbo hasta que la firme y segura mano del deber y la responsabilidad los había guiado por un camino valioso e importante. Aquel sentido de la lealtad era el culpable de que le remordiera la conciencia en aquel momento, y sin embargo, por debajo, latía otro sentimiento todavía más ardiente.

Pero, por desgracia, la traición podía presentarse en múltiples formas.

El pensamiento le hizo alzar la cabeza. Si no cambiaba, moriría. Pronto. Como su hermano, desapareciendo en el oscuro y laberíntico mundo del espionaje.

Ese día, en la compañía de Aurelia Saint Harlow, había sido sincero. Había corrido un riesgo sin pensar en recompensas o en represalias. Le había dicho exactamente lo que ocurría entre ellos y él había visto brillar la respuesta en sus ojos: como un irrefrenable y candoroso brote verde surgiendo de una fría y desnuda rama en los primeros días de la primavera. Una nueva vida. Una nueva esperanza en la paz de la verdad.

Fuera, una estrella fugaz surcó los cielos. Por primera vez desde que era niño, Stephen pensó en un deseo.

Cuando Stephen visitó a Nat y a Cassie dos días después, Aurelia Saint Harlow y su hermana Leonora Beauchamp se encontraban en el pequeño salón azul de la planta baja, con Cassandra y su hermana mayor, Maureen. Lady Delamont, vecina de los St. Auburn, también se hallaba allí, algo sorprendente dada la reputación de Aurelia.

—Stephen —Cassie atravesó la habitación y le hizo entrar antes de que pudiera escaparse—. Nathaniel me comentó que ibas a pasarte y me dejó dicho que

te retuviera aquí hasta que volviera. Mencionó algo acerca de «un licor complejo y con buen cuerpo», aunque solo Dios sabe lo que querrá decir eso. Ya conoces a lady Delamont, por supuesto, y seguro que recuerdas a la señora Saint Harlow y a su hermana Leonora Beauchamp del baile de la otra noche. Maureen ha venido para quedarse una semana con nosotros.

—Buenas tarde, queridas damas.

Leonora sonrió y le hizo sitio en el sofá, con lo que a Stephen no le quedó más opción que sentarse entre las dos hermanas. Aurelia no lo miró.

—Me alegro de que hayas vuelto pronto de tu viaje al norte, Hawk —dijo Cassie, como insinuando una pregunta.

Lady Delamont se echó a reír y se sumó a la conversación.

—Lady Berkeley se mostrará encantada, Hawk. Su hija pequeña confía en pescar marido pronto, según tengo entendido, y tu nombre figura entre los candidatos propuestos para una cena que tiene planeada. Una bonita muchacha, esa Elizabeth, de buenas maneras y conversación agradable. Será una dócil y leal esposa.

De alguna manera la frase no sonó como un elogio. Al lanzar una rápida mirada a Aurelia, Stephen vio que había cerrado las manos sobre la retícula de terciopelo que sostenía en el regazo.

—Oh, el nombre de Hawk figura en todas las listas, Deborah —Cassandra cambió fácilmente de conversación y se puso a hablar de los vestidos que le habían llamado la atención en el último baile.

Stephen aprovechó la oportunidad y se volvió para hablar en privado con Aurelia por primera vez. Ese día se había trenzado el cabello, con lo que su color rojo parecía más oscuro. Un diminuto pasador de pelo lo embellecía, con la forma de una flor de cerámica justo encima de una oreja.

—Para alguien que figura en la lista negra, parece que estáis recibiendo muchas invitaciones —susurró.

—Tan pronto como mis hermanas queden emparejadas, estoy segura de que no recibiré ninguna más, milord.

—Si prescindierais de ese sudario negro que lleváis, me extrañaría mucho que eso sucediera, señora Saint Harlow. La seda escarlata que teníais en las manos el otro día, por ejemplo, os sentaría admirablemente bien.

La mirada que ella le lanzó fue dudosa.

—¿Rojo con rojo, milord?

—¿Demasiado tentador? —Stephen disfrutó del brillo de confusión que distinguió en sus ojos y, removiéndose, se permitió rozarle un muslo con el suyo. Ella se apartó como si el contacto la hubiese quemado, dejando la mayor distancia posible entre ambos y aplastando prácticamente su costado izquierdo contra el brazo del sofá.

Su reacción era ridícula. Ella lo sabía, pero era casi como si su cuerpo crepitara cada vez que él la tocaba. Rezó para que él no hubiera percibido su respuesta.

—Vuestro padre tiene buen aspecto, señora Saint Harlow —comentó Lady Delamont, inclinándose hacia ella y alzando la voz—. Siempre me pareció una gran lástima que vuestra madre lo abandonara. Sylvienne era muy parecida a vos, querida, con su cabellera roja y aquel aire de cautela. Tengo entendido que vive en París...

—Así es.

—Rodeada sin duda de lujos y de galanes, ¿verdad? Recuerdo que en aquellas Temporadas tenía a todos los candidatos detrás de ella: una belleza original y con cerebro. Dadle recuerdos la próxima vez que la veáis.

—Así lo haré, milady.

Forzó una sonrisa tan artificial como sus palabras. La última vez que la había visitado, Sylvienne se había aferrado a ella como una chiquilla necesitada de consuelo. El alto precio de sus numerosos amantes había podido leerse en su rostro ajado. Y abandonada además por la sociedad. Cuando le preguntó por su padre, sus palabras traslucieron el más profundo arrepentimiento.

Quizá ella y su madre fueran más parecidas de lo que pensaba. Sylvienne había escogido dejar al hombre adecuado para quedarse con el inadecuado.

«Desafortunada en el amor». La frase resonó en su mente e inspiró profundo. No podía permitirse bajar la guardia y Stephen no era hombre con quien se pudiera jugar. Era peligroso, poderoso y amenazador. Incluso allí, sentado entre un grupo de mujeres, Aurelia era bien consciente de su aire de autoridad. Un hombre que había luchado en la guerra y había sobrevivido.

Pero la supervivencia arrastraba siempre una sensación de culpa y lo aislaba a uno, haciendo burla de las pequeñas preocupaciones cotidianas. Y arrastraba también una tristeza que resultaba casi palpable, el vestigio de oscuras cosas de las que nunca se hablaba.

La risa de Leonora la sacó de sus reflexiones.

—Me encantaría asistir, lady Delamont, y a mi hermana ciertamente también —dijo para desazón de Aurelia—. Una baile de máscaras, Lia. ¿Qué podría ser más excitante?

—Cuantos más seamos, más felices, señora Saint Harlow —añadió la vieja dama—. Y dispongo de una sala llena de máscaras que he coleccionado durante años. Estaría encantada de que gustarais de escoger alguna con vuestra hermana.

—Yo ya he escogido la máscara de Nat, Hawk.

Aurelia detectó el tono de humor de la voz de Cassandra Lindsay a la vez que Hawk se removía en su asiento. No parecía hombre muy aficionado a los bailes de máscaras.

—Vuestro esposo era muy aficionado a esta clase de eventos, señora Saint Harlow —la hermana de Cassandra habló por primera vez, con una sonrisa tan dulce que Aurelia comprendió que no había tenido la menor intención de ofenderla.

—Cierto, parece que a Charles le encantaba cualquier tipo de ocasión propicia a la jovialidad —al menos Hawk no hizo que la frase sonara como un cumplido, lo que proporcionó a Aurelia cierta satisfacción.

«Jovialidad». La palabra resonó en su mente por un momento mientras se retrotraía al pasado, aferrándose a la esperanza de que el recuerdo de su difunto marido desapareciera en el aire como una voluta de humo.

Qué estúpida elección había hecho.

Sintió que la alianza matrimonial que llevaba en el dedo la apretaba como si fuera un nudo, un implacable castigo que la acompañaría siempre.

Deseó encontrarse en aquel instante en su casa, en su dormitorio, lejos de las curiosas miradas de los demás, de aquella conversación de bailes de máscaras y ocasiones felices que estaban tan lejos de todo lo que había conocido.

Y soportado.

—Espero que ninguna de vuestras otras hermanas se haya contagiado de la gripe de vuestro padre —comentó Cassandra Lindsay y Aurelia negó con la cabeza.

Decir más, bajo aquellas circunstancias, habría sido todavía más engañoso dado el conocimiento que tenía Hawk de aquel misterio. Incluso Leonora pareció un tanto avergonzada, y se hizo un incómodo silencio que rellenó lady Delamont pidiendo consejo sobre cierta planta para su jardín que no había sido capaz de encontrar.

La conversación proporcionó a Aurelia el tiempo necesario para recuperarse y dominar su sensación de pánico. La tensión que desprendía lord Hawkhurst sentado junto a ella resultaba casi palpable, y se alegró de que el marido de Cassandra apareciera de pronto en la puerta.

Hawkhurst se levantó inmediatamente, dando a Aurelia la impresión de que tenía casi tantas ganas de marcharse como ella. De hecho, cuando se despidió de la concurrencia, no la miró ni una sola vez.

Pero con la marcha de Stephen Hawkhurst desapareció aquella particular sensación de excitación y, mirando el reloj de la esquina de la sala, Aurelia se preguntó cuántos minutos más necesitaría soportar antes de que le llegara también a ella la hora de marcharse.

Nueve

A la mañana siguiente Aurelia recogió una carta para el hospital. La escondió en su retícula entre otros papeles y un pañuelo de seda. «La última vez», se dijo. Aquella sería la última vez que corría aquellos riesgos.

Mientras caminaba por el corredor del hospital, fue consciente de la presencia de un hombre sentado que la observaba con atención. Cuando ella le sonrió, él jugueteó con algo en el bolsillo y se levantó para doblar la esquina a toda prisa.

La vista de Freddy Delsarte cuando volvió a salir al exterior la hizo tensarse y se preguntó por las consecuencias si llegaban a descubrirla. La traición se castigaba con la muerte y sabía que la alegación de chantaje no la salvaría. Necesitaba sacar a Sylvienne de París y pagar a Delsarte por su silencio. En ese momento la reputación de Leonora estaba en juego, también, y con la oportunidad que tenía de ser feliz con Rodney Northrup en ciernes... Se interrumpió. Hawkhurst la acechaba en Limestone Hole y en aquellos lugares donde se reunía la aristocracia; sus conexiones con el servicio secreto resultaban obvias en las advertencias que le daba, pero en aquel instante era Delsarte quien quería tener unas palabras con ella.

—Estáis en boca de toda la ciudad, señora Saint Harlow, porque el baile Hawkhurst os ha elevado a la categoría de aceptable.

—He pagado mis deudas, señor. Ahora solo deseo que me dejen en paz.

—Sylvienne podría decir lo mismo.

—¿Sylvienne? —su voz sonó ronca hasta a sus propios oídos—. Si le tocáis aunque solo sea un pelo de la cabeza, Delsarte, me encargaré de que la verdad sobre vuestra cuestionable moralidad y lealtades sea conocida por todos y os crucifiquen por ello.

—Dijo la sartén al cazo, señora Saint Harlow.

Ella meneó la cabeza.

—Mi madre fue un estúpida por haberos admitido en su lecho y yo lo soy todavía más por haberme dejado convencer de que entregara vuestras cartas. Lord Stephen Hawkhurst ha estado preguntando por vuestros movimientos y me resultaría muy fácil contarle todo lo que sé.

—Hacedlo y acabaréis ahorcada a mi lado, querida. El gobierno británico tendrá poca compasión por la hija de una mujerzuela francesa.

Su furia la hizo retroceder. Estaba atrapada en el mismo juego que Delsarte y su lealtad hacia su madre estaba antes que cualquier fidelidad al monarca o al país. Porque Sylvienne estaba caminando por el filo de la navaja y Aurelia no podía dejar que cayera.

El mismo hombre que había visto antes en el hospital cruzó de pronto la calle delante de ellos y Delsarte se alejó apresurado. ¿Otro jugador en el juego del espionaje y los secretos? ¿Una nueva amenaza para la seguridad de su madre?

Una nota llegó a media tarde a Park Street cuando estaba intentando aprovechar sus horas de trabajo. El recadero tenía instrucciones de esperar su respuesta. Cuando leyó el contenido, se alegró de que Henry Kerslake no estuviera allí en aquel momento.

Lord Hawkhurst deseaba verla y le pedía que subiera al carruaje que le había enviado para llevarla a su casa de la ciudad al cabo de una hora. Preocupada por las consecuencias de una convocatoria semejante, Aurelia se enjugó el sudor de la frente con la falda de su vestido y alzó la mirada al sirviente que esperaba.

¿Debería correr el riesgo y acudir? Había oído rumores acerca de que Stephen Hawkhurst trabajaba para el Servicio Británico, aunque nada había sido confirmado. Quizá había estado investigando el dinero que ella enviaba a Francia. O quizá tuviera algo que ver que decirle sobre la vinculación de Braeburn House... El miedo a que la descubrieran la ahogaba por momentos y sabía que siempre sería preferible enfrentarse a él en privado que sola en algún acto social atestado de gente.

—Necesitaré diez minutos antes de que pueda acompañarle —se alegró de que su voz sonara firme.

—Muy bien, *madame*.

Cuando el sirviente se marchó, Aurelia se levantó de la mesa. El lomo erizado de César parecía advertirla, apagados sus gruñidos con la partida del sirviente.

—Ojalá pudieras venir conmigo... —susurró y le lanzó un hueso de la caja que tenía debajo de su escritorio. Mientras el perro se aprestaba a roerlo, Aurelia se acercó al espejo de la trastienda.

El espejo le devolvió una imagen cansada y asombrada, con aquellos ojos tan asombrosamente parecidos a los de su madre. Pellizcándose las mejillas para sacarse algo de color, se llevó por costumbre una mano a la cadena del cuello y se detuvo. No, la cadena había desaparecido también, en medio de la pretensión y del engaño. Nada le quedaba para proteger a su familia, salvo sus astucias y su fuerza de voluntad.

Su abrigo colgaba de un gancho en la puerta y contó los botones mientras se los abrochaba. Ocho. Uno por cada año transcurrido desde que conoció a Charles Saint Harlow en el baile de los Redmond en Clarence Street. Ocho años desde que había sido verdaderamente feliz. Ocho años desde que había dormido una noche de un tirón, para despertarse a la mañana siguiente con sueños que la habían hecho sonreír.

Repicaban alto las campanas de la iglesia cercana cuando salió al exterior y, con la cabeza bien alta, se dejó ayudar por el sirviente de Hawkhurst para subir al carruaje.

No debía ver a Aurelia Saint Harlow a solas y a una hora tan avanzada del día, pero quería mirarla a los ojos mientras la sometía a sus preguntas, y saber la verdad. Ese día la habían visto en compañía tanto del médico francés como de Freddy Delsarte. Sabía que si Shavvon hubiera estado al tanto de aquellas conexiones la habría mandado detener para interrogarla, hasta ese punto llegaba la inquietud del gobierno por aquellas intrigas extranjeras.

Pero sus propios deseos y necesidades eran un asunto completamente diferente, aunque él nunca había sido hombre que antepusiera sus intereses personales.

Oyó llegar el carruaje y se levantó, maldiciendo el deseo que le corría por las venas.

—La señora Saint Harlow, milord —la presentó Wilson y se marchó, cerrando la puerta firmemente a su espalda.

Hawkhurst ya había dado órdenes de que no lo molestaran bajo ninguna circunstancia, sabiendo que serían obedecidas al pie de la letra.

En la habitación caldeada por la bien alimentada chimenea, la observó mientras se desabrochaba el abrigo con dedos temblorosos. Una vez se lo hubo quitado, lo dejó cuidadosamente sobre el sofá que tenía al lado. En su vestido de seda advirtió los mismos zurcidos omnipresentes en su ropa.

—Gracias por haber venido.

Su semblante estaba pálido, lívido. Cuando le señaló una silla, vio que se acercaba a ella, pero sin que llegara a sentarse. No llevaba guantes y tampoco sombrero.

—¿Os apetece una copa?

—Rara vez bebo alcohol, milord —repuso en voz baja y con un inquietante tono formal.

—Sabia decisión —comentó antes de apurar su copa de un trago—. Tendréis que disculpar entonces mi falta de abstinencia.

Vio que asentía levemente con la cabeza, con su pequeña nariz levemente respingona y aquellos deliciosos hoyuelos en las mejillas incluso cuando no sonreía. No le extrañaba que su primo le hubiera propuesto matrimonio con tanta precipitación. Alfred había sabido entonces que contaba con numerosos pretendientes en su primera Temporada, y la sociedad entera se había quedado tan sorprendida como el padre de la propia Aurelia cuando ella acabó eligiendo al decadente Charles.

Su primo se la había llevado de Londres el mismo día de la boda y Aurelia no había regresado hasta su comparecencia en los tribunales tres años después, como devota y desconsolada viuda.

Por un momento Stephen no supo por dónde empezar.

—Podría pedirnos un té, si queréis —vio que negaba con la cabeza, así que probó otra táctica—. ¿Cuánto tiempo lleváis trabajando en el almacén de Park Street?

El brillo de sus ojos le dijo que había estado esperando aquella pregunta.

—Cerca de cuatro años. Los talleres de Macclesfield estuvieron vacíos durante mucho tiempo y yo volví a abrirlos. El almacén de Londres solo es para comercio.

—¿Y algunas de vuestras sedas proceden de Francia?

—Sí. Con la retirada de los aranceles, es más barato traer sedas de telares manuales.

—¿Así que mantenéis contacto con comerciantes de París?

Vaciló antes de asentir.

—Sí. ¿Hay algún problema con eso, milord?

—Ningún problema en absoluto. La curiosidad solo es uno de mis numerosos defectos.

—De alguna manera, lo dudo. Palmerston piensa que todos los ciudadanos que mantienen algún vínculo con Francia tienen que ser unos traidores.

—¿Entendéis de política?

—Procuro estar enterada. Aquí las tarifas del comercio de la seda son altas, mientras que en Francia la intervención gubernamental es menor. Sin un buen conocimiento de las políticas cambiantes y de las nuevas leyes, mis márgenes de beneficio podrían resentirse.

Hawk se echó a reír, a pesar de sí mismo.

—Mi primo apenas se preocupaba de nada que no fuera él mismo o la moda de turno. ¿Cómo es que terminó con una mujer como vos?

Una expresión de pánico cruzó por su rostro.

—Me doy cuenta de que es algo difícil de entender, pero estoy intentando construirme una nueva vida, milord, y proporcionar una existencia mejor a mi familia.

—¿Por qué os habéis entrevistado hoy con Delsarte, Aurelia?

La furia relampagueó en sus ojos.

—¿Me habéis hecho seguir?

—La seguridad de Inglaterra depende de un buen servicio de inteligencia.

—Vuestro espía tiene poco talento, entonces. Lo vi en el hospital y luego en la calle.

—Quizá quería ser visto.

—¿Porque queríais advertirme...? —se interrumpió. La luz de la lámpara arrancó un reflejo a la afeada tela de su vestido y uno de los lazos de su corpiño estaba suelto.

Rebuscando en un bolsillo, Stephen sacó la cadena que había localizado en la casa de empeños hacía dos días. La expresión de sorpresa de su rostro lo impulsó a tomarle la mano. Sintió su piel caliente y suave cuando depositó la joya en su palma y le cerró los dedos.

—Parecía un recuerdo de familia. Pensé que quizá lo habríais perdido.

—Lo vendí para pagar a las cuadras Davies el alquiler del carruaje los lunes. Era de mi abuela.

Se mordió el labio y, por un momento, Hawk pensó que iba a echarse a llorar. Pero, afortunadamente, Aurelia Saint Harlow estaba hecha de una pasta más dura.

—Soy lo suficientemente mayor como para darme cuenta de que el mundo no es blanco ni negro, y de que el gris tiene muchos matices. Me gustaría saber cómo es que conocéis a Delsarte.

—Era amigo de mi marido. Asistía religiosamente a las fiestas de Medlands. También es opiómano.

Impresionante. Podía ver en su rostro la verdad arrastrándose poco a poco, así como la cautela de la traición.

—¿Estuvisteis vos en aquellas fiestas?

—Solo una vez. La primera noche. Antes de que entendiera exactamente... —no continuó. El silencio que se hizo entre ellos parecía reverberar de intenciones.

Finalmente siguió hablando

—Es mi opinión que acudisteis al almacén de Park Street porque sospechabais que ocultaba algún negocio ilícito. No sé qué es lo que os envió allí, pero creo que sería prudente que llegáramos a un trato, milord. Si pudierais reconocer que no existe actividad nefanda alguna en mi pequeño negocio de sedas, yo podría ofreceros como pago la entrega de una carta que iluminaría la verdad sobre la muerte de vuestro primo.

—Dios mío, Aurelia.

Había algo en lo que ella decía que no tenía sentido, aunque en aquel momento era incapaz de identificarlo. Podía ver su pulso latiendo acelerado en su cuello, pero no cedió un milímetro, mirándolo directamente a los ojos.

—Como primo que sois de Charles, creo que tenéis derecho a conocer las circunstancias de su fallecimiento, y los matices del gris de los que hablasteis hace un momento pueden llegar a ser evidentes incluso en su asesinato.

Le tembló la voz y Stephen vio que tragaba saliva, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Intentando desesperadamente recuperarse, sospechaba, y fracasando.

Un dolor que nunca antes había sentido se apoderó de su pecho, dejándolo tenso, rígido. Una inesperada ternura empezó a inundarlo por dentro, paralizando su voluntad.

¿Cómo podía ella suscitarle con tanta facilidad aquel efecto, hacerle desear protegerla y mantenerla a salvo? ¿A salvo de todo el mundo, incluso a pesar de aquellas incriminatorias revelaciones?

Ella tenía tantos problemas como él, y eso ya era decir bastante. El simple pensamiento lo entristeció. La soledad que emanaba de su persona estaba en completo desacuerdo con las palabras que había pronunciado. No había ninguna racionalidad en aquello, ninguna razón por la cual la atracción que ardía entre ambos debiera imponerse a la reina, al país y a la justicia. Pero se imponía, y de manera implacable.

Él la deseaba. Aurelia podía sentir la necesidad que ardía entre ellos. La deseaba exactamente como ella lo deseaba a él, con la fuerza de un ancla, de una piedra de toque, como si fuera la única persona en el mundo capaz de comprender que en la tragedia brillaba, a veces, una llama de esperanza.

Por primera vez en su vida, se preguntó qué sucedería si anteponía su propio deseo y se dedicaba sin más a gozar, pero con tanta gente a la que proteger y tan poco tiempo para hacerlo, necesitaba hacerle comprender exactamente lo que le estaba diciendo.

—Necesito inmunidad contra cualquier acusación, milord, y en la biblioteca de Hookham vos insinuasteis que os sentíais atraído hacia mí. Quizá juntos podamos llegar a alguna solución.

Retrocedió un paso, mirándola ceñudo. Aurelia vio que descolgaba su chaqueta del gancho de la puerta y se la ponía. ¿Acaso no la deseaba? ¿Acaso no había estado esperando aquel reconocimiento?

¡Un error! Había cometido un colosal error, porque el verde dorado de sus

ojos se había trocado en un peligroso ámbar.

—Seguro que los dos somos lo suficientemente adultos como para darnos cuenta de que el mundo no suele ser lo que parece, milord, y que hay veces en que la conveniencia de una buena oportunidad podría servirnos a ambos. Yo no soy una muchachita inexperta y vos sois un hombre que, sin duda, ha disfrutado de la compañía femenina —fue todo lo que pudo decir para llenar el incómodo silencio.

Al ver que la interrumpía con un gesto, comprendió que lo había perdido.

—El acto de amor entre un hombre y una mujer queda malogrado cuando se vincula de esta manera con el deshonor, señora Saint Harlow —le temblaba la mano y tuvo que hundirla en un bolsillo para disimularlo.

—Esas podrían ser palabras bonitas, lord Hawkhurst, cuando uno disfruta de la libertad de explorar diferentes opciones —la furia tiñó su respuesta.

—¿Y pensáis que vos no tenéis esa libertad?

—No lo pienso, lo sé.

—¿Así que es solamente vuestro cuerpo lo que se interpone entre la supervivencia y la ruina?

—Ciertamente mis hermanas podrían decirlo así, si supieran de mi tesitura.

Inesperadamente se echó a reír. El sonido resonó en los oscuros rincones de la habitación.

—¿Vuestras hermanas? ¿Vuestro padre? ¿Es por ellos por lo que hacéis esto? ¿Quién mira por vos, entonces, cuando estáis necesitada socorro?

La pregunta la hizo volverse, porque con aquellas pocas palabras él había comprendido lo que ella tanto se había esforzado por esconder.

Nadie.

Siempre había estado sola. Luchando, soportando día tras día el peso del mundo sobre sus hombros sin esperanza alguna de desembarazarse de él. Hasta que su promesa de ayuda había hecho nacer esa esperanza: una promesa dorada que lo había cambiado todo y que en ese momento parecía haber desaparecido.

Cuando Stephen Hawkhurst la agarró de un brazo para obligarla a quedarse donde estaba, ella intentó liberarse y le clavó las uñas en la muñeca. Se resistió. Cualquier cosa excepto la impotencia y la debilidad que habían condicionado siempre su vida.

Una nueva humillación, más completa que cualquier otra, porque con aquel simple contacto físico, supo que nunca había deseado a nadie como deseaba a Stephen Hawkhurst. Le golpeó con fuerza el brazo con la mano derecha en su intento por liberarse.

Él la atrajo hacia sí, agarrándole los puños e inmovilizándola. Se mezclaron sus alientos, cálidos y entrecortados.

—Yo miro por mí misma —no derramaría las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No, la horrorizaba que la viera como una indefensa mujer, aunque su

rodilla en contacto con sus muslos le hizo comprender con todo detalle lo que no había comprendido antes.

En aquel momento podía tomarla con o contra su voluntad, allí mismo, con aquella sólida puerta como barrera contra cualquier intrusión y sin que un alma supiera lo que estaba ocurriendo allí dentro, salvo algún criado suyo. El diván estaba justo detrás de ellos y vio que lo miraba como contemplando la posibilidad.

—De modo que nadie cuida de vos, Aurelia, maldita sea. Cada problema que tiene vuestra familia depende de vos para que le busquéis una solución, y otros tantos meses de preocupaciones seguro que acabarán con vuestra persona. Queréis entregaros únicamente para ofrecer una oportunidad de felicidad a vuestras hermanas. Queréis entregarme vuestro cuerpo a cambio de frío y duro dinero. ¿Dónde queda vuestra propia satisfacción? ¿O acaso habéis representado el papel de mártir durante tanto tiempo que disfrutáis ahora de lo que soportasteis con Charles como si lo hubierais convertido en una forma de arte?

La apretaba contra sí, excitado. La presión de su masculinidad era como una desgarradora sorpresa. Un hombre peligroso, lleno de promesas y de riesgo. Cada parte de su ser resultaba amenazadora.

—No entiendo... —empezó y alzó el rostro hacia él, interrumpiéndose.

La besó, acunándole el rostro entre las manos y mezclando su aliento con el suyo, mordisqueándole incluso el labio inferior. El dolor era también deseo, pensó ella mientras se apretaba también contra él en busca de su promesa y de su calor.

Sabía que se le había aflojado el corpiño del vestido, sabía que con un pequeño tirón sus senos quedarían al descubierto y se ofrecerían a sus manos. Y ella quería eso, aquella prohibida avidez que estaba tan lejos de su ordenado mundo oprimido por el trabajo.

¿Cuándo volvería a presentársele otra oportunidad como aquella, con los años de su juventud volando cada vez más rápido y sin ningún final a la vista? Inclínándose hacia él, le dejó ver exactamente lo que tenía que ofrecerle y no desvió la mirada cuando sus dedos abandonaron su cuello para descender por su cuerpo.

Dios, sí que era hermosa, su sabor era como un delicioso vino enriquecido durante años en una bodega a la espera de ser descubierto, con sus senos firmes y generosos bajo sus dedos. Sintió que cedía el corpiño cuando tiró de él con fuerza hacia abajo, y después de la fina camisola, para acabar encontrándose por fin con su calor de mujer, con sus pezones tensos, endurecidos, orgullosos.

No se anduvo con ternuras cuando acarició aquellas maravillas y la oyó contener el aliento. Ni tampoco cuando interrumpió el beso para apoderarse de un

pezón con la boca, chupándolo mientras convertía aquella tensión en aceptación.

Era suya para poseerla, viendo cómo se enrojecía su piel ante la llamada del deseo. Piel marcada y sellada, blanca porcelana a merced de su creciente urgencia.

Se embebía en su belleza, extasiado. Sintió su mano en la nuca como aprestándolo a la tarea, entrecortado su aliento, con la pasión ahuyentando toda duda.

—Dios mío... —murmuró, ronco. La voz de alguien que había tropezado en un camino mil veces hollado para precipitarse en el cielo—. ¡Dios mío! —repitió mientras se apartaba al fin y ella no hacía ningún esfuerzo por ocultar sus dones, sino que permanecía mirándolo en silencio.

No podía poseerla así, no sin haber hablado de todo lo que debían hablar y sin que le hubiera dado lo que se merecía. El pulso le saltaba en la garganta, tenía la mirada vidriosa y la marca del deseo en sus pezones endurecidos.

—Cubríos.

Ella no se movió.

—Cubríos, maldita sea, Aurelia, antes de que pierda por completo la razón y os haga comprender exactamente lo que me estáis ofreciendo con tanta ligereza.

Él recogió su abrigo y se lo echó por los hombros, con su oscura lana contrastando con el color de su pelo. Como los alborotados rizos de una sirena de las islas italianas de Li Galli hechizando a un incauto y bailando en el mar azul de la desesperación.

Había tenido más que suficiente. El dolor de la excitación lo torturaba y no podía disimular su furia.

—Vuestro abrigo debería ocultar cualquier daño que haya sufrido vuestro vestido. Mi criado se encargará de acompañaros a casa.

Se quedó algo aliviado cuando ella pareció por fin salir de su estupor. La observó mientras se volvía para abrocharse el abrigo sobre su vestido abierto, y se recogía el pelo en una desaliñada trenza con manos temblorosas.

Wilson apareció en cuanto lo llamó. Con gesto carente de expresión, la acompañó hasta la salida y sus pasos se apagaron hasta que todo quedó en silencio.

Se había ido. Hawk cerró el puño derecho; hacía años que no le dolía tanto la pierna. Cojeando hasta el fuego, acercó las manos a su calor detestando al mismo tiempo la manera en que le temblaban.

Se sentó en el carruaje, con la espalda recta, rígida como un palo. La vergüenza que sentía por lo que había hecho le quitaba el aliento. Le latían los senos bajo la áspera tela del abrigo, evocadores de la sensación de la boca de Hawk

tomando lo que ella nunca le había ofrecido a nadie. Cerrando los ojos, apoyó la cabeza en la tapicería. Se sentía... cambiada. Alterada. Nada que ver con la frigidez que la había caracterizado hasta entonces.

Se humedeció los labios con la lengua. No quedaba en ella nada de la muchacha que había acudido a él a rogar por sus hermanas. Era solamente una mujer.

Cuando una lágrima rodó por su mejilla no se la enjugó, sino que dejó que resbalara por su mano hasta desaparecer bajo la manga del vestido. Consiguió recuperar un ritmo normal de respiración. Dos o tres minutos más y estaría en casa, sin que nadie supiera nunca sobre los sucesos de aquella tarde perdida.

Había jugado sus cartas y había terminado abandonando. Dudaba que lord Stephen quisiera volver a verla o a hablar con ella.

Stephen se quedó escuchando mientras su carruaje abandonaba la casa, con su tiro de cuatro caballos. Las palabras de Luc resonaron en el silencio: «solo una buena mujer puede meterse debajo de tu piel de esa manera». Bueno, Aurelia no era ni buena ni leal. Su conocimiento del asesinato de Charles contradecía todo lo que había declarado en los tribunales de Inglaterra hasta entonces. Todo lo que decían de ella era verdad. Las mentiras. El papel que había jugado en la muerte de su marido. Incluso el rumor que había circulado sobre sus extraños gustos podía ser cierto, dada su fácil oferta de gratificación sexual y su participación en las fiestas de opio de su primo.

Y sin embargo seguía negándose a acudir a la Oficina de Guerra con los hechos que tenía en las manos para entregarla a Shavvon, como la traidora que sospechaba que era.

¿Por qué no? Porque por debajo de todo lo que había dicho Aurelia, veía las sombras de lo que había ocultado, y él siempre había sido un gran adepto a los matices esclarecedores. Había detectado algo extraño en sus confesiones, un hecho que se le escapaba y que al mismo tiempo podría explicar perfectamente sus actos.

Por primera vez en mucho tiempo, tapó la botella de la que estaba bebiendo y se sentó a escribir en su escritorio. Las listas siempre le habían funcionado. Listas que conectaban unos puntos con otros hasta llegar a una explicación del misterio.

Aurelia era leal a su familia y era valiente. Era trabajadora y tenaz. Había estado casada con su primo durante tres largos años y, sin embargo, nadie podía recordarla en compañía de Charles porque ella nunca había bajado a Londres.

Adoraba a sus hermanas y protegía a su padre, y su madre estaba viva y residía en Francia. ¿Sería igual de leal a su madre? Protegía a todo el mundo en su familia y los acogía bajo su ala, por muy onerosa e interminable que fuera la tarea

que tuviera que hacer. Andaba corta de dinero, sus gastos eran altos y las sedas que diseñaba todavía no le rendían lo suficiente.

Una imagen se estaba formando en su mente. Una imagen que no era la de la egoísta mercenaria desinteresada del bienestar de los demás. Se dedicó a anotar cada pregunta que se hacía y así, olvidado del paso del tiempo, estuvo trabajando hasta altas horas de la mañana mientras intentaba determinar las motivaciones de la mujer que parecía haberse instalado en su alma.

Diez

—Pero te sienta muy bien, Lia, y no hay ninguna razón por la que, después de haberte pasado ocho años apartada de la sociedad, no puedas mostrar al menos algunos de tus encantos.

La voz de Leonora llenaba a Aurelia de dudas mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero del dormitorio de su hermana. El vestido verde esmeralda resplandecía a la luz oblicua que entraba por las ventanas, haciendo parecer aún más rojo el color de su pelo y más blanco su cutis.

—No lo sé. Me aprieta de aquí y está muy bajo de esta otra parte —tiró de la seda hacia arriba para subirse el escote.

—Te parece bajo porque estás acostumbrada a llevar ese horrible vestido negro alto hasta el cuello que lleva siglos anticuado.

La exageración de su hermana le arrancó una sonrisa, aunque un pensamiento mucho más serio ensombreció su humor. Quizá había llegado el momento de ser la persona en la que debería haberse convertido, antes de que fuera demasiado tarde. Dos semanas enteras se había pasado preocupándose de las consecuencias de su estúpido intento de sobornar a lord Hawkhurst por su continuado silencio. Cada día había esperado a que llegaran los alguaciles a detenerla. Había sido como esperar a que una espada se abatiera sobre su cabeza. ¿Cuándo se decidiría a testificar contra ella y a arruinar la poca reputación que todavía le quedaba? Quizá fuera esa su última oportunidad de lucir un vestido como aquel.

Sacudiendo la cabeza, resolvió escuchar a su hermana. El vestido había sido elaborado por una reputada modista siguiendo los consejos de Leonora y, con los complementos adecuados, apenas podría ser considerado «picante».

—Ya volvemos a recibir cartas de invitación, Lia, y Rodney insistió mucho en que nos acompañaras esta noche. Además, una fiesta de máscaras es la oportunidad perfecta para que te diviertas un poco, porque apenas has estado saliendo más que para ir al almacén y al parque con papá los lunes. Si tardas mucho más, perderás tus oportunidades, ¿es que no te das cuenta? Y yo quiero que seas feliz.

Aurelia sonrió y cuando su hermana se inclinó para darle un beso en la mejilla, ella volvió a mirarse rápidamente en el espejo. La máscara escondería buena parte de su rostro y si se marchaba antes de la medianoche, tendría una

buena oportunidad de permanecer en el anonimato. Hawkhurst estaría allí, lo sabía por el propio Rodney Northrup, y había sido eso lo que la había impulsado a cuidar especialmente su apariencia.

Quería ver a lord Hawkhurst, aunque fuera de lejos. Quería estar en la misma habitación que Hawk, respirar el mismo aire y ver las mismas cosas que él porque, desde su contratiempo en su casa de la capital, no había vuelto a tener noticias suyas.

El simple pensamiento la llenaba de preocupación. ¿Acaso no debería cortar por lo sano y desaparecer completamente sin más? Algo fácil de conseguir sin tres hermanas que requerían la ayuda de la sociedad para encontrar marido, un padre muy enfermo al que cuidar y un negocio que la necesitaba al timón durante unos cuantos meses más.

—Elizabeth Berkeley se deshizo anoche en lágrimas en casa de los Sorenson. Lydia Sorenson se la llevó antes de que alguien pudiera preguntarle, pero parece que lord Stephen Hawkhurst forma parte del problema.

Respirando lentamente, Aurelia simuló un mínimo interés mientras se quitaba un hilo suelto de la manga.

—¿En qué sentido?

—Quizá se haya echado atrás en su petición de mano. Rodney dice que su hermana, lady Lindsay, nunca estuvo muy segura sobre esa unión.

—Pero Cassandra Lindsay me dijo que lady Elizabeth era encantadora.

—Encantadora para un joven, quizás. Lord Hawkhurst necesita una mujer de mayor sustancia y experiencia.

Esas palabras no parecían las que habitualmente habría utilizado Leonora.

—¿Rodney te dijo eso?

—Sí —de repente se llevó una mano a la boca—. Aunque ahora recuerdo que me pidió que no se lo contara a nadie —se interrumpió por un momento y Aurelia supo que le estaba dando vueltas a algo—. El caso es que... lord Hawkhurst pidió específicamente que acudieras al baile de esta noche. Yo le oí preguntar al respecto cuando estuvo hablando anteayer con Rodney.

Pese a sus esfuerzos por evitarlo, Aurelia enrojeció y sintió la mirada de perplejidad de su hermana. ¿Desearía Hawk hablar con ella sobre Charles? Ella le había prometido una carta, al fin y al cabo, pero no se la había mandado porque le había parecido demasiado arriesgado confiar un secreto semejante a un hombre cuyas motivaciones no terminaba de comprender. El baile de aquella noche, ¿podría tratarse acaso de una trampa?

—Todo el mundo dice que lord Hawkhurst es un hombre peligroso, Lia.

—No necesito que me adviertan contra él, Leonora, si es eso lo que temes.

Su hermana frunció el ceño.

—Hay algo en él que me recuerda a ti —cuando Aurelia se quedó callada de

asombro, Leonora continuó explicándose—: No le importa un ápice la buena opinión de los demás pese a que cuida todo lo que puede a los pocos familiares que le quedan. Y además es encantador. Todas las damas están medio enamoradas de él, por supuesto, pero es que incluso los hombres también le admiran.

—Entonces no veo qué es lo que podemos tener en común.

—Oculta secretos y mantiene las distancias con los demás.

—¿Es eso es lo que piensas de mí?

—A veces me gustaría que nos permitieras que te ayudáramos más. Hay cosas que podríamos hacer nosotras, después de todo, con solo que nos dejaras.

Volviéndose hacia otro lado, Aurelia asintió. Leonora había madurado durante las últimas semanas y no era ya la muchachita de antaño. Influencia de Rodney, según suponía, algo de lo que se sentía agradecida.

—Podríamos ayudarte en el almacén a elegir sedas. Y Prudence podría echarte una mano con los libros de contabilidad. Es muy aficionada a los números y rara vez comete errores. Además, cuando yo me haya casado con Rodney, podré sacar a las niñas y...

—¿Él te ha pedido?

—Todavía no, pero creo que lo hará, Lia. De veras que lo creo.

Una imagen de ella misma ocho años más joven asaltó su mente. Le había hablado a su padre de la proposición de Charles y de su deseo de aceptarla, y se había quedado consternada ante la falta de alegría de su reacción. Ojalá hubiera hecho caso de su actitud cautelosa.

—Las cosas mejorarán, Lia, estoy segura. Pronto tendremos dinero para comprar las cosas que necesitamos y contratar una enfermera para papá. Cuando me case, tendré dinero para gastos superfluos, y criados, y una casa preciosa...

Aurelia la interrumpió. Fue el dolor que arrastraba de sus propios errores lo que la impulsó a hacerle la pregunta:

—¿Pero seguirías queriendo a Rodney si él no poseyera ninguna de esas cosas?

La sonrisa no abandonó los ojos de su hermana.

—Por supuesto que sí. Aunque viviéramos en una choza con solo una mesa y dos sillas, yo sería feliz.

«Al contrario que yo», pensó Aurelia. Con la distancia que daba el tiempo, era muy fácil ver la estupidez de los errores propios, los de la desafortunada muchacha de dieciocho años que había sido. Cualquiera otro pretendiente le habría convenido; había tenido una docena de admiradores y había tenido que elegir al peor. Las consecuencias de su mala decisión le habían pesado desde entonces.

Con el tiempo había desarrollado una gran falta de confianza en sí misma, una incertidumbre a la hora de relacionarse con los demás. En Medlands había conocido a amigos de Charles que le habían hecho insinuaciones que ella había

rechazado. Incluso de Londres habían ido a visitarla. Hombres buenos y respetados que no habían escuchado los rumores que circulaban sobre ella. Pero nunca se había mostrado interesada, ni siquiera ligeramente, porque su primera elección había sido un desastre tal que la había dejado... recelosa. Sí, esa era la palabra exacta. Hasta que Stephen Hawkhurst la besó en Taylor's Gap y comprendió en el fondo de su corazón que ansiaba más.

Abanicándose con la mano, disfrutó del aire fresco en la cara. Qué ironía que cuando estaba empezando a sentirse dueña de su propio destino, todo fuera a serle arrebatado de golpe.

Incluso de lejos sabía que era Aurelia Saint Harlow, y luciendo un vestido que reducía a la insignificancia a las demás damas de la sala: de un brillante verde esmeralda, el color del mar en el sur de Francia en verano. Esa noche se había recogido el cabello en una masa de rizos, un artístico peinado que parecía una llama viva, con sus labios llenos y sensuales bajo la máscara.

—¿Por qué diablos la viuda de Charles ha vestido de negro durante tanto tiempo cuando el menor toque de color la convierte en lo que estamos viendo ahora? —la voz de Nat tenía un tono de admiración.

—¿Quizá porque no llora ya a su marido? —replicó Cassie y miró directamente a Hawkhurst—. Parece que esa impresionante belleza puede imponerse hasta a una reputación malograda. Se dice ya que la alta sociedad ha abandonado su desdén por ella después de la conmovedora solidaridad familiar demostrada la noche de tu baile.

—«Oh, Fortuna, todos los hombres te llaman caprichosa...» —recitó Hawkhurst mientras miraba a toda una bandada de jóvenes y veteranos admiradores que guardaban cola para hablar con Aurelia Saint Harlow.

—Lady Allum no parece tan convencida por este giro de la opinión pública, aunque... ¿no figura su hijo menor entre aquellos que esperan audiencia?

Nathaniel se echó a reír ante el comentario de su esposa.

—Los hijos de media sociedad parecen estar haciendo esa cola, y dada la generosa manera que la señora Saint Harlow tiene de desplegar sus encantos, puedo entender el por qué —se rio todavía más cuando Cassie le dio un golpe en el brazo con su abanico y él le capturó la mano para llevársela a los labios.

Hawkhurst desvió la mirada. Sus dos amigos habían encontrado mujeres que los complementaban perfectamente. Mujeres fuertes y con personalidad.

«Mujeres como Aurelia Saint Harlow».

Continuó observándola con la copa en la mano. El escenario de árboles ornamentales, dispuestos en nítidas filas y adornados con luces, daba a la viuda de

su primo el aspecto de un ángel a la puerta de una fantástica gruta.

Se alegraba de que Elizabeth Berkeley y su familia no hubieran asistido, porque no le habría gustado tener que soportar sus miradas clavadas en su espalda. No, esa noche, en aquella sala decorada con árboles, estrellas y luces de colores estaba experimentando un sentimiento de expectación que hacía mucho tiempo que no sentía: la promesa de algo mágico y cautivador. Se alzó la máscara del rostro y se la dejó en lo alto de la cabeza, disfrutando de la sensación de libertad.

—Tu hermano y Leonora Beauchamp parecen muy acarameladitos, Cassie —comentó Nat cuando la joven pareja pasó bailando a su lado.

—Ella es una muchacha muy dulce y muy leal a su hermana. Se comenta en la sociedad que la señora Saint Harlow vivió como una prisionera en la propiedad norteña de tu primo, Hawk, durante todos los años que duró su matrimonio. Los sirvientes comentan cosas y se dice también que Charles fue un marido muy poco formal.

—¿Poco formal?

—Que tenía otros objetivos que lo mantenían muy ocupado, al parecer.

Sacudiendo la cabeza, Hawk echó hacia atrás la silla en la que estaba sentado.

—Yo estuve en Europa durante la mayor parte de ese tiempo —no dijo más.

—Bueno, todos sabemos que tu primo tenía mucho genio y Alfred decía que el mal de la señora Saint Harlow era la melancolía... En tu baile, ¿recuerdas? Dijo que se alegraba mucho de verla feliz.

Forcejeando con una creciente frustración, Hawkhurst detuvo a un camarero que pasaba cerca. Esa vez escogió un ponche de frutas sin alcohol porque tenía la sensación de que iba a necesitar de todas sus capacidades durante las próximas horas, aparte de que los admiradores de Aurelia Saint Harlow parecían multiplicarse a cada segundo.

Si pudiera escaparse de aquella multitud, quizá podría abordar a lord Hawkhurst y preguntarle por el modo de proceder que pensaba adoptar con ella. Se moría de preocupación y el champán que había tomado la estaba ayudando a entender exactamente aquello que necesitaba hacer.

El vestido le molestaba, al igual que la máscara. Leonora y Rodney seguían bailando. A lo lejos podía distinguir a Hawkhurst y a los Lindsay observándola como si fuera una... leprosa.

Freddy Delsarte estaba allí, también. Lo había visto nada más llegar, aunque en ese momento no aparecía por ninguna parte, algo de lo cual se alegraba.

Abriendo su abanico, se esforzó por escuchar al conde que tenía delante.

—Yo conocí a vuestro marido en la escuela, señora Saint Harlow. Era amigo mío.

—¿De veras? —campanas de alarma empezaron a sonar en su cabeza. Aquello era precisamente lo que no quería: recuerdos de una vida pasada que había sido vergonzosamente sumisa, recuerdos de su impotencia y de sus forzadas conformidades.

—Si en este momento tenéis necesidad de algún protector, yo...

Lo interrumpió antes de que siguiera adelante.

—No necesito nada de nadie, milord —detestó el temblor de su voz y la creciente sensación de náusea que se estaba apoderando de ella. Detestaba el color de su pelo y la manera en que el vestido realzaba las curvas de su cuerpo. Detestaba haber acudido allí esa noche esperando... no podía nombrar la palabra, pero su mirada voló de nuevo a la alta figura de lord Stephen Hawkhurst.

Todo aquello era culpa de él. Si hubiera aceptado su palabra y las promesas que ella le había ofrecido, todo habría quedado arreglado a esas alturas y no estaría en ese momento allí, rodeada de hombres que la miraban de arriba abajo como si fuera un apetitoso bocado que devorar a su capricho.

Bueno, se había cansado ya de todo aquello, y si su reputación permitía a los caballeros de la alta sociedad comportarse como lo estaban haciendo en ese momento, entonces presumiblemente la cosa también debería funcionar a la inversa.

Disculpándose con el conde, abrió su abanico y se escapó del círculo de admiradores.

Sabía que la estaba viendo acercarse. La tensión de Hawkhurst parecía crecer con cada paso que daba hacia él, mientras dejaba la copa que acababa de vaciar en la mesa que tenía detrás.

—Lady Lindsay, lord Lindsay —utilizó un tono formal, porque no sabía si se dignarían a devolverle el saludo—. ¿Podría tener unas palabras con vos, lord Hawkhurst?

La sonrisa de Cassandra Lindsay iluminó su rostro, lo cual tranquilizó un tanto a Aurelia.

—Por supuesto, señora Saint Harlow. Precisamente nos disponíamos a bailar, ¿verdad, Nathaniel?

—¿Ah, sí? Yo no suelo... —empezó lord Lindsay, pero se interrumpió cuando la mano enguantada de su esposa le apretó el brazo—. Pero supongo que, dado que te empeñas...

Reinó el silencio una vez que se hubo marchado la pareja. Un silencio ni fácil, ni cómodo.

—El verde esmeralda os sienta muy bien —dijo Hawkhurst

inesperadamente al cabo de un buen rato.

—Mi otro vestido no estaba en condiciones —no debió haber dicho eso, por supuesto, pero la noche fatídica parecía reverberar entre ellos y no podía ya seguir fingiendo que no había tenido lugar. Además, las dos semanas que había pasado pensando en lo que podría o no podría decirle la próxima vez que se vieran la habían dejado tensa y exhausta.

—Os enviaré otro en sustitución del que yo estropeé.

—No, no haréis tal cosa —susurró, contenta de que la cubriera la máscara—. Me doy cuenta de que las cosas han quedado sin arreglar entre nosotros, señor, desde la última vez que nos encontramos. La carta que os prometí aun no ha sido enviada y...

La interrumpió con un gesto de su mano.

—No la escribáis. Todo lo reflejado en papel conlleva un riesgo.

Protección. Para ella. Podía verlo en sus ojos. Ese conocimiento le hizo acercarse a él, como si fuera un refugio en medio de la tormenta. Allí, en el mismo corazón de la alta sociedad, había un lord que la protegería pese a su propia confesión que la acusaba de haber encubierto un crimen. Podía sentir su calor a través de la manga allí donde sus brazos se tocaban, y se alegraba de ello. Ellos dos contra el mundo. ¿Cómo sería si ese sentimiento durara para siempre?

—Delsarte está aquí esta noche.

—Lo sé. Pero no se ha acercado a mí.

—Es peligroso, Aurelia. Peligroso y astuto. Os vieron en el hospital St. Bartholomew en su compañía y en la de ese médico francés. Touillon, creo que se llama.

—¿Y el Servicio Británico lo sabe?

—Todavía no. Pensé en decíroslo a vos primero con la esperanza de que me ofrecierais una explicación.

—Mi padre está enfermo, milord. El doctor Touillon es especialista en el campo de las enfermedades de las personas mayores.

—¿Y lo visitáis sin llevar al paciente?

Por un momento Aurelia ansió decírselo todo, abrirse sin más a él y contárselo todo allí, en aquella sala atestada; hablarle de la caída en desgracia de su madre y de las amenazas de Delsarte, hablarle de las cartas y de su temor a la hora de entregarlas.

Sylvienne. Su madre. No había nada que hacer salvo protegerla, aunque eso significara sacrificarse a sí misma,

—A papá le cuesta mucho desplazarse —tenía la mentira en la lengua, el sabor de la amarga traición. La furia de sus ojos tornó su color dorado en un ámbar más oscuro.

—Solo puedo protegeros hasta cierto punto, Aurelia. Si traspasáis

demasiadas líneas, serán otros los que intervengan... Agentes poderosos, demasiado poderosos, hasta para mí, tanto que me veré impotente para impedir las consecuencias que puedan producirse.

Cuando se volvió hacia él, cualquier respuesta se disolvió ante la abrasadora promesa de su masculina sensualidad. Su cuerpo entero reverberaba. La punzada de deseo la había dejado momentáneamente sin aliento.

«Está intentando protegerte contra todo pronóstico», se recordó.

Apoyando la mano en su brazo, le habría dicho más, pero la música empezó a apagarse hasta quedar en silencio y el matrimonio Lindsay volvió a reunirse con ellos.

—Ya te dije que no me gusta bailar —la voz de Nathaniel tenía un tono de irritación. Cuando Aurelia se volvió, vio que su esposa se estaba frotando dolorida el pie izquierdo.

—No quiere recibir lecciones. Ese es el problema. He intentado por todos los medios contratarle un profesor, pero él se niega a considerar la idea.

Hawkhurst se quedó callado, permaneciendo en un segundo plano mientras Leonora y Rodney se incorporaban al grupo. La hermana de Aurelia le estaba diciendo a su pareja que había disfrutado mucho del vals.

—Fue como si estuviera bailando en el aire, Lia, deslizándome en una nube... —miró a Northrup, y el joven se ruborizó en respuesta.

«Adorable», pensó Aurelia ante tan sincera y discreta demostración de ardor. Ni en un millón de años habría podido imaginar a Hawkhurst mostrando aquella clase de rubor.

—Tú fuiste a clases de baile en Eton, Nat. ¿Cómo es que progresaste tan poco? —los ojos azules de Cassandra Lindsay tenían un brillo travieso mientras se dirigía a su marido, pero él no parecía nada preocupado por sus críticas,

—No me resultaba nada difícil fingirme indispuerto, y como la señora Green, una de las esposas de los profesores que ayudaban en las clases de baile, tenía cierta preferencia por nosotros tres, esto es, Hawk, Luc y yo... pues nos permitía que esperásemos fuera.

¿Así que Hawkhurst había estudiado también en Eton? Con Nathaniel Lindsay y Lucas Clairmont. Ella los había visto a los tres juntos en el baile de Hawkhurst, compartiendo aquel mismo aire de amenaza y poder.

—Hawk era el que hacía mayores progresos, pese a lo poco que practicaba. Vos habéis bailado con él, señora Saint Harlow. ¿Flotasteis en el aire?

Apartándose levemente, Aurelia reparó en la mirada que cruzaban los dos hombres. Una mirada que encontraba difícil de interpretar porque, aunque estaba segura de que Nathaniel Lindsay se estaba burlando de ella, también lo estaba de que eso no le gustaba nada a Hawkhurst. Se alegró de que Leonora, Rodney y Cassandra estuvieran charlando de sus cosas, algo apartados, con lo que el

comentario pasó desapercibido.

—Charles me comentó una vez que os gustaba montar a caballo.

—De eso hace mucho tiempo, milord.

—Me dijo que teníais una habilidad especial, que muy pocos poseían. Es una pena que la desaprovechéis. Resulta que Hawk posee una cuadra llena de bellos ejemplares que estoy seguro estará encantado de compartir con vos.

Aurelia sabía que aquel hombre estaba tramando algo. Podía verlo en la manera que tenía de mirarla y en la rígida postura de lord Hawkhurst, que en aquel instante parecía como si quisiera estar en cualquier parte menos allí.

—Mi padre era un estupendo jinete antes de que se enfrascara en los libros con tanto fervor. Ahora yo me dedico a atenderlo en ocupaciones más tranquilas. ¿Leéis vos mucho, milord?

El cambio de tema era demasiado forzado y se alegró cuando Lindsay acogió bien la distracción.

—Nunca. Hawk sí, sin embargo. Oí que coincidisteis con él en la biblioteca de Hookham... Lady Allum me lo comentó e insinuó que vuestra discusión fue un tanto viva.

¿Viva? Aurelia recordó la caricia de su lengua en el dorso de su mano y estaba a punto de responder cuando lord Hawkhurst se le adelantó:

—¿Podrías dejarnos un momento, Nat? Veo a George Staples algo aburrido, apoyado en una columna al lado de la orquesta. ¿Querrías ir a hablar con él?

Lord Lindsay esbozó una amplia sonrisa pese a la grosería de su amigo, lo cual dio a Aurelia la impresión de que era precisamente eso lo que había estado esperando durante todo el tiempo.

—Sed clemente con él, señora Saint Harlow. Mi amigo todavía no es consciente de que un hombre que juega con fuego corre riesgo de quemarse, y seriamente —le hizo una reverencia y se retiró.

—No le hagáis caso —dijo Hawkhurst—. Nat es un inveterado curioso y no descansará hasta que conozca la historia completa sobre todo —la llevó a un rincón de la sala, donde los árboles ornamentales los ocultaban un tanto de la multitud.

—¿Y cuál es nuestra historia completa, milord? —a solas con él, Aurelia se sentía más valiente. Su historia parecía constar de numerosas capas, y empezaba con el beso en Taylor's Gap.

—¿Nuestra historia? —repitió, mirándola muy serio—. Nuestra historia está sin acabar y mal interrumpida de momento, con cualquier cosa que exista entre nosotros enterrada bajo el sentido del deber y las mentiras.

Se quedó sorprendida, y él continuó:

—Las deudas de mala reputación y los pagos a cambio de silencio son cosas de las que estoy intentando desembarazarme, señora Saint Harlow, y si las razones de la muerte de mi primo van a ser causa de futuros problemas, preferiría no saber

nada de ellas. Durante años el engaño ha sido mi compañero constante, y ahora estoy descubriendo que necesito algo completamente diferente.

—¿Necesitáis sinceridad?

Hizo la sencilla pregunta en voz baja, una promesa que sabía que nunca sería capaz de ofrecerle.

—Así es.

Necesitaba sinceridad, inocencia y una diosa pura y sin mácula.

Lady Elizabeth Berkeley.

De repente comprendió con toda claridad por qué lord Hawkhurst había elegido a aquella muchacha, con lo que perdió toda esperanza. La araña que pendía sobre sus cabezas arrancaba reflejos a su pelo oscuro y resaltaba los ángulos de su rostro.

No podía dejarlo así.

—La verdad de una persona puede ser la mentira de otra.

—No, la integridad es una virtud inflexible.

—¿Os enseñaron eso en Eton cuando os escabullíais de vuestras clases?

La carcajada que soltó resaltó las arrugas que le nacían en las comisuras de sus ojos e hizo que los que estaban más cerca se volvieran para mirarlo. Aurelia tuvo la impresión de que no había reído mucho últimamente.

—¿Bailaréis conmigo otra vez, señora Saint Harlow?

—Sí —había empezado a sonar otro vals, con los primeros acordes de Strauss. Aurelia apoyó la mano en el brazo que él le ofrecía y caminaron hacia el centro de la sala. Esperó que no sintiera el acelerado latido de su corazón cuando la atrajo a sus brazos, más cerca de lo que había esperado y menos de lo que deseaba.

De repente fue como si nadie más existiera en la habitación mientras la música los envolvía y él guiaba sus pasos, con su cuerpo duro bajo la fina tela de su chaqué.

Charles había sido más blando, más grueso y más bajo. El pensamiento la hizo estremecerse.

—¿Tenéis frío?

—No —sus miradas se encontraron y ella se retrajo ligeramente.

—¿Fue Charlie un buen marido para vos, Aurelia?

—¿Por qué lo preguntáis? —esa noche, en sus brazos, mentir se le antojaba difícil.

—Cassandra mencionó que a menudo os dejaba sola y que los sirvientes apenas hablaban con vos.

—Tenía dieciocho años y era lo suficientemente ilusa como para imaginar que casarme con un hombre al que no conocía resolvería todos los problemas del mundo.

—¿Y ahora tenéis veintiséis años y sois más sabia? —había bajado la voz,

con un timbre ronco que insinuaba lo sucedido aquella noche en su casa.

No eran precisamente unos desconocidos. No eran amantes del todo. Había un peligro en aquella situación que Aurelia encontraba tan excitante como prohibido. Apretándose contra él para que pudiera sentir la curva de sus senos, observó cómo cambiaba su expresión.

El poder femenino era sorprendentemente fácil de ejercer. El poder de su propio cuerpo era algo en lo que jamás había pensado antes, debido al daño que le había infligido Charles.

—Seguid haciendo eso y os arrastraré hasta mi casa antes de que os deis cuenta, sin que tengáis posibilidad alguna de dar marcha atrás.

—¿Es una amenaza, milord? —el flirteo era otro juego en el que tenía poca práctica. Sabía que tenía por fuerza que escuchar el martilleo de su corazón. Bajo su palma, el tranquilo y firme latido del de él la desconcertaba. ¿Cuántas veces habría pasado Hawkhurst por aquella misma situación, la de una mujer con el corazón roto flirteando con él para ganar una atención imposible de conseguir? Semejante pensamiento resultaba deprimente.

No había manera de establecer una relación distinta entre ellos y, cuando cesó la música y las parejas se separaron, Aurelia se alegró de poder retirarse a donde se encontraba su hermana. Y todavía más cuando él le hizo una reverencia y se marchó.

Stephen observaba a Aurelia Saint Harlow desde el otro lado de la sala mientras se esforzaba, fracasando, por refrenar su deseo.

—Es toda una belleza, ¿verdad? Me refiero a la viuda de Charles —comentó Nat, a su lado—. Aparte de Cassie y de Lilly, la mujer más hermosa de toda Inglaterra, diría yo. Da la impresión, sin embargo, de que se siente sola. Una mujer con sustancia y solitaria. No me gustaría nada verla sufrir. Por cierto, tiene un ligero acento, ¿verdad?

Stephen respondió, porque de otra manera habría levantado sospechas:

—Francés. Su madre era francesa.

—Ah, eso se ve en su estructura ósea. Fina como la de las princesas de Anjou. Cassie dice que últimamente pareces más feliz, más vivo, Hawk. Ella piensa que la bella y misteriosa señora Saint Harlow puede tener algo que ver con el cambio operado en tu estado de ánimo.

—Tu mujer tiene una tendencia a hacer de casamentera que hasta ahora ha tenido poca suerte —gruñó mientras se ajustaba la cola de su chaqué.

—Bueno, han pasado años desde la última vez que cortejaste apropiadamente a una mujer, Stephen. Por lo menos a una mujer que contara

realmente para ti. Quizá Cassie esté esperando a que esta vez...

—Para —se había acostado con muchas mujeres, pero ninguna le había hecho acariciar la idea de una relación que pudiera convertirse en permanente, salvo la de Elizabeth Berkeley. La imagen de sus rubios rizos y sus ojos azules asaltó su mente. Su dulzura era lo que lo había atraído en primer lugar, pero durante las últimas semanas lo único que había visto en su persona era una extremada juventud y una sorprendente falta de inteligencia. ¿Cuándo había sucedido eso? ¿Desde cuándo aquella fresca diosa, «casi prometida», había empezado a presentar más defectos que virtudes? Se pasó una mano por la cara y suspiró. Profundamente.

Desde que conoció a Aurelia Saint Harlow. Fue entonces cuando todo cambió, deslumbrado por aquel cabello rojo y aquellos ojos de color dispar.

Tendría que hacer algo al respecto, eso estaba claro, pero primero necesitaba hablar con los Berkeley y explicarles lo mejor posible su cambio de actitud.

Nathaniel había tenido razón en una cosa, al menos. Lo esperable en aquellos que jugaban con fuego era que se quemaran. Esbozó una mueca de dolor mientras las llamas lamían el lugar donde recordaba que había estado antes su corazón.

La terraza estaba desierta cuando Aurelia se las arregló para escapar de la multitud unas buenas dos horas después. Lord Hawkhurst había bailado con cada debutante que había habido en la sala... todas mujeres hermosas, risueñas y frívolas. Le habría gustado que le hubiera pedido otro baile, pero no había vuelto a acercarse a ella.

Le dolían los pies por culpa de los zapatos nuevos y estaba cansada de bajar la mirada a su escote, con sus senos tan generosamente expuestos gracias al ceñido vestido verde esmeralda. No volvería a lucir un vestido así, por mucho que Leonora intentara convencerla.

Leonora. Unas pocas salidas la habían convertido en una mujer tan decidida como Emily, la hermana pequeña de su padre. Emily Beauchamp había sido la carabina de Aurelia en su primera Temporada, una dulce y risueña presencia que había conquistado pretendientes y admiradores sin escoger nunca a ninguno. Había sido Emily quien le había presentado a Charles y quien había favorecido aquella unión, al contrario que su padre. El recuerdo era agri dulce, porque su tía había muerto de una inexplicable enfermedad al día siguiente de su boda. Y Aurelia se había visto arrastrada por un marido demasiado impaciente por saborear un cuerpo que había encontrado tan atractivo. El deleite que Aurelia había sentido ante tamaña avalancha de cumplidos se había convertido en

desesperación cuando su esposo, en su apresuramiento por llevársela de Londres, le impidió asistir al funeral de su tía.

—No quiero una esposa de luto —le había dicho Charles mientras ordenaba a los criados que cargaran el equipaje en el coche.

Aquel mismo día, Charles le había desatado los lazos del vestido como lo hubiera hecho con una mujerzuela, deslizando los dedos bajo la seda de sus faldas a bordo del carruaje en marcha. Su marido había disfrutado corriendo riesgos y rompiendo reglas. Las esperadas cortesías y delicadezas de la sociedad lo habían enfurecido, al igual que el estricto régimen impuesto por los nuevos moralistas sociales. Aurelia había aprendido a disimular toda crítica por temor a escuchar un nuevo sermón sobre el mundo convencional, seguro y aburrido en el que ella se había criado.

Ella lo había escondido todo entonces, y seguía haciéndolo: se dio cuenta de ello en aquel momento. Su padre. Su madre. Sus deudas. Su pasado. El pulso acelerado de su corazón cada vez que lord Stephen Hawkhurst se había acercado a ella.

Preocupada, frunció el ceño y se levantó la máscara. Aquel hombre era tan magnífico como comprometido estaba con la más bella debutante de la Temporada, una muchacha alabada por su amabilidad y dulzura de carácter. ¿Por qué, entonces, podía ella incluso imaginarse que podría ganar la atención de un hombre que tenía más razones que nadie para despreciarla?

Ella tenía veintiséis años, por el amor de Dios, y además era una mujer eminentemente sensata, que después del gran error de su vida no había vuelto a cometer otro. Alzando la mirada, vio que las estrellas de aquella noche apenas asomaban entre los bancos de nubes y que la temperatura era tan cálida como podía ser en un verano inglés. El murmullo de la fuente que se alzaba al otro lado del jardín la hizo volverse, esforzándose por distinguir el brillo del agua en la oscuridad.

Fue entonces cuando lo vio, a unos pocos metros de ella. Con un fino cigarro en la mano que lanzó en ese momento al jardín, con el rojo fulgor de la punta describiendo un arco.

—Señora Saint Harlow.

Parecía poco complacido de verla.

—Lord Hawkhurst.

Se le acercó en silencio, cuidadoso de no tocarla, con la blancura de su pañuelo de cuello destacando en lo oscuro.

—¿Cifráis nuestra salvación en la formalidad? —su voz sonaba cansada y recelosa. La manera que tenía de arrastrar las palabras indicaba que había bebido más de la cuenta.

—No os entiendo.

—Vos y yo, milady. ¿Nos rehuimos el uno al otro para siempre, amparados en la formalidad, o corremos el riesgo de ver a dónde nos conduce esta atracción?

—Habláis con acertijos, milord —detestó la forzada jovialidad de su propia voz, un tono que había usado a menudo con Charles.

—¿De veras? —de repente le tomó una mano, furioso—. El acertijo del deseo no es tan difícil de entender —le tomó el pulso con un dedo, esperando—. ¿Lo veis? Está en vuestra sangre esta noche, llamándome, recordándome las otras ocasiones que hemos vivido...

—No —su marido había hecho eso también: presionarla en los momentos menos oportunos, esperando una reacción, pero ella era ya mayor y más avisada—. Habéis bebido demasiado, milord, y vuestra mente está aturdida —se liberó de golpe, alegrándose de ver que bajaba las manos y no insistía.

—Aturdida no, pero sí desorientada. La culminación del trabajo de toda una vida, supongo, con poca bondad de por medio —ladeó la cabeza—. ¿Os envía algún dios, Aurelia? ¿Podrías exorcizar de una vez por todas los demonios que me acechan?

Una táctica diferente. Podía ver que aquella noche le temblaban más que nunca las manos. ¿El vino, quizá, o los recuerdos?

—Creía que ya habíais rechazado mi anterior propuesta de... cercanía, lord Hawkhurst.

—¿Una propuesta ofrecida sin la menor forma de pasión? —se echó a reír.

—Yo no busco eso.

—¿Qué es lo que buscáis, entonces?

—Ojalá lo supiera.

Se hizo un silencio, aunque no difícil ni incómodo. El silencio constituía al fin y al cabo una forma de comunicación: un leve giro de cabeza, el calor de un cuerpo...

Finalmente él habló de nuevo:

—Por lo que he oído, vuestra unión con mi primo no fue precisamente muy feliz.

Aquella noche, con todo lo que él sabía ya de ella, Aurelia comprendió que no podía escamotearle la verdad.

—Así es. Nuestro matrimonio fue un error.

—¿Así que lo matasteis?

En la penumbra vio latir un músculo en su mandíbula, como si estuviera esperando tenso la respuesta, y la furia que la asaltó fue tan cruda como la que había sentido cuatro años atrás.

—No puedo negar que quise hacerlo, aunque al final Charles murió víctima de su propia falta de moralidad. Violó brutalmente a una criada encinta y el desesperado padre de la muchacha se aseguró personalmente de que el culpable

no cometiera más... indiscreciones. Probablemente todas las mujeres de la propiedad respiraron de alivio aquella tarde. Estoy segura.

—¿Le contasteis esto a los tribunales?

—No. Les conté solo lo que había visto.

—¿Que fue...?

—Dije que mi marido había saltado una barrera mal construida mientras ejercitaba su caballo favorito y que tuvo una mala caída.

La música del salón llegó hasta ellos, con su dulzura y suavidad contrastando con aquella verdad tan cruda. Su cándida sinceridad acababa de proporcionarle la clase de alivio que jamás había creído que fuera posible, e incluso cuando él permaneció en silencio, no quiso dar marcha atrás.

—La consideración del buen nombre familiar es importante, ¿no os parece, milord? Me pareció injusto que generaciones de Hawkhurst sufrieran por culpa del mal juicio de un único familiar de voluntad débil, y escogí por tanto ofrecer otra explicación.

Al ver que su mirada se oscurecía, se volvió para contemplar la noche, detestando el acelerado latido de su corazón.

¿Aurelia Saint Harlow había permitido que la sociedad la condenara durante años por un crimen que no había cometido y para proteger a otra persona? Ella era una santa, más que una pecadora, y si su primo se hubiera materializado en aquel instante lo habría matado con sus propias manos por todo lo que le había hecho pasar: un tribunal público y los rumores de su presunta intervención en su muerte persiguiéndola sin cesar.

Recordó la dignidad con que había atravesado la multitud en el baile que él dio en su casa, con la barbilla bien alta y una sonrisa en los labios. Como una actriz justo antes de que se levantara el telón, con una especie de frágil confianza en sus ojos disimulando su miedo.

—Un secreto difícil.

El leve asentimiento de cabeza con que respondió le hizo jurar en voz baja.

—Y una ficción que os ha mantenido cautiva durante años.

Esa vez ella lo miró directamente.

—No hay manera de refutar todo lo que se ha dicho de mí. No es redención lo que busco, milord —se llevó los dedos al cuello y él vio que volvía a llevar la cadena con el pequeño diamante—. Una vez que mis hermanas estén bien instaladas en sociedad y yo haya vendido mi negocio, podré retirarme con mi padre al campo y no volver nunca a mirar atrás.

La consternación que veía en sus ojos le desgarró el corazón.

—Un oscuro final para una mujer que se ha sacrificado en bien los demás. Si yo fuera vos, continuaría luciendo vistosos vestidos y desconcertaría a todo el mundo. ¿Qué más podrían decir de vos, al fin y al cabo?

Vio que bajaba la mano izquierda al escote del vestido de seda, para subírselo.

—Antaño puede que no me hubiera importado, pero ahora...

Él se echó a reír.

—Sois la mujer más temible que conozco, Aurelia. No dejéis que nadie os diga otra cosa.

Su sonrisa resaltó los hoyuelos de sus mejillas.

—Me tomaré eso como un cumplido, milord.

—Mi primo nunca os mereció. Ya de niño era problemático. Perdió a sus padres justo después de que yo perdiera al mío y quizá eso lo trastornó para siempre. Al final renuncié a intentar conocerlo.

—Por eso nunca lo visteis en Medlands.

Él meneó la cabeza.

—Había otras razones también.

—¿Porque estabais en Europa?

—Estuve mucho tiempo en Europa —sonrió.

Deseó poder haberle dicho más. Se preguntó por su rumoreada predilección por las mujeres atrevidas y las fiestas locas. ¿Qué podía haber visto Aurelia en un hombre tan egoísta y tan poco digno de confianza para casarse con él? Eran muchas las preguntas sin respuesta, las suyas y las de ella. Sus respectivos mundos se apuntalaban sobre secretas confidencias.

Ella lo había salvado en Taylor's Gap con su conversación y un beso que lo había dejado consumido por el deseo. Habría saltado por el acantilado si ella no hubiera estado allí. Pero en lugar de ello...

Alzó una mano para enredar uno de sus rojos rizos en un dedo, sintiendo su sedosa suavidad en la palma.

—Entonces debo daros las gracias por haber preservado el nombre de la familia Hawkhurst cuando de manera tan palmaria Charles no lo hizo.

Ella asintió con la cabeza y él se marchó, porque no quería decirle más y porque quería hacerlo con todo su ser.

Esforzándose por mantener una actitud tranquila, regresó al baile y se abrió paso entre los salones atestados hasta el pórtico principal.

Aurelia cerró los ojos e intentó recuperar la compostura. Le había dicho a Hawkhurst exactamente lo que se había propuesto no decirle y, sin embargo, el

único sentimiento identificable que experimentaba era alivio. Acarició con los dedos el diamante de la cadena, deleitándose con su familiar tacto.

Se había quedado impresionada de que él hubiera recordado la pieza, para no hablar de que la hubiese rastreado y repuesto. Para ella.

De repente, el sonido de la puerta de la terraza al abrirse la dejó sin aliento. ¿Había vuelto?

—He visto marcharse a Stephen —dijo Cassandra Lindsay— y no parece muy contento. Entiendo que vos tampoco.

Aurelia vio la pregunta en los ojos de la mujer y se volvió.

—Nathaniel y yo conocemos de Hawk de toda la vida. Es un gran amigo nuestro y un hombre bueno, aunque durante los seis últimos meses ha estado... melancólico y pensativo —deteniéndose, apoyó las manos en la balaustrada de piedra.

Aurelia esperó, pensando que a veces la gente necesitaba hilvanar sus pensamientos sin que la interrumpieran.

—Nos preguntábamos si no sería su búsqueda de esposa lo que le había puesto de ese humor. Elizabeth Berkeley es una muchacha adorable, pero no es muy... fuerte.

La palabra sorprendió a Aurelia.

—Quizá la fuerza en una mujer no sea lo que él necesite. Quizá sea la sencillez, la sinceridad e incluso la simplicidad lo que logre ahuyentar sus demonios...

Cassandra se echó a reír.

—Eso es lo que él piensa que necesita, pero yo he tenido esta misma conversación muchas veces antes con mi marido y hemos llegado a la conclusión de que necesita una mujer que le devuelva la vida... una que pueda salvarlo de sí mismo, que sea capaz de traspasar la barrera que indudablemente él erigirá a su alrededor.

El acantilado de Taylor's Gap asaltó la mente de Aurelia. ¿Sería posible que él hubiera saltado de no haber estado allí?

—El espionaje no es una ocupación que depare muchas alegrías, sospecho.

—¿Sabéis a qué se dedica? —la sorpresa teñía las palabras de Cassandra Lindsay.

—He escuchado rumores.

Lady Lindsay asintió.

—Su hermano murió en una misión en Francia y Hawk piensa que fue culpa suya el que eso sucediera: una venganza personal, si queréis, que le está devorando el alma. Él ha visto cosas que sería mejor que no viera ningún hombre, y sin ningún familiar a su lado aparte de Alfred —interrumpiéndose, puso la mano sobre la de Aurelia—. La soledad y la responsabilidad no son buenos compañeros

de cama. Y creo que vos debéis de saber eso tan bien como él, ya que todo apunta a que también habéis librado vuestras propias batallas —suspiró profundamente—. Cuando conocí a Nathaniel, yo llevaba cautiva en Francia cerca de diez meses. No fue una detención fácil y hubo ciertas cosas que sucedieron... cosas que pensé que harían que Nathaniel se buscara una mujer con menos defectos si llegaba a saber la verdad de todo. Intenté ahuyentarlo. Yo estaba herida y sentía que podía herir también a todos aquellos que me rodeaban si permitía que se acercaran demasiado a mí. Huí el día de mi boda para darle la oportunidad de ser libre, pero él me persiguió. Él me salvó —miró a Aurelia directamente a los ojos antes de continuar—. Si Hawk y vos podéis salvaros mutuamente, cualquier riesgo podría merecer la pena.

Y se marchó, regresando al salón con la misma elegancia con la que había salido, dejando una estela de sinceridad y candor que le permitía a Aurelia concebir esperanzas. Cassandra Lindsay no había salido inmune de todo lo que le había ocurrido y sin embargo se había alzado contra la adversidad y encontrado su lugar en el mundo, al lado de un hombre dispuesto a protegerla.

¿Podría ella hacer lo mismo?

Se abrazó e inspiró profundamente antes de volver a ponerse la máscara y seguir a lady Lindsay de vuelta al baile.

La furia que lo había consumido no era nada al lado de los remordimientos que lo asaltaron cuando pensó en la escena desarrollada unas pocas horas atrás. Aurelia había sido sacrificada por el infame comportamiento de su marido y sin que pronunciara una sola palabra sobre su maldad.

Al contrario que ella, él se preocupaba por poca gente y quería a menos todavía. Alfred había entrado en la setentena y no viviría mucho tiempo más, y cuando se hubiera ido... no le quedaría ningún familiar o pariente de sangre. El último Hawkhurst. El último miembro de un linaje marcado por la enfermedad y la traición.

Y en ese momento incluso la esperanza de una prometida inocente, sin mácula y sin culpa se había perdido, porque finalmente reconocía lo que siempre debió haber tenido presente. Arruinaría a Elizabeth Berkeley como si fuera una manzana con un pequeño punto de podredumbre, un pequeño punto que iría creciendo, extendiéndose, consumiendo una carne incontaminada y pura.

Recordó la expresión de Aurelia Saint Harlow cuando lo miró en la terraza, con una suerte de esperanza en los ojos. Había ansiado levantarla en vilo y llevársela a su casa para despojarla de su vestido verde esmeralda, reclamando todo aquello no podía reclamar, vertiendo su semilla en el núcleo de su feminidad

y esperando... ¿qué? ¿Un hijo? ¿un heredero? ¿Un final para su soledad? Incluso concebirlo era un error, porque no podía sofocar aquella condenada ansia y se excitaba solo de pensar en ella.

Suya. Sería suya. Ya no había duda sobre ello, porque nada lo detendría. Ni el sentido del deber. Ni el rey. Ni el país. Ni siquiera la traición.

—Que Dios nos ayude —susurró las palabras en lo oscuro y cerró los ojos, presa de la más absoluta necesidad.

Once

El hombre apareció a su lado cuando estaba abriendo la pesada puerta del almacén de Park Street.

— ¿Sois la señorita Harlow? —le preguntó en francés.

Cuando ella asintió, él le tendió una carta.

— Ella me encargó que volviera para recoger vuestra respuesta al final del día.

Y dicho eso, se marchó. Mirando a su alrededor para ver si la había visto alguien, y esperando que se quietara el latido de su corazón, Aurelia entró en el almacén. Con el sobre blanco, sin escritura alguna, apretado entre los dedos.

¿Ella? ¿Se habría referido a su madre?

César se desesperó, estiró y bostezó hasta que ella lo desató y lo sacó fuera. Poco tiempo. Quería abrir la nota antes de que llegara Kerslake. Como precaución añadida, echó el cerrojo a la puerta cuando regresó al despacho.

Dentro de la carta doblada había un collar que reconoció como perteneciente a su madre. Reconoció también al momento la letra de Sylvienne.

Lia,

Estoy enferma. Vende este collar, porque necesito una enfermera que me atienda con estas fiebres. Mi amigo me entregará el dinero. Es de confianza.

Agarrándose a la mesa para sujetarse, Aurelia se sentó. Acarició las viejas y gastadas perlas de vidrio de la baratija. Una baratija tan vulgar e insignificante como la vida que su madre llevaba en ese momento.

Se había entrevistado con Sylvienne cuatro años atrás, durante una visita a París. La impresionante belleza de antaño había perdido atractivo, y la liberalidad de su estilo de vida, que tanta sensación había causado cuando abandonó Inglaterra, había quedado reducida a algo ajado y fútil.

Aurelia, recién casada por aquel entonces y casi tan desesperada como ella, se había mostrado deseosa de ayudarla. Las mujeres sobrevivían de la única manera que podían y, como si sus respectivos papeles se hubieran cambiado de golpe, había sentido desde entonces la necesidad de proteger a Sylvienne. Pero ya en aquel momento eso había sido muy difícil con la clase de mujer en que se había transformado su madre, viviendo en las penosas condiciones de un apartamento

alquilado que no había podido estar más lejos de su antigua vida en Londres. No le extrañaba que hubiera caído enferma. Lo que desconocía era la gravedad de esa enfermedad.

No podía marcharse sin más a París y dejar a su padre, no con el negocio de las sedas rindiendo sus buenos beneficios y Leonora necesitada de una carabina en sus salidas con Rodney Northrup. ¿Y si pudiera traerse a su madre a Londres, para que se repusiera y descansara un poco? Surgió una nueva preocupación. Sylvienne le había dicho una y otra vez que jamás viviría en Inglaterra, que el mortal aburrimiento de aquella vida le secaría el alma.

Cerrando los ojos, Aurelia suspiró profundamente. Fuera, las campanas de la iglesia llamaban a los fieles a la oración y, más allá, resonaba el estridente aullido de una sirena, anuncio de la partida de un barco con la primera marea de la mañana. Vidas normales y ordinarias. Partidas rutinarias. Lo contrario de su propia existencia, atormentada por la inquietud y las preocupaciones.

Mojó la punta de su pluma en tinta y empezó a escribir. Las palabras surgían con rapidez mientras decidía el curso de acción que iba a seguir. Seguía teniendo el pasador de rubí que Emily le había regalado y había un buen número de libros en la biblioteca que su padre no echaría de menos. Dinero rápido. Se tocó el diamante que llevaba al cuello. No, el diamante no podía empeñarlo, porque Hawkhurst tenía ojos por todas partes y si llegaba a encontrárselo de nuevo...

Cuando terminó, guardó el sobre con la carta de respuesta en el último cajón del escritorio y abandonó el almacén.

—Kerslake está complicado. Ha sido visto en compañía de Delsarte y en términos muy amistosos con él. Fueron juntos a la misma escuela, de la que fueron expulsados por robo.

Shavvon bajó la vista al montón de notas que tenía sobre su mesa y miró de nuevo a Hawk.

—¿Qué se sabe de la mujer, la señora Aurelia Saint Harlow?

—No mucho —la mentira, que le salió fácil, resonó en el silencio de la habitación—. Tiene un padre mayor que está enfermo y tres hermanas menores. Los talleres de seda Beauchamp pertenecen desde hace años a la familia y ella se encarga de dirigirlos.

Ni una sola vez en todo el tiempo que llevaba trabajando para el Servicio Secreto Británico había omitido un hecho que fuera importante en una investigación. A veces, cuando habían peligrado las vidas de inocentes en pro de un bien mayor, ni siquiera había pestañeado, razonando que en cualquier conflicto había personas cercanas a los criminales susceptibles de verse perjudicadas y que

era muy poco lo que podía hacer él para evitarlo.

Y sin embargo en ese momento estaba protegiendo a una mujer que, según ella misma le había confesado, había omitido importantes detalles en los tribunales británicos sobre el asesinato de su primo.

—¿La conocéis personalmente, verdad? A la señora Saint Harlow, quiero decir.

Sintió una punzada de cautela.

—Vagamente, señor.

—Os encontrasteis con ella en la biblioteca de Hookham de Bond Street, y luego en el baile de los Carrington, ayer mismo. Y en ambas ocasiones mantuvisteis largas conversaciones.

Hawk se sonrió. Debió haber tenido presente que él también se encontraría bajo vigilancia, porque la confianza era un lujo muy raro en aquel juego de espías.

—Estuvo casada con mi primo. Habría levantado aún más sospechas si hubiera cortado todo trato con ella.

—No lo hagáis, entonces. Necesito que os acerquéis al origen de esas cartas, y parece que el almacén de Park Street nos puede llevar hasta ellas.

Shavvon volvió a tomar nota en el libro que tenía delante, una observación más larga, esa vez, que subrayó.

—Vigíladla bien. No confío en ella. Ya tuvo que declarar en los tribunales y la opinión pública que circula sobre ella no es muy favorable.

Algo en el interior de Hawk empezó a romperse con la misma velocidad con que hablaba Shavvon. Aquella sería la última vez que trabajaría para el Servicio Británico. Terminaría entregando toda su correspondencia relacionada con tareas de inteligencia, todas sus armas y mapas de países en conflicto con Inglaterra, todos los libros acumulados durante trece años de espionaje. Terminaría entonces con aquella parte de su vida, con aquel constante vacío que lo había dejado atrapado en un lugar donde ya no quería estar.

Pero primero debía advertir a Aurelia Saint Harlow de que la estaban vigilando y de que, sin el debido cuidado y diligencia, podría verse detenida y sometida a un riguroso interrogatorio.

Bajo su lealtad al Servicio Británico latía otra bien diferente, más fuerte y más real. Le habría gustado preguntar por lo que figuraba exactamente en su expediente, pero sabía que eso habría despertado sospechas. Así que se limitó a sonreír y escuchó el sermón de Shavvon sobre los peligros de los espías franceses que acechaban como tigres, presos a saltar sobre la confiada sociedad británica.

Londres presentaba el habitual bullicio de los lunes por la mañana justo

antes de la hora del almuerzo. El pasador de rubí había rendido mucho más dinero de lo que Aurelia había esperado, ahorrándole la tarea de tener que rebuscar en la biblioteca de su padre.

Descubrió a Hawkhurst antes de que él la descubriera a ella, cruzando la calle en una esquina de Hyde Park. «Tattersalls», pensó. Las subastas de caballos de Tattersalls tenían lugar el lunes, pero ese era también el día en que los jugadores cobraban sus ganancias o eran requeridos para pagar sus deudas. ¿Tendría Stephen Hawkhurst la misma afición y vicio que había tenido Charles, siempre al acecho del siguiente éxito seguro en el juego, de un dinero presuntamente fácil que nunca llegaba? De alguna forma, lo dudaba.

—Señora Saint Harlow, ¿estáis sola?

El humor que distinguía en sus ojos resultó inesperado.

—Así es, milord.

—Entonces quizá podáis pasear conmigo un momento. Hay algo que quiero pedir.

Se tensó. ¿Seguirían vigilando el almacén de Park Street? ¿Sabría algo Hawkhurst del estado de su madre y de su necesidad de dinero? ¿Le preguntaría por el francés que había aparecido el día anterior, otra conexión que quizá le haría sospechar de su deslealtad para con el país británico?

—Mi tío Alfred celebrará mañana por la tarde su septuagésimo quinto aniversario. Será una cena tranquila, con muy pocos invitados. Me encargó os preguntara si podríais asistir.

El alivio que sintió fue enorme.

—Por supuesto. Me encantaría. ¿Sabéis de algo que le pudiera gustar como regalo?

—Una botella de buen vino bastará. Pierde casi todos los regalos que le hacen.

—Se dice que vuestro tío fue herido en las campañas contra Napoleón — había escuchado el rumor, por supuesto, como sabía también que la sociedad perdía la paciencia con un hombre que se saltaba todas las reglas de la etiqueta.

—Recibió un tiro en la cabeza durante la segunda campaña peninsular, a las órdenes de Wellington. En realidad, ese es el último recuerdo entero que conserva.

—Debe de ser muy duro vivir durante tantos años sin recordar nada bien.

Un guijarro de la calle la hizo tropezar y él la sujetó del brazo.

—Las vidas de la mayoría de la gente se ven tocadas de una u otra manera por la adversidad, y al final eso los hace más fuertes.

No podía dejar pasar aquel comentario.

—O más temerosas.

—¿Os referís a Charles?

Inesperadamente, Aurelia sonrió.

—Supongo que sí.

—¿Cuándo lo conocisteis?

—Durante las primeras semanas de mi primera Temporada. Era un gran bailarín y vestía muy bien.

—Qué frivolidad la vuestra, señora Saint Harlow...

Ella volvió a sonreír. Le gustaba el tono juguetón de su voz.

—Vos sois la única persona ante la que he admitido semejante estupidez. En mi defensa, lo único que puedo decir es que no tardé mucho en darme cuenta de que el corte del traje de un caballero es una minúscula consideración a la hora de escoger a alguien con quien pasar el resto de la vida.

—¿Y vuestra familia? ¿Vuestro padre? ¿Él lo aprobó?

—Oh, papá estaba muy ocupado con mi madrastra y mis hermanas, y solía decir que mi tozudez le recordaba a mi madre. No era un cumplido.

—¿De modo que no contempláis ya el sacramento del matrimonio con tanta benevolencia?

—No.

Él se echó a reír, ruidosamente.

—La mayor parte de las mujeres que he conocido serían de la opinión opuesta.

—Bueno, conmigo estáis a salvo, milord.

Pero cuando la luz del sol alcanzó sus ojos, dorando su aterciopelado verde, comprendió que se estaba mintiendo a sí misma. El recuerdo de los besos que le había dado le alborotó de pronto la sangre.

Soltándose de su brazo, retrocedió un paso. Hawkhurst era un millar de veces más peligroso que lo que lo había sido nunca su primo. Ella simplemente deseaba sentir lo que sería abrazarse a su cuerpo desnudo y permitirle que le hiciera... de todo.

Y allí, en medio de la calle atestada de gente, con paseantes circulando apresurados a su lado, Aurelia comprendió lo que significaba desear realmente a un hombre. No a cualquier hombre, sino a aquel: con su fortaleza y su bondad, con su peligrosa soledad y su secreta aflicción.

Cassandra Lindsay había tenido razón. Elizabeth Berkeley nunca lo entendería como ella, nunca apreciaría aquella parte de su ser que resultaba tan salvaje y amenazadora, nunca se asomaría al corazón de su soledad y se reconocería a sí misma en aquella yerma tierra.

Desvió la vista.

Algo preocupaba a Aurelia Saint Harlow, pensó Hawkhurst.

La conversación sobre el matrimonio, quizás, y su ramplón interrogatorio. Ella había vivido un infierno con su primo y, desde que se encontraron en Taylor's Gap, había resultado perfectamente claro que no estaba buscando ningún sustituto. Una vez más, maldijo a Charles para sus adentros.

—Os enviaré un carruaje mañana antes de las ocho para recogeros.

Sabía que el presupuesto de Braeburn House era muy ajustado.

Cuando la vio asentir con la cabeza, Hawkhurst se apresuró a despedirse, no fuera a repensarse su respuesta y cambiara de idea.

Pero mientras se marchaba, la roja llama de su cabello se yuxtapuso al habitual color negro de su ropa, grabando a fuego aquella imagen en su cerebro. Y supo sin ninguna duda que, a la noche siguiente, se esforzaría por poner fin a la danza de tensión sexual que ardía entre ellos.

Cualquier esperanza de que aquello no fuera más que una pequeña celebración de aniversario quedó evaporada en cuanto Aurelia enfiló el pasillo detrás de un sirviente de Hawkhurst, de aspecto austero. Voces y risas de hombres y mujeres llegaban hasta ella, aunque su preocupación se atenuó un tanto cuando reconoció la de Cassandra Lindsay.

Hawkhurst se adelantó a saludarla.

—Estáis preciosa —le dijo, admirando el peinado que se había dejado hacer por Leonora. Normalmente se recogía el cabello hacia atrás, apretándose a la cabeza para esconder el vibrante color. Esa noche lo llevaba más suelto, con sus largos rizos recogidos apenas en la nuca. Había prescindido completamente de los lentes. El vestido era de seda, rojo escarlata.

Alfred también se había levantado, con una sonrisa de oreja a oreja. Aurelia sacó el regalo envuelto de su retícula y se lo tendió. Sus viejas y huesudas manos acariciaron el aparatoso lazo de seda que decoraba una cajita de madera. El anciano se tomó su tiempo en admirarlo a la luz de la gran araña de la sala. Finalmente terminó de desatarlo y abrió la caja. Había un anillo dentro: una pieza que Aurelia había encontrado años atrás en compañía de su madre, con un cristal tallado grande y demasiado llamativo, pero bello.

—¿El vino habría sido demasiado prosaico? —le susurró Hawkhurst con tono tierno mientras su tío se colocaba el anillo.

—Gracias —los ojos de Alfred brillaban deleitados.

—De nada.

La cicatriz que le corría por un lado de la cabeza le tensaba la piel del ojo izquierdo hacia arriba. Aurelia intentó imaginarse el dolor producido por una herida semejante, tan lejos de cualquier hospital y en medio de la guerra.

Le gustó la manera en que Alfred le acarició la mano, ausentes las habituales contenciones de la sociedad victoriana en tan desinhibida reacción. Como le gustó también la manera que tenía Hawkhurst de no apresurarse, esperando pacientemente a que su tío pensara lo que quería decir y lo dijera.

Los demás seguían charlando, como si fuera la cosa más normal del mundo que un caballero mayor le apretase la mano mientras la miraba fijamente a los ojos.

—Los anillos son mis joyas favoritas —dijo finalmente y la soltó, para volver con el resto y mostrarles su nuevo y maravilloso regalo.

—¿Os acordasteis de que le había gustado vuestra cadena? —le preguntó Hawkhurst.

—El vino me pareció un regalo demasiado pobre para un hombre que celebra sus setenta y cinco años de edad.

—Sé que lo atesorará como un bien muypreciado. Incluso la presentación del regalo era hermosa.

—Influencia de mi madre, supongo. Ella nunca hacía las cosas a medias y yo siempre envolvía los regalos de esa manera.

Cassandra se levantó de donde estaba sentada junto al fuego para unirse a ellos.

—Alfred está encantado, Aurelia. Hawk nos sugirió que le regaláramos vinos, que es lo que hemos hecho, pero el año que viene seguiremos tu ejemplo y le envolveremos los regalos de esa manera.

Otra mujer se les acercó: una bella mujer en avanzado estado de gestación, ataviada con un vestido blanco con cuello bordado de vistosas flores. El bordado parecía haber sido realizado por un niño, con toscos pespuntos que contrastaban con la elegancia de la prenda.

—Le estaba diciendo a Hawk, Lilly, que nunca volveremos a hacer caso de sus sugerencias en cuestión de regalos —Cassandra Lindsay formuló el reproche con un tono de ternura.

—Completamente de acuerdo. Señora Saint Harlow, vuestro regalo ha eclipsado los nuestros por completo. Soy Lillian Clairmont, y mi marido es el que en este momento está intentando sacarle a Alfred el anillo del dedo. El gusto de Lucas en cuanto a este tipo de objetos es más que discutible, como veis —y añadió, ruborizándose—: No estoy insinuando con esto que piense que vuestro presente es de... mal gusto —sacudió la cabeza, y la luz de la araña arrancó a su cabello una miríada de tonos diferentes—. Espero para dentro de muy pronto la llegada de nuestro hijo y me temo que las buenas maneras, que solían ser la principal seña de mi carácter, me han abandonado.

Mientras los otros reían, Hawkhurst procedió a hacer las presentaciones de rigor.

—Lillian y Lucas Clairmont han bajado a Londres por unos pocos días.

Tienen una propiedad en el norte y sus hijos los están esperando.

—¿Lucas es el «Luc» de las clases de baile de Eton?

De repente Aurelia había caído en la cuenta de quién era.

—Así es.

Cuando Clairmont se acercó para situarse al lado de su esposa, Aurelia vio que se tomaban de la mano.

—Coincidimos en el baile de Stephen, señora Saint Harlow. Vuestra entrada fue una de las mejores que he visto nunca en Londres, de lejos. Creo que hasta la mía fue eclipsada por la vuestra.

—Apareció peleándose con mi primo, con el labio ensangrentado —explicó Lillian con una sonrisa—. A los americanos les gustan... las maneras desenvueltas.

—Tendré presente esa información, señor Clairmont —repuso Aurelia—, si alguna vez llego a encontrarme en vuestra tierra.

—Hawk podría llevaros. Para mayo volveremos para pasar las vacaciones y sería un placer enseñaros Virginia.

Sorprendida por la oleada de ternura que le provocó aquella invitación, Aurelia miró a Stephen Hawkhurst. ¿Cómo sería pasar varios meses en su compañía, haciendo un viaje y tan lejos de Londres? Semejante libertad sería imposible, a no ser que... Sacudió la cabeza cuando recordó sus numerosas responsabilidades.

Aquella era la vida que habría podido llevar si hubiera hecho una boda sensata y apropiada. Familia, buenos amigos, un hombre capaz de acelerarle el corazón en cualquier circunstancia... El nudo que le subió por la garganta le hizo tragar saliva.

Quería que Hawkhurst la tomara de la mano y se la apretara tal como estaba haciendo en aquel momento Lucas Clairmont con la de su esposa, proyectando fortaleza y seguridad en aquel gesto.

Nathaniel Lindsay interrumpió sus pensamientos al llamar a un criado y ofrecer copas de vino blanco a todos.

—Brindemos por los cumpleaños y por la amistad —dijo, mirando directamente a Aurelia—. Y por el matrimonio —añadió, mirando esa vez a Hawkhurst.

Hawkhurst era consciente de lo que estaban intentando hacer, cada uno de ellos, con sus esperanzadas invitaciones y sus torpes insinuaciones. Después de todo, después del baile, se había pasado semanas esquivando preguntas sobre Aurelia Saint Harlow, con Nat y Luc dándole consejos sobre su futuro a largo plazo.

Aquella noche Aurelia encajó en la reunión como si fuera un guante perdido y vuelto a hallar. No se dejó intimidar por sus bromas; lejos de ello, su inteligencia natural acogió sus burlas con un sentido del humor que era nuevo para él. Aquella mujer lo fascinaba. Y lo preocupaba.

Aquella misma mañana, un francés había sido aprehendido en la puerta de su almacén por uno de los hombres de Shavvon después de haber recogido un paquete que ella le había entregado. Un paquete conteniendo sedas, dinero y una carta.

«Dios mío», exclamó para sus adentros. Se echó el pelo hacia atrás y la observó desde la vieja mecedora en la que estaba sentado. A deliberada distancia. Un difícil recordatorio de todo aquello de lo que había intentado alejarse.

Engaño. Con aquellos ojos de color dispar y aquel rostro de ángel.

Le había insistido a Shavvon en que el contenido de aquel paquete no tenía nada que ver con el que habían encontrado en los embarques de sedas. Como resultado, le habían asignado la tarea de vigilar personalmente a la señora Saint Harlow, una triste y sorprendente misión teniendo en cuenta todo lo que estaba pensando.

Había esperado que el baile que celebró en su casa fuera el comienzo de una vida nueva y más inocente después del susto que se había dado a sí mismo en Taylor's Gap. Y, en lugar de ello, allí estaba, suspirando por una mujer que escondía más secretos en sus ojos que cualquier otra que hubiera conocido.

Pero encajaba bien en aquel ambiente, riéndose con Lilly y Cassie y dejando que su tío le tomara la mano durante una anormal cantidad de tiempo después de que ella le hubiera regalado un anillo: un anillo de cristal con un relieve de dragón visible a través del cristal tallado, y otro en el engaste de metal.

Alfred la adoraba. Sus amigos la adoraban. Se fijó en que daba las gracias a cada sirviente cada vez que se acercaba para ofrecerle algo de comer o de beber.

Incluso el maldito gato, que se escabullía al menor ruido, se había acurrucado junto a ella en el sofá, ronroneando mientras se dejaba acariciar el lomo.

Una carcajada lo sacó de sus reflexiones.

—Nos conocimos en Taylor's Gap —estaba diciendo Aurelia.

—¿Qué estabas haciendo allí, Hawk? —fue Nat quien hizo la pregunta, ceñudo.

«Pensando en terminar de una vez por todas», habría podido contestarle, pero se quedó callado, esperando a que respondiera ella.

—Estaba admirando la vista... —sonrió— y yo estaba intentando conseguir que lord Hawkhurst invitara a mi familia a su baile.

—¿Cómo lograsteis convencerlo? —inquirió Nat con una sonrisa irónica en los labios.

Al ver que Aurelia se ruborizaba, Hawkhurst decidió intervenir.

—Ah, Nat. El otro día fui a ver los caballos de Cloverton. Esos de los que me hablaste.

—¿Y te gustaron?

Se alegró del cambio de tema.

—Los llevarán la semana que viene a Hawthorn Castle. Ya me dirás a ver lo que te parecen.

La cena fue muy sabrosa. El chef francés les presentó dos platos de mariscos y pollo con verduras, cremosas salsas y una selección de pasteles.

La habían sentado junto a Lillian y Lucas Clairmont, y lo más lejos posible de lord Hawkhurst, aunque, cuando alzó la mirada una o dos veces, lo sorprendió observándola.

Lillian le habló de sus hijas y de una residencia rural que estaban intentando reformar.

—Hope me bordó el cuello del vestido —le explicó, acercándose para que pudiera examinarlo—. Tiene doce años y es la mayor.

—Debisteis entonces de tenerla jovencísima... —Aurelia no pudo reprimirse de hacer el comentario porque Lillian Clairmont parecía apenas algo mayor que ella.

—Oh, Hope y Charity nos estaban esperando, de alguna manera. Supongo que estaban destinadas a convertirse en nuestras hijas, solo que les llevó algún tiempo encontrarnos.

—A veces esas cosas suceden. Nat, por ejemplo. Yo volví a encontrarme con él en el más insólito de los lugares —comentó Cassandra, riendo.

—¿Dónde? —sonrió también Aurelia.

—En el dormitorio de una destartada pensión de Londres. Espiándome.

—Protegiéndote, más bien —Nathaniel Lindsay, al otro lado de la mesa, se mostró firme en su interpretación de lo sucedido.

—¿Insistiendo en que me quitara la ropa?

El comentario de Cassie provocó una carcajada general.

Se sentía tan bien siendo aceptada por una compañía de gente que no la juzgaba y que tenía tantas y tan extrañas peculiaridades... Hawkhurst, sin embargo, parecía permanecer al margen de aquella hilaridad, más observador que participante.

Aurelia quería sentarse a su lado, tomarle la mano y hacerle sonreír como una manera de agradecerle su invitación de aquella noche. Saciada de la deliciosa comida, rodeada de un grupo de gente tan genuina e interesante, no recordaba

haberse sentido nunca tan relajada.

Mucho después, tras la mejor velada de su vida, se encontraba de pie junto a Stephen Hawkhurst viendo partir los carruajes de sus amigos. Alfred se había recogido varias horas antes, así que habían quedado solos los dos, con una decena de velas en el aparador y sin un solo sirviente a la vista.

Hawkhurst le tendió entonces la mano.

—Quédate a pasar la noche, Aurelia. Conmigo.

Sin artificio ni pretensión alguna. Y sin posibilidad de que pudiera interpretar de otra manera lo que le estaba pidiendo. Solo ellos en aquel rincón de la casa, al filo de la medianoche y con la promesa de todo lo que había empezado en Taylor's Gap flotando en el aire.

Había soñado con aquello, se había imaginado aquellas mismas palabras mientras yacía en su cama por las noches, con el vacío que sentía en su interior reclamando ser colmado. Pero ahora... ahora que él había dicho todo lo que ella había esperado escuchar, ¿qué podía querer decir?

—¿Y si los demás se enteran?

—No se enterarán.

—¿Una cosa puramente nuestra, entonces? —apenas pronunció las palabras, suavizadas por el deseo—. ¿Un secreto?

Sus hermanas no la esperaban y, si volvía a casa antes de que despuntara el día, solo John sabría de su ausencia. Y John le era absolutamente leal.

A los dieciocho años nunca había tenido la oportunidad de hacer aquello, pero ahora con veintiséis sí la tenía, y cada fibra de su ser quería sentir todas aquellas cosas de las que hablaban la poesía y la novela, aquello por lo que suspiraban y morían los amantes, aquella sensación de plenitud que arrastraba por igual a ejércitos que a filósofos o a reyes.

Pero si daba comienzo a aquello, ¿cabría alguna esperanza para ambos, más allá del sentido del deber, de la diplomacia y de la oportunidad? Eran tantos los errores que había cometido que la paralizaba el miedo de cometer otro más, y sin embargo... por primera vez en su vida sabía que aquellas mismas cosas que condenaba la sociedad podrían ser perfectamente justas y adecuadas para ella.

Con un suspiro tembloroso, se obligó a encontrarse con su mirada y empezó a sentir una nueva confianza en sí misma, tan maltratada por Charles.

Los ojos de color desigual de Aurelia eran tan bellos... Y se había pintado

las uñas de rojo, el color del deseo y de las rosas del mantel de la chimenea.

El calor que despedía lo hechizaba, con sus labios carnosos, cautivadores. Se había prometido no tomar nada y sin embargo allí estaba ella, ofreciéndoselo todo. La sangre le atronaba en las venas, como si estuviera desnuda ante él,

Cuando ella levantó la mano para apartarse un rizo de la frente, él vio que le temblaba, con un súbito rayo de luna tornando su cabello de un rojo escarlata.

De repente le apretaba el pañuelo del cuello, y lo mismo el chaleco, la chaqueta y el pantalón, presa de un deseo creciente.

Eran muchas las otras cosas que necesitaba saber sobre ella, pero su mente solamente podía concentrarse en su figura, en su aroma, en los hoyuelos de sus mejillas que se profundizaban con el menor de sus movimientos. Quería tocarla, quería deslizar las manos por sus curvas hasta memorizar cada una, cada contorno de su cuerpo. Pero ella lo detuvo cuando siguió hablando.

—Yo no soy tan experimentada en las artes amatorias como vos podríais imaginar, lord Hawkhurst.

Su confesión lo sacó de pronto de su ensueño.

—Charles y yo estábamos... distantes.

—¿Cuánto de distantes?

—Mucho. Él disfrutaba de mujeres de mayor experiencia que yo.

—Dios mío.

—Y yo me alegraba de ello.

Su erección subió otro punto, presionando contra la tela de su pantalón. No quería asustarla, pero un deseo como ningún otro que había conocido lo tomó desprevenido. ¿Cómo podía ella provocarle aquel efecto, y con tanta facilidad? No recordaba a ninguna mujer que le hubiera afectado tanto como ella.

Alzando las manos, le bajó delicadamente el vestido por los hombros y le acunó un seno.

Observó que esbozaba una ligera mueca cuando le acarició el pezón, con su otra mano subiendo hasta su cuello y su mejilla para acercar su boca a la suya.

Una sensación de retorno al hogar. Eso fue lo que sintió mientras se apoderaba de su boca y se dejaba envolver por su cálida y familiar dulzura. Profundizando el beso, la atrajo hacia sí, tomando todo lo que ella quería darle y más, con el ímpetu imponiéndose a la ternura en su necesidad de poseerla. La piel que sentía bajo sus palmas se fundía como seda líquida, mientras que el contraste del rojo de su pelo contra la palidez de su piel le alborotaba los sentidos.

—Lo quiero todo de ti —no reconocía su propia voz, de lo ronca y desesperada que sonaba. Enterró los dedos en su pelo y cerró el puño, atrayéndola con firmeza hacia sí, mientras deslizaba la otra mano por la curva de su trasero.

Aurelia dejó que la levantara en brazos y la estrechara contra su pecho, sintiendo el martilleo de su pulso en una mejilla y su aliento en la otra.

—Mi dormitorio está cerca.

Un solo tramo de escaleras y luego un corto corredor. La cargaba como si pesara menos que una pluma. Una vez que oyó cerrarse la puerta, Aurelia cerró también los ojos en cuanto vio la cama con dosel del rincón, y no volvió a abrirlos mientras él la depositaba sobre el mullido colchón, conteniendo el aliento y contando los segundos.

—Yo nunca te haría el menor daño, Aurelia.

—Lo sé.

Su vestido rojo escarlata no podía contrastar más con las blancas sábanas. No se movió mientras él le quitaba los zapatos y las medias.

Notó su mano ascendiendo por su cuerpo y esperó una sensación de rechazo, o de pánico. No llegó ni una ni otra, aunque su propia respiración la preocupaba: no era tranquila ni controlada, y cerraba los puños sobre las sábanas con una creciente necesidad. Cuando él la despojó del corpiño, ella pudo sentir el tejido deslizándose laxo hasta su cintura, donde se juntó con la falda que le había subido.

Sentía su mirada recorriendo sus senos, sus piernas y las dulces curvas de sus caderas. Sentía sus dedos en su pelo, inmovilizándola. Respiraba a jadeos, deseosa de la delicadeza y habilidad que sabía que poseía, deseosa de experimentar la desgarradora sensación de plenitud que significaría sentirse verdaderamente amada.

Amada. Se sonrió. Él nunca había pronunciado la palabra, y tampoco lo haría. Aquello era deseo y pasión, deseo por ambas partes, aunque la expresión de sus ojos la desconcertaba, porque jamás antes la había visto nunca en nadie. Separó los muslos por voluntad propia, sintiendo el frescor del borde de la seda escarlata sobre su piel ardiente.

Él no se apresuró. No se hundió en ella como había hecho Charles, despreocupado de cualquier satisfacción que no fuera la suya. Todo lo contrario: se tomaba su tiempo. Una pequeña caricia allí, una más prolongada allá; una presión en una zona secreta, con su propia reacción sorprendiéndola conforme iba creciendo su anhelo.

Una magia de medianoche.

—Vamos, corazón —susurró cuando la sintió tensarse—. Déjame llevarte a un maravilloso lugar.

Deslizó un dedo en su interior, dilatando su tensión, mientras la inmovilizaba con su otra mano, plana contra su vientre. Cada vez más rápido, su pulgar empezó a frotar con fuerza aquel capullo de promesas y continuó

haciéndolo mientras ella gritaba. Sus músculos internos se apretaron hasta que una marea de liberación y desahogo se cernió sobre ella, con una dolorosa ansia que la hizo arquear la espalda y gritar en la oscuridad.

Quedó saciada, floja, desmadejada. Pero también eufórica. Nunca había experimentado nada parecido, aquella sensación de plenitud que la arrastraba fuera del mundo para llevarla a un lugar lejano, donde aún deseaba más. No le importaba ya ser mansa, dócil o delicada. Por fin.

Cuando él le acercó los dedos a la zona que habían acariciado los suyos y ella sintió la humedad, se quedó muda de sorpresa. Su cuerpo no era aquel cuerpo «seco, remilgado e inútil», como solía denominarlo Charles.

El regalo que acababa de recibir era un tesoro.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla.

—Nunca me dejes, Hawk —necesitaba decirlo, para hacerle comprender. No solo aquella noche, sino también para siempre.

—No te dejaré,

Cuando él se incorporó para quitarse la ropa, ella se lo quedó observando admirada. El poderío escultural de su cuerpo fue revelándose conforme se despojaba de cada prenda. Pero cuando se quitó el pantalón, Aurelia descubrió una llamativa cicatriz roja en la parte delantera de un muslo.

Delineó con un dedo la piel arrugada y levantada de la antigua herida.

—¿Alguien intentó matarte?

—Más de los que te imaginas.

—¿Pero ya no?

Se limitó a sonreír y ella comprendió que el negocio que lo había llevado a la verde Inglaterra, fuera el que fuese, aún no había concluido.

Era la mujer más bella que había visto nunca, y eso que había estado con muchas mujeres bellas. Pero se trataba de algo que trascendía lo físico, pensó Hawkhurst.

Aurelia era una mujer que había llegado al fondo de su corazón helado para empezar a descongelarlo. Podía sentirlo en lo más hondo, con el tenso y duro dolor de su soledad disolviéndose.

Ella había vivido y había perdido, y sin embargo triunfaba, y era eso, más que cualquier otra cosa, lo que despertaba sus esperanzas. La de Aurelia no era la inocente pureza de Elizabeth Berkeley que tan fácilmente él habría podido arruinar, sino otra cualidad que contenía el grano de semilla de una fe sorprendente y exactamente perfecta, justa.

Para él.

Como las dos mitades de un solo ser.

Habitualmente poseía rápidamente a las mujeres, porque su vida había estado marcada por el peligro y por el escaso tiempo libre, y porque no deseaba el compromiso de todas aquellas con las que se había acostado. Pero esa vez era distinto. Esa vez anhelaba que aquella noche durara para siempre, con la luna bañando sus pieles y aquella íntima conexión de cuerpo y alma.

Le separó los muslos con una rodilla, indicando así su propósito. Estaba húmeda y dispuesta. Deslizándose una mano bajo sus nalgas, la levantó de forma que la inclinación de su conexión fuera más placentera para ella. Se colocó en posición y esperó.

—Seré tierno —le prometió mientras empujaba. Estaba estrecha, y al ver que abría los ojos de dolor, esperó a que se fuera dilatando. Luego, de un solo y profundo embate, se sumergió hasta el fondo en ella, con su carne convocando ya el antiguo ritmo de la vida. Aurelia era suya, suyo su cabello envolviendo su mano como una llama, suyos sus generosos senos contra su pecho.

El ansia de aquella posesión fue el más poderoso afrodisíaco que Hawkhurst había experimentado nunca y, vertiéndose por completo en su calor, no pensó en tomar protección ni sintió vacilación alguna. Solo una desesperada necesidad que lo consumió todo.

La había magullado, pensó después, al hundirse en ella con tanta pasión. Pero ella le había arañado a su vez con las uñas, provocándole una reacción que no había podido refrenar.

«La pequeña muerte», como la llamaban los franceses: el momento en que el amante moría y subía al cielo para luego volver. Unidos por el sexo continuaron hundiéndose el uno en el otro, deseando que aquel encuentro durara para siempre, escuchando los latidos del otro mientras las sucesivas oleadas de placer se imponían a la cordura.

Sintió sus dedos subiendo por su pecho hasta alcanzar el pezón de su tetilla, cortándole la respiración.

La fecundaría; sabía que lo haría, su semilla arraigaría en su fértil seno. Quería ver la hinchazón de la maternidad en aquel vientre liso y cremoso.

La sorpresa hizo presa en él cuando se endureció de nuevo. La violencia de su excitación la impulsó a volverla hacia sí y a inmovilizarla, más suavemente esa vez, mientras escuchaba los ritmos de aquella larga noche de plata. Ella gritó cuando sus dedos localizaron su deseo, y lo arrastró consigo.

—Mi Hawk...

Su nombre, decidido y posesivo.

Y sobrevino luego el sueño, nacido del agotamiento.

La despertó cuando empezaba a amanecer, con el primer resplandor rosado de la aurora que le recordaba el color de su piel. Él no había dormido nada, mirándola yacer a su lado, segura y tranquila, cambiantes los tonos de su pelo conforme florecía el día.

—Aurelia. Despierta.

Abrió los ojos, el uno castaño y el otro azul. Desorientación. Miedo. Y luego aceptación. Le gustó la manera en que sus dedos se cerraron sobre los suyos, en un contacto confiado,

—Es casi de mañana. Si los demás no tienen que saber nada de esto... — dejó la frase sin terminar, pero ella ya se había levantado, con su melena derramándose hasta su cintura mientras se subía el corpiño y se colocaba y alisaba las faldas.

—¿Tus criados?

Sabía por lo que le preguntaba.

—Siguen dormidos —él ya se había puesto la camisa y el pantalón.

—No puedes acompañarme, Stephen, de vuelta a Braeburn House. Necesito volver sola.

Ya con las medias puestas y calzados los zapatos, con la melena recogida en la familiar trenza, Aurelia parecía impaciente por marcharse.

—Mi capa esconderá mi desarreglo —dijo mientras bajaban las escaleras, subido el color del rostro.

Pero él no podía dejarla marchar así. Le tomó suavemente una mano.

—Gracias.

Ella le sonrió entonces, con un brillo de sinceridad en los ojos, y se dejó guiar de la mano hasta la puerta principal, donde él detuvo una calesa. Después de ayudarla a subir, se hizo a un lado y vio cómo su figura desaparecía en la distancia.

Estaba de nuevo en su habitación. El reloj acababa de dar las seis y la casa estaba en silencio.

Nada y todo había cambiado. Era una mujer caída, deshonrada, una mujer que había visto la oportunidad que había querido aprovechar y la había aprovechado, en la cama de un lord que la había transportado al cielo y la había llevado de vuelta a la tierra.

La humedad de su acoplamiento seguía aún entre sus muslos y tenía los labios inflamados. Acercándose al espejo, pudo ver que su amor la había marcado, sellado, volviendo real lo que de otra manera habría tomado por un sueño.

Aquella seda escarlata lo resaltaba todo. Su pelo. Sus labios. Su pecho.

¿Qué sucedería ahora? ¿Qué sucedería cuando volviera a ver a Hawk a la luz del día en alguna velada, con todas las buenas maneras y las expectativas de la alta sociedad envolviéndola como un remolino? ¿Y si lo veía en presencia de Leonora o de Cassandra? ¿Le diría algo? ¿Le tomaría la mano y esperaría algún... reconocimiento por su parte? Aquellos que los rodearan, ¿percibirían lo que ella estaba convencida de que asomaría a sus ojos y a su rostro, con su malditos rubores aún más intensos y llamativos que antes?

Había liberado el genio de la botella, un genio tan mágico como terrible. El deseo ardía en sus ojos, el fulgor de un recuerdo que tenía un efecto directo en su estómago y en todas aquellas zonas de su cuerpo que él había tocado. Un efecto palpitante, ansioso.

Fuera se oían los primeros cantos de los pájaros y el cielo comenzaba a iluminarse. Un nuevo día y una nueva vida. Cerrando los ojos, sonrió.

Doce

Leonora se apretó contra ella cuando Rodney Northrup se alejó en busca de una copa para cada una.

Habían transcurrido dos días y dos noches desde su... ¿locura? No se le ocurría otra manera de llamarlo y no había vuelto a saber nada de Stephen Hawkhurst desde entonces.

—Me encantan estos grandes eventos —estaba diciendo su hermana—. Adoro las luces, los vestidos, los bailes... pero, por encima de todo, adoro a Rodney.

Aurelia no pudo menos de asentir. El hermano de Cassandra era encantador, delicado y atento. Desde el baile de Hawkhurst visitaba Braeburn House casi cada mañana y en ningún momento perdía la compostura o la paciencia.

—Eres muy afortunada de haber llamado la atención de Northrup, aunque estoy segura de que él diría lo mismo de ti.

—Te gusta, ¿verdad, Aurelia? No tienes idea de lo mucho que eso significa para mí, porque creo que si me pide en matrimonio, le diré que sí —de repente le tembló la voz cuando estaba mirando hacia el otro lado de la habitación—. ¿No es ese el señor James Beauchamp, Lia? Le pedí a Rodney que me lo enseñara una vez y estoy segura de que es el hombre que está hablando con lord Hawkhurst.

Aurelia sintió un nudo en la garganta que tenía más que ver con la mención de Hawkhurst que con la del hombre que sería el sucesor de su padre y apretó su retícula con súbita fuerza.

—Pareces pálida, Aurelia, pero no te preocupes. Todos tus esfuerzos con papá han rendido fruto y yo nunca he escuchado el menor rumor sobre... —se interrumpió cuando pareció que los dos caballeros se dirigían en su dirección. Tres en aquel momento, ya que se les había sumado Nathaniel Lindsay.

—Señora Saint Harlow, señorita Beauchamp —habló primero Hawkhurst, con su educada sonrisa disimulando aquellas secretas horas que habían compartido a la luz de la luna. Manteniendo bien las distancias, procedió a presentar a James Beauchamp.

El heredero de su padre no era en absoluto como Aurelia había esperado. Parecía más joven, para empezar, y más agradable. Tomándole la mano con delicadeza, se inclinó ante ella en señal de respeto.

—Confíaba en que nos hubieran presentado a mi regreso de las Américas, hace ya tres meses, señora Saint Harlow.

—Ciertamente —no miraba a Hawkhurst. ¿qué estaba jugando? Le había advertido que no interviniera, y sin embargo allí estaba, y en un ambiente en el que ella debía mostrarse exquisitamente cortés.

Leonora se había entusiasmado mucho más con su recién recuperado primo, y en ese momento le estaba expresando lo importante que era que conociera a Harriet y a Prudence. Nathaniel Lindsay asistía a la conversación con interés.

—No os vimos anoche en casa de los Cooper, señora Saint Harlow —le dijo—. Hubo una velada musical y pensé que estaríais interesada en asistir.

—Preferí pasar una noche tranquila en casa, lord Lindsay.

—¿La gripe sigue afectando a vuestro padre, entonces?

Asintió, forzada a otra mentira, advirtiendo el matiz de humor del rostro de Hawkhurst. Cassandra se había sumado al grupo y, cuando empezó a sonar un vals, ordenó a Hawkhurst que sacara a Aurelia antes de llevarse a su marido al centro de la sala, seguida de James Beauchamp y de Leonora.

Fue sentir los brazos de Hawk en torno a ella y ya no pudo pensar en otra cosa que no fuera la maravilla de la noche que habían pasado juntos, aunque se esforzó por aparentar tanta indiferencia como él.

—Tú Némesis no es tan mal tipo. Tanto le insistió a Nat en que os presentara que pensé en hacer los honores yo mismo. Su propia residencia es supuestamente mayor y más lujosa que Braeburn House.

—Oh.

—Es rico, Aurelia, y amistoso. Teniendo en cuenta las circunstancias, una presentación a alguna de tus otras hermanas no sería tan mala cosa. Mejor, en todo caso, que acechar a otro aristócrata —al ver que no respondía, continuó—: El mundo no siempre está presto a golpearle a uno, amor mío —la inesperada y cariñosa palabra la hizo alzar la cabeza—. Quizá si le dieras una oportunidad, podrías terminar sorprendiéndote.

De pronto Aurelia no supo realmente de qué estaba hablando.

—Anoche te eché de menos —se lo dijo en un susurro, de modo que no hubiera la menor posibilidad de que le oyeran.

A un lado de la sala descubrió a Elizabeth Berkeley con su grupo de amigas, todas vestidas de amarillo, observándolos. El peligro parecía acechar por todas partes. En el brillo divertido de los ojos de Nathaniel Lindsay y en la insistencia de su esposa con Hawk para que la sacara a bailar. Incluso Leonora estaba tomando la iniciativa invitando a James Beauchamp a visitar Braeburn House.

La persecución de sus propias necesidades parecía estar trastocándolo todo. Se sucedían las invitaciones, las presentaciones y hasta las palabras cariñosas.

Stephen Hawkhurst había cumplido con su promesa de silencio. Ni una

palabra ni un gesto en público lo traicionaban como un hombre que había tomado todo lo que ella le había ofrecido y quería volver a ofrecerle.

— ¿Estás libre esta noche?

Debería decirle que no. Debería sonreír con educación y considerar todo lo que había ocurrido entre ellos como un error. Debería pedirle que la liberase de cualquier voto o promesa susurrada al calor de la pasión y retirarse. Intacta.

Pero no podía. En lugar de ello, esperó.

— Te esperaré en mi carruaje esta noche a las doce, en la esquina de Upper Brooke Street.

El corazón se le aceleró. Estaba segura de que él podía oírlo.

— Allí estaré.

Cuando cesó la música, Hawkhurst la llevó de vuelta con su hermana y Rodney. Cassandra y Nathaniel se les juntaron. Mientras permanecía de pie frente a Hawkhurst, manteniendo una cortés conversación, todo su ser anhelaba acercarse a él, sentirlo de nuevo.

— Parecéis un poco cansada — Cassandra le puso una mano sobre el brazo, devolviéndola a la realidad—. ¿Estáis durmiendo bien últimamente? Creo que debe de ser contagioso, porque Hawk también parece exhausto. Ayer, cuando fue a visitarlo, Nathaniel se lo encontró dormido después de las doce.

Aurelia no se atrevió a mirar a Stephen Hawkhurst para ver su reacción a semejante declaración, pero la telaraña de sus mentiras empezaba a enredarse. Sabía que necesitaría llevar cuidado y, sin embargo, lo único que deseaba era que llegara la medianoche.

Su dormitorio estaba decorado con velas y rosas recién cortadas cuando la hizo entrar en él tres horas después. Un escenario bien diseñado, con dos copas y una botella de vino sobre la mesa al lado del sofá. Un vino del Rin, caro. Pensó que su padre lo habría disfrutado.

— Pareces pensativa esta noche, Aurelia.

— Tú también.

Ante eso, sonrió y sirvió las dos copas. Alzó la suya.

— Por nosotros, entonces. Por esto. Por dondequiera que nos lleve.

Sus ojos evidenciaban un crudo deseo. Sin saber qué responder, se quedó callada.

— Cassandra sospecha que nos acostamos juntos.

— ¿Ella te lo dijo? — al horror de Aurelia, mezclado con la vergüenza, se sumó su preocupación por Leonora—. Ahora nunca consentirá que Rodney se case con mi hermana. He echado a perder sus posibilidades...

Él se echó a reír y apuró el resto de su copa.

—Creo que la manera de pensar de Cassie es más liberal de lo que tú te imaginas. Y no es una chismosa.

—Pero alguien más hablará. Algún día.

Le tomó la mano, desaparecido de repente todo brillo de humor de sus ojos.

—Si eso sucede, yo te protegeré.

«¿Pero no me amarás?». Estuvo a punto de decirlo, casi le espetó aquel deseo que tenía de más, porque supo en aquel preciso instante que con aquella extraña mezcla del olor de la cera de las velas y de los pétalos de rosa, amaba a Stephen Hawkhurst más que a su propia vida. Arriesgaría su familia y la reputación de sus hermanas por él, arrojaría todas sus cautelas por la borda y tomaría lo que su cuerpo ansiaba.

Temblando, se acercó a la ventana. Cuando él se le acercó por detrás, ella simplemente se volvió dentro del círculo de sus brazos y aceptó los cálidos labios que se apoderaron de los suyos.

El mundo se fundió en puro sentimiento cuando sintió sus manos subiéndole las faldas, piel contra piel, con su grueso miembro abrasando su carne suave, pidiendo entrar.

—Te deseo.

Su voz le ordenaba exactamente lo que su cabeza había intentado rechazar, pero el impulso era demasiado fuerte y Aurelia se dejó llevar cuando él empezó a empujar dentro de ella, arañándole la espalda con las uñas.

La euforia había empezado a cantar alto en su alma, la propia necesidad que le hizo arquear la espalda mientras él la poseía contra la pared, a la luz de las velas y de la luna.

Dejó caer después la cabeza sobre su pecho, con sus corazones latiendo al unísono. Y empezó a llorar, porque sabía que no podía hacer nada contra aquel encantamiento que los hechizaba a los dos, y que solo podía terminar con la ruina de su familia.

Sintió las lágrimas de Aurelia empapándole la tela de la camisa y escuchó sus desgarrados sollozos.

No le había hecho un daño físico, estaba seguro de ello. Su cuerpo lo había aceptado húmedo y dispuesto, con manos y dientes lo empujaba a la tarea de amarla, y las olas del clímax fluían entre ellos. Cuando se apartó, percibió incluso su resistencia a interrumpir su unión.

Aquello no tenía sentido y se esforzó por recuperar el equilibrio.

Aurelia lo desconcertaba, ese era el problema. Le hacía cuestionarse todo

aquello en lo que había creído y que había tenido por cierto.

Cada persona a la que había querido no estaba ya, excepto Alfred, y la verdad le había quemado las entrañas. Recordó al director de la escuela dándole la noticia de la muerte de sus padres, impertérrito, como si la muerte fuera solo un mínimo accidente de un apretado programa rutinario.

Recordó también a su hermano, muerto cuando él intentaba alejarlo de aquel loco francés en las colinas de Lyon.

«Si no amas, nunca resultarás herido». Era el lema que había recitado cada vez que había abandonado a una mujer, sin permitirse nunca la oportunidad de acercarse a alguien.

Hasta que Aurelia había destruido aquel muro, derribando su aislamiento como una ola arrasando un castillo de arena, y con tanta facilidad que cualquier posibilidad de reconstruirlo quedaba descartada.

—Yo no quiero... esto, pero no puedo evitarlo —Aurelia señaló su cuerpo con las manos, temblando de angustia. Atrapada, como él, por la vorágine.

—Ah, corazón... —repuso, pronunciando la palabra cariñosa sin darse cuenta—. Créeme cuando te digo que este es un don que rara vez disfrutan los demás.

—¿Tú lo has sentido antes?

—Nunca.

La sonrisa que ella esbozó no pudo ser más bella.

—Creo que debería irme a casa. Mi padre a veces se despierta temprano.

—Yo te llevaré.

Leonora la estaba esperando en su habitación cuando abrió sigilosamente la puerta y entró.

—¿Dónde has estado?

Aurelia comprendió en aquel momento que su hermana había adivinado que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado, Lia? ¿Te ha hecho daño Hawkhurst?

—¿Viste el carruaje?

—Por la ventana. Él es un hombre peligroso, Lia. Peligroso, implacable. Rodney dice que es un espía —la mirada de su hermana casi le rompió el corazón—. No puedes hacer esto. No debes. Después de lo de Charles...

—Él no se parece en nada a su primo.

—Hawkhurst ha matado a gente. A mucha gente. Es por eso por lo que lleva esa oscuridad dentro de sí. Oh, Dios mío.... Volverás a arruinarte, y esta vez por un maestro de... —la mirada de Leonora recayó sobre su cabello despeinado y las

arrugas de su vestido—. ¿Te has acostado con él?

El pecho de su hermana subía y bajaba de consternación, tenía la boca abierta de puro asombro, pero Aurelia descubrió que no podía mentir.

—Más de una vez.

—¿Y volverás a hacerlo?

—Sí.

Ante la crudeza de su respuesta, Leonora se sentó.

—Dime por qué.

Aquella era una táctica diferente, inesperada. Ya no era ninguna niña, sino una mujer que necesitaba motivos razonados.

—Durante años he sido una viuda deshonrada, sola y aislada del mundo — alzó una mano al ver que su hermana se disponía a hablar—. Sola con mis preocupaciones por la familia, intentando siempre arreglarlo todo, intentando garantizar nuestra supervivencia, y jamás en todo este tiempo me he permitido pensar en nada que no fuera eso. Hasta ahora.

—¿Hasta Stephen Hawkhurst?

Ante su gesto de asentimiento, Leonora le preguntó:

—¿Te ama él?

—No es amor de lo que hemos hablado, sino de deseo. Él tiene treinta y un años y yo veintiséis. No estamos en la flor de la juventud y ninguno de los dos vive de fantasías.

—El amor no te está vedado, Lia. Pero si él no se compromete contigo después de lo que ha ocurrido entre vosotros...

Aurelia la interrumpió.

—Entonces habré sabido al menos lo que puede llegar a existir entre un hombre y una mujer. Cuando sea vieja, al menos atesoraré esa magia.

—¿Y si al final hay un hijo de por medio?

—No lo habrá.

—Dios mío, Lia. Yo siempre había pensado que eras la mujer más fuerte del mundo y ahora lo sé. Pero incluso tú podrías equivocarte. Por favor, por favor ten mucho cuidado...

Ante su gesto de asentimiento, Leonora la abrazó y se marchó. La vela de la lámpara de la mesilla parpadeó con el movimiento de la puerta.

Hawkhurst asustaba a la gente. Al principio la había asustado a ella también, pero había visto detrás de la máscara que se ponía en público. Un hombre que decoraba su dormitorio con velas y flores para cortejarla no era tan frío como deseaba hacer creer. Y las palabras cariñosas que le había susurrado mientras la abrazaba, cuando ella se echó a llorar en su pecho después de hacer el amor, no eran propias de un hombre insensible.

Como tampoco la manera en que había venerado su cuerpo.

«¿Y si al final hay un hijo de por medio?», evocó las palabras de su hermana.

Si había un hijo, lo amaría como amaba a su padre. Con todo su corazón.

Un nuevo principio.

Se llevó una mano al vientre, acunando aquella esperanza.

Trece

Aurelia puso una especial atención en las largas columnas de números que tenía delante, haciendo los balances de cada una y revisando las cifras varias veces antes de bajar su pluma.

Los riesgos que había tomado con los tejidos y los diseños finalmente estaban dando resultado. Casi no daba crédito a la cantidad de beneficios que la compañía iba a sacar durante las próximas semanas. Con una elegante rúbrica, subrayó las ganancias estimadas y se recostó en su silla.

Tantos años de trabajo habían merecido la pena. Todas sus dudas e incertidumbres, todas sus constantes preocupaciones habían quedado justificadas por un negocio próspero y bien administrado. Se permitió una pequeña y placentera sensación de orgullo antes de volverse para mirar por la ventana.

La presencia del río impregnaba todos los edificios de Park Street. Talleres de carpinteros de buques y barcasas, veleros, cordeleros y demás artesanos de los astilleros habían convertido aquel barrio en su hogar.

Algunas veces, si el viento era favorable, podía oler el Támesis, pero casi siempre podía escuchar sus sonidos: las sirenas de los mercantes, los gritos de los marineros, el batir de las velas y el crujido de las sogas. Ese era su mundo en aquel momento, cómodo, conocido y, a su manera, hasta excitante.

Henry Kerslake volvió una hora después. Parecía ruborizado y preocupado, pero lo más asombroso de todo fue que Frederick Delsarte entró después que él.

—No sois bienvenido aquí —ella misma se sorprendió de que su voz sonara tan firme.

—Como socio vuestro en el negocio, en el sentido más amplio de la palabra, pensé que seríais más hospitalaria —como no repuso nada, se echó a reír—. Siempre tan formal, Siempre la voz de la razón de la que Charles estaba tan harto. La princesa Aurelia, con su altiva moralidad y su constante desdén...

Se adelantó y la golpeó, en plena mejilla. La fuerza del impacto le lanzó la cabeza hacia atrás, soltándole el pelo en una lenta danza roja. Henry Kerslake se había acercado a la ventana, vigilante. Nadie podría ayudarla allí. La mano derecha de Kerslake se deslizó por su pecho, apretándole los senos con fuerza.

—Alejaos de los problemas. Alejaos de la alta sociedad. Pero, sobre todo, alejaos de lord Stephen Hawkhurst. ¿Me habéis entendido? Lo más prudente es que vayáis pensando en un precio razonable para vender vuestro negocio.

—Mi negocio nunca estará en venta, señor. Ni para vos ni para ningún otro que pretenda codiciarlo.

Delsarte continuó hablando como si ella no hubiera dicho nada.

—Por una razonable cantidad, yo me haría con él, *madame*. Un precio justo dado nuestro historial y vuestras apuradas circunstancias. El amigo Kerslake tiene una buena idea de lo que vale.

Aurelia se volvió hacia Henry, que le rehuyó la mirada como si no quisiera tomar parte en aquella conversación.

—El negocio está únicamente a mi nombre, señor. Kerslake no tiene ningún poder de decisión sobre su precio de venta.

—Tened cuidado entonces, señora Saint Harlow. Vuestra intransigencia puede acarrear dificultades a vuestras tres hermanas, todas ellas necesitadas de marido... —no terminó la frase.

—¿Es una amenaza?

César tensó su cadena al escuchar su tono, deseoso de atacar al recién llegado.

—Tomáoslo como queráis, Aurelia. Pero una mujer de dudosa moralidad llevará las de perder cuando sea interrogada por la autoridad. Además, Hawkhurst os ha estado vigilando, esperando a que cometáis algún error.

Después de mencionar la misma pobre suma a la que se había referido antes, Delsarte se marchó seguido de Henry Kerslake. Una vez que la puerta se hubo cerrado a su espalda, todo quedó sumido en un ominoso silencio.

Se volvió a sentar y suspiró profundamente. Le dolía la mejilla y el pecho. Pero en lo único que podía pensar era en las palabras de Delsarte.

«Hawkhurst os ha estado vigilando, esperando a que cometáis algún error».

Las cifras que tenía delante se desdibujaron a través de las lágrimas, restos de un orgullo que no existía ya, ahogado en el miedo a la soledad.

Su piel contra la suya. Sus duras nalgas bajo sus dedos. Sus costados con huellas de agujeros de bala y la rugosa cicatriz de su muslo. Hawk en la medianoche. Magnífico y amenazador.

Miró la hora. Las dos y media de la tarde. Todavía quedaban algunas horas hasta acudir a él y estar a salvo. Detestó la manera en que le temblaron los dedos cuando se palpó la mejilla lastimada y dolorida. Su situación era peligrosa, sola como estaba. Y, por primera vez en mucho tiempo, se echó a llorar.

Alguien le había pegado. Lo supo desde el primer momento que la vio entrar en el salón de su casa, con el moratón disimulado bajo la espesa capa de un maquillaje que nunca se ponía.

Acercándola a la luz, le alzó la barbilla con un dedo para poder examinarla mejor. La furia le latía en las sienes como un tambor.

— ¿Quién te ha hecho esto, Aurelia?

Apartó la mirada.

— Freddy Delsarte.

— ¿Por qué?

— Vino hoy al almacén y me advirtió que me alejara de ti. Me dijo que me estabas vigilando y esperando a que cometiera un... error — gruesas lágrimas trazaron un sendero por su espesa capa de maquillaje.

— Le mataré por esto. Te juro que lo mataré.

Ella le tomó la mano y la acercó a su pecho.

— ¿Es cierto lo que dijo, Stephen? ¿Me estás vigilando? — en ese momento lo miraba directamente.

— Sí.

— ¿Por Charles?

— Te estaban vigilando porque han estado enviando mensajes en clave en tus embarques de seda desde Francia, y porque conocidos disidentes han sido vistos en tu compañía.

— Yo no sé nada de mensajes en los embarques — intentó alejar de su mente las cartas que había estado entregando al doctor Touillon.

— Entonces me alegro de saberlo.

— Mi madre está enferma y me ha estado enviando recaderos para recoger dinero de mi parte... y utilizarlo en contratar a una enfermera que la cuide.

— ¿Y Delsarte lo sabe?

Su pregunta la desconcertó y, en aquel momento, comprendió exactamente por qué Hawkhurst había sido enviado a Europa en misión del gobierno. Él era un hombre determinado, un hombre de espejos y humo, y más inteligente que cualquier otro que hubiera conocido.

— Mi madre vive en París y Delsarte insinuó que podía sufrir algún daño si yo no colaboraba.

— ¿Si no colaborabas? ¿Cómo?

— Vendéndole barato mi negocio, justo cuando está empezando a rendir buenos beneficios.

— ¿Y por qué habrías de hacer algo así? ¿Qué poder tiene Frederick Delsarte sobre ti para que te plantees siquiera hacer tal cosa?

Aurelia titubeó. Las grietas de su relación se ensancharían con la verdad, pero era poco lo que podía hacer para evitarlo.

—Para poder sobrevivir, mi madre llevó una vida de cortesana y, cuánto mayor se fue haciendo, menos se mostraron dispuestos a pagarle sus clientes. Sylvienne escogió un nombre que no era el suyo, pero yo la visité y... —no pudo continuar. Era culpa suya que todo aquello hubiera sucedido, después de todo, y para añadir la injuria al insulto, Freddy Delsarte se había convertido en uno de los amantes de su madre. Eso se lo había contado el propio Delsarte en el baile que dio Hawkhurst, insinuando de paso que deseaba saborear los encantos de su hija. El simple pensamiento la ponía enferma.

Las familias caían en desgracia y al final los indefensos quedaban expuestos a toda clase de vejaciones. La furia que latía por dentro afloró con la vergüenza.

—Se está muriendo de sífilis. Pude verlo en su rostro en aquel entonces y ahora lo sé por las palabras que me escribió.

Nunca le había contado aquello a nadie, pero la confesión le salió sola, y el alivio que sintió de poder compartir su mayor miedo fue abrumador. ¿Cuántas veces se había guardado las malas noticias para ella sola, enfermando de preocupación?

Había sido la fuerza y la seguridad de Hawk lo que había forzado aquella revelación. Él era un hombre cuyas opiniones valoraba y cuyo consejo seguiría. Los muchos años que había tenido que lidiar sola con cada problema hicieron que le temblara la voz.

—Shavvon piensa que eres tú quien está implicada en los mensajes en clave enviados a Francia. Si pudiéramos cazar a Delsarte y a Kerslake en tu lugar, tú podrías verte libre de cargos.

El horror de sus revelaciones la obligó a sentarse. Hawkhurst atravesó la habitación para volver con una gran copa de brandy.

—Toma, bébete esto. Te ayudará.

Hizo lo que le sugería, con el licor quemándole la garganta.

Esa noche él iba vestido todo de negro, lo que resaltaba el color oscuro de su cabello y el dorado de sus ojos. Aurelia pensó que el Servicio Secreto Británico tenía su nombre y la dirección de su familia, de sus hermanas y de su padre. Las imágenes de lóbregas prisiones y mazmorras asaltaron su mente, con disidentes políticos y asesinos pudriéndose en sus profundidades.

Detestaba la manera en que estaba temblando. Todos los sueños que había albergado desaparecían ante una realidad en la que no tenían cabida ni la esperanza ni el amor. Y sin embargo, cuando sintió sus brazos en torno a ella, atrayéndola a su calor, el frío de la noche se atenuó y los negocios y la política quedaron al margen: de repente fue como si solo existieran ellos frente al mundo. Allí, durante el escaso lapso que duró aquella suspensión de su juicio, su aliento se mezcló con el suyo y sintió sus dedos trazando senderos en la seda de su vestido.

—Shhh, corazón, todo saldrá bien. Te lo prometo.

Otra promesa. Otra manera que había tenido ella de complicarle las cosas. ¿Se cansaría alguna vez de sus constantes apuros? ¿Y qué haría ella cuando llegara ese momento?

Abrió los ojos de golpe. No podía depender de él de aquella forma, no podía renunciar a su propia fortaleza en un momento de agotamiento. Stephen Hawkhurst nunca le había insinuado que su relación fuera a convertirse en permanente, ni que buscara un despliegue más público de afecto hacia ella. Ella acudía a él al amparo de la noche y se marchaba antes de que rompiera el día, sigilosamente.

Esa noche, con la mejilla dolorida, Aurelia solo deseaba volver a su casa. Ese día no tenía sus defensas bien colocadas, algo que siempre le había parecido tan sencillo. No, las barreras que había erigido durante años temblaban y la pasión forcejeaba por liberarse, imponiéndose a la sensatez y a la responsabilidad, destruyendo todo sentido del deber para reemplazarlo por un puro y tentador deseo.

Las lágrimas se le agolpaban en los ojos. El doloroso latido de la mejilla lo empeoraba todo cien veces más, aunque cuando él se inclinó para cubrirle el rostro de delicados besos, como caricias de pluma, no pudo menos de sonreír.

—Si Delsarte vuelve a tocarte, lo mataré.

—¿Y pasar el resto de tu vida en prisión?

Hawk se rio al escuchar eso, pero el calor que Aurelia había empezado a sentir en su interior le quitó la idea de seguir hablando. Y cuando él la tumbó suavemente sobre la alfombra de lana frente al fuego, pudo distinguir en sus ojos los reflejos de las llamas.

Stephen se quedó mirando por la ventanilla mientras el carruaje se perdía calle abajo, alejando a Aurelia de él. Cerró los puños sobre los muslos, lamentando no haber podido acompañarla hasta su casa y velar así por su seguridad.

Cuidando de ella.

Aurelia. Incluso su nombre era hermoso.

«Si no amas, nunca pierdes», se recordó. «Si mantienes a la gente a distancia y tomas de ella solo lo necesario, podrás sobrevivir».

Pero los recuerdos de las noches pasadas juntos lo deslumbraron como fogonazos, haciéndole levantar la cabeza hacia algo que había echado de menos.

Amor. Y el amor no siempre se expresaba con palabras.

Había amor en las sonrisas que compartían y en su emocionada sinceridad de las noches. No podía ya seguir ciego y sordo a todas las cosas que le estaba diciendo Aurelia sin palabras. ¿Podría amarla él a su vez, de la manera que ella

necesitaba? ¿Podría arriesgarse a intentarlo?

Se alegró de que le estuvieran temblando las manos cuando se las miró, porque eso significaba que seguía teniendo un maldito corazón dentro del pecho. Y supo que esa noche no dormiría.

—Ha venido alguien a veros, milord —Wilson depositó una tarjeta sobre la mesilla y permaneció expectante mientras Hawk miraba la hora en el reloj del rincón. Las nueve y media. Había podido dormir algo después de todo y lo que quería decirle Shavvon debía de ser importante.

—Hágale pasar.

Alexander Shavvon parecía cansado y preocupado. No se anduvo con preámbulos.

—Freddy Delsarte, Henry Kerslake y la señora Saint Harlow han partido rumbo al norte. Se marcharon hace una hora.

El mundo entero pareció detenerse, como si una violenta sacudida lo hubiera trastornado por completo.

—¿Ella se fue por voluntad propia?

—Su sirviente fue encontrado con un bulto en la cabeza del tamaño del continente africano. Él insiste en que marchó a la fuerza.

La sorpresa dejó paralizado a Stephen.

—Han tomado la gran carretera del Norte, así que supongo que se dirigen a la residencia rural que Delsarte ganó hace cosa como de un año jugando a las cartas con el conde de Kendrick. Quiero enterarme de lo que Delsarte quiere de la señora Saint Harlow y lo que pretende hacer con ella. Cuando los hayáis localizado, avisad a los alguaciles de la localidad, mandad encerrar a Delsarte y Kerslake y registrad luego el lugar. Llevaos a la gente que necesitéis.

Hawk sacudió la cabeza.

—Iré solo, señor. Será más fácil pasar desapercibido.

—Muy bien. Ya he enviado hombres al almacén para ver qué es lo que pueden descubrir allí. La familia de la señora Saint Harlow tendrá que ser informada, pero retrasaremos el momento todo lo posible. No deseo que empiecen a correr rumores sobre la caída en desgracia de sospechosos que aún no hemos aprehendido.

Hawk se vistió y recogió su abrigo y su sombrero después de que Shavvon se marchara y pidió su caballo. Si Delsarte o Kerslake le habían tocado a Aurelia un solo pelo de la ropa...

—Concéntrate —musitó—, y ayúdala.

Un creciente nudo de terror le atenazaba el pecho.

Catorce

A Aurelia le latía dolorosamente la mejilla, tanto más cuanto mayor era el miedo que sentía. Delsarte y Kerslake la habían estado esperando en el almacén cuando llegó con John a Park Street aquella mañana, y habían insistido en que los acompañara en su carruaje. Cuando John se resistió, Delsarte llamó a otros cómplices y entre todos lo arrastraron fuera. Aurelia rezaba para que no hubiera resultado seriamente herido.

No tenía la menor idea del lugar al que se dirigían, pero ambos hombres parecían lo suficientemente furiosos como para hacerle daño si daba un mal paso. Detrás de ellos, en otro coche, iban los tres compinches que había visto en Park Street.

Rezó también para que su familia no se preocupara mortalmente por aquella desaparición tan extraña, cuando vieran que no volvía a casa. El corazón se le encogía solo de pensarlo.

Irguiéndose, miró al frente y apretó los dientes. ¿Sabría Hawkhurst lo que había sucedido? ¿Iría en su busca o se imaginaría que su implicación en aquel viaje era voluntaria y se desentendería de ella?

Tras una hora de trayecto, la vista de una posada hizo que Delsarte ordenara parar al cochero.

—Aquí —gritó, y el carruaje aminoró la marcha hasta detenerse ante un establecimiento que había visto mejores días. Cuando se detuvo, se volvió hacia Aurelia—. Espero que esta hora pasada en nuestra compañía os haya vuelto más razonable.

Esperó a que asintiera, abrió la puerta y descendió. Luego le tomó la mano y la ayudó a bajar, de manera burlescamente aparatosa y rimbombante.

El interior era aún peor que el exterior. El posadero era un hombre de aspecto desaliñado y lascivo. Aurelia se alegró de llevar un abrigo tan grueso cuando el hombre la agarró de un brazo para acercarla hacia sí.

—Una auténtica belleza, ¿eh, muchachos? Ese pelo rojo podría hacer arder a un hombre sin alma —una vaharada a fuerte licor acompañó el insulto.

Cuando Delsarte señaló una mesa junto a una ventana, Aurelia se sentó en el banco del fondo, con sus dos compañeros de viaje bloqueándole la salida. Los demás se acercaron a la barra y pidieron de beber.

—¿Qué es lo que sabe Hawkhurst de nuestra operación? —Delsarte hizo la

pregunta mientras encendía un fino cigarro.

—Nada. Él imagina que soy una traidora debido a la nacionalidad de mi madre.

—Respuesta equivocada —la voz de Delsarte era baja y peligrosa—. Nos ha estado haciendo seguir.

—Entonces preguntádselo vos mismo. Conmigo no va a discutir de sus motivos.

—Vos sois su amante, señorita Saint Harlow, y una mujer muy convincente. Yo creo que bien podríais averiguar cualquier cosa que desearais saber.

Aurelia se obligó a reír.

—Mi marido me consideraba una mujer con muchos defectos, señor. ¿Por qué su primo, lord Hawkhurst, habría de pensar otra cosa de mí?

—Os tenéis en bien poco, querida. Firmad el contrato de venta por la suma que os mencioné ayer y os enviaré de vuelta con vuestra familia. Ya lo veis, al final todo se reduce a dinero. Un concepto que vuestro marido habría entendido muy bien —esperó a que el posadero les sirviera dos vasos de cerveza y se retirara—. Si me hubieran llamado a mí a testificar en el juicio de su muerte, el juez habría mandado a John Samson a prisión por el asesinato de Charles Saint Harlow y a vos también, Aurelia, por haberlo encubierto. Porque yo estuve durante todo el tiempo allí, viéndolo todo desde la casa. ¡Con cuánta facilidad habría podido arruinaros!

La cruda sorpresa le aceleró la sangre en las venas. Sin embargo, no podía dejar pasar así como así el comentario.

—Pero si no hablasteis fue porque sabíais que Charles era un hombre peligroso e incontrolable, al que os convenía ver muerto. No hablasteis porque las orgías de Medlands os habrían implicado también a vos, y porque la alta sociedad victoriana no habría consentido semejante depravación. No hablasteis, en fin, porque en aquellas fiestas habían sucedido cosas que habrían arruinado la reputación de cualquier caballero, incluida la vuestra.

—Callaos —le ordenó con las venas de las sienes a punto de estallar.

Mientras Delsarte bebía un buen trago de cerveza, el recuerdo de la jornada de la muerte de Charles asaltó de golpe la mente de Aurelia. La sangre, los gritos, el silencio final.

Durante años había rezado para poder verse libre de su marido, y cuando vio que dejaba de respirar, el alivio que sintió fue indescriptible. Un asesinato con visos de justicia y un golpe de suerte para todo el mundo excepto para Charles. Aun así, le pesaba la vergüenza de todo ello.

—Ahora, con las inoportunas inquisiciones de Hawkhurst, tenemos un problema añadido que resulta muy peligroso para todos nosotros, señora Saint Harlow. Necesitamos dinero para desaparecer y esperamos conseguir esa cantidad de la venta de vuestro negocio de sedas.

Aurelia sacudió la cabeza.

—Habrás que firmar documentos legales con testigos. Esas cosas no se pueden hacer en un momento —se estaba agarrando a un clavo ardiendo, lo sabía, pero todo valía con tal de ganar tiempo para pensar en algo.

Kerslake sacó una carpeta de su cartera y le mostró los papeles de los que había estado hablando.

—Aquí mismo tengo todo lo que necesitamos para la transacción, incluida la persona adecuada para comprarla.

Fue entonces cuando comprendió. La mantendrían prisionera hasta que firmara la venta de su compañía.

—¿Tenéis a la «persona adecuada»?

Delsarte se echó a reír.

—Siempre tan inteligente, señora Saint Harlow. Por supuesto que la tenemos. Una firma vuestra, un suculento beneficio y una plaza en el primer barco que zarpe de Londres con la primera marea. Cuanto más sencillo el plan, mayor la probabilidad de éxito. Lástima que no podamos esperar más, dado el aumento continuo de vuestras ventas.

Todo aquello por lo que tanto había trabajado lo perdería con una simple firma. El futuro de sus hermanas. El bienestar de su padre. La enfermera de Sylvienne. Quedaría a merced de los acreedores con el resto de su familia, impotente para evitarlos. Tantos años de trabajo para nada. La vista del cuchillo que empuñaba Delsarte, debajo de la mesa, la obligó a tomar la pluma. Mientras hubiera vida, habría esperanza. Stephen Hawkhurst le había enseñado al menos eso,

La posada apareció ante su vista al cabo de cuarenta minutos de galope tendido. Hawkhurst había registrado cada escala entre Londres y aquel lugar de la carretera del Norte sin encontrar señal alguna de aquellos a los que buscaba. El carruaje de las cuadras que se alzaban junto a la destartada taberna llevaba poco tiempo allí. Un muchacho no mayor de diez años estaba cepillando los caballos.

Le lanzó una moneda.

—¿Quién ha llegado en este coche?

—Dos hombres, señor, y una mujer. Están comiendo dentro.

Otra moneda siguió a la primera.

—Da de comer y beber a mi caballo y consígueme otra montura.

—Solo queda Geordie, señor —señaló una vieja jaca que esperaba al final de las cuadras.

—Tendrá que servir. Volveré a buscar mi caballo dentro de unos días.

Cúdamelo bien —esa vez le ofreció una moneda de oro y el muchacho lo miró con los ojos desorbitados.

—Os lo protegeré con mi vida, señor. Os lo prometo.

Una vez fuera, Hawkhurst atravesó el patio para asomarse a la puerta de la taberna. Había como unas diez personas dentro. Buscó con la mirada a Delsarte y Aurelia y los localizó casi de inmediato. Un posadero se inclinaba en ese momento hacia ella para mirar un documento extendido sobre la mesa.

Jurando por lo bajo, se ocultó en la sombra de una ventana que estaba abierta, con su visillo sucio y desgarrado movido por la brisa.

Otros tres hombres de la misma catadura se alineaban ante la barra. Cinco oponentes. No habían sido pocas las veces en que había tenido que luchar contra más.

Aurelia estaba sentada muy rígida, con el moratón de la mejilla todavía más negro. La habían acorralado contra la pared. Solo podía dar gracias a Dios por haberla encontrado.

Como si ella hubiera adivinado su presencia, vio que barría la habitación con la mirada hasta que lo descubrió. Sus ojos de color desigual se abrieron aún más, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo. Una expresión de terror asomó en ellos cuando lo vio entrar en la taberna.

Hawkhurst estaba allí, en aquella misma habitación. No parecía ya el aristócrata que tan bien conocía, con su habitual encanto y su altisonante título. Había desaparecido el lord de exquisitas maneras y en su lugar había otro hombre, peligroso y amenazador, con el cuchillo en la mano como si hubiera nacido con él y una inmovilidad salvaje, feroz. No podía apartar la mirada de aquella hipnótica transformación y comprendió instintivamente que había estado en situaciones donde no solo había salvado vidas, sino que también las había quitado.

Se plantó ante una mesa antes de que tuviera tiempo siquiera de pestañear, derribando al hombre que intentó detenerlo de un solo puñetazo. El segundo opuso mayor resistencia y sacó también un cuchillo. Hawkhurst empezó a rodearlo, agachado, completamente concentrado en cada uno de sus movimientos, con la elegancia de un hombre grande que no era torpe ni pesado. Viéndolo, no pudo menos de preguntarse por lo que habría convertido a un hombre nacido lord en semejante guerrero. Cuando Hawkhurst dirigió la punta de su cuchillo contra el cuello de su desafortunado secuestrador, ella desvió la mirada.

La muerte tenía un rostro característico, y el pálido semblante de su marido cuando dio su último aliento asaltó su mente. Charles la había maldecido con el tono venenoso al que ella había estado tan acostumbrada, pero cuando expiró por

fin, ella no sintió... nada.

Todavía quedaban al menos cuatro contrincantes. Ignoraba cómo Hawk iba a imponerse a tantos.

Henry Kerslake sacó una pistola, pero Hawkhurst fue más rápido: con un leve movimiento le quitó el arma de la mano y le golpeó con la culata en la cabeza. Kerslake quedó como muerto. Delsarte simplemente huyó, desapareciendo por la puerta como una rata por un agujero, pero el posadero, furioso, se lanzó sobre Hawkhurst con un atizador en la mano.

Levantándose del banco, Aurelia agarró el único objeto que pudo encontrar: un gran fuelle de madera que colgaba en la pared que tenía detrás. No tenía absolutamente ninguna práctica en luchar, pero con la vida de Hawkhurst en juego, estaba deseosa de intentarlo. La madera crujió cuando impactó en el cráneo del hombre que tenía más cerca.

De repente todo terminó tan rápidamente como había empezado. Segundos después Hawkhurst estaba atando al posadero y a Kerslake con una cuerda que había sacado de un bolsillo. Ya no tenía el cuchillo en la mano, pero cuando se incorporó, Aurelia advirtió que esbozaba una mueca de dolor. Miró sus ropas a la busca de alguna herida y se alegró de no ver ninguna. Había triunfado con tanta facilidad que ella apenas podía creer en lo que acaba de suceder, el trabajo de un hombre entrenado durante años en el arte de la guerra.

Recogiendo los documentos de la mesa, Hawkhurst se acercó a la puerta abierta, donde se había reunido un grupo de gente. Clientes del local, a juzgar por su vestimenta, que contemplaban la escena con los ojos muy abiertos. Ella oyó sus susurros de asombro cuando Hawkhurst le quitó el pesado fuelle de las manos y ordenó a un hombre mayor que fuera a buscar al alguacil.

Con las piernas temblorosas, se sentó en el asiento más cercano. Estaba tan nerviosa que, sin darse cuenta, se puso a deshilar la tela de uno de los cojines. Era una vieja tela de organdí, de origen italiano, a juzgar por su brillo, y tan fuera de lugar allí como ella misma. Podía ya leer las preguntas en los ojos de lord Hawkhurst.

Cuarenta minutos después estaban en la carretera, cabalgando a lomos de un caballo de tan mal aspecto como el edificio que habían abandonado.

—Necesitaremos encontrar algún refugio antes de que estalle la tormenta.

Hawkhurst la envolvió en una tosca manta gris que había recogido de las cuadras para hacerla entrar en calor, aunque el frío era la última de las preocupaciones de Aurelia. Él no había hablado en todo el trayecto y ella sabía que, en su siguiente parada, habría cosas que querría preguntarle.

Cuando empezaron a caer las primeras gotas, él sacó el caballo del camino para ponerse a cubierto bajo los árboles y, casi inmediatamente, divisaron un pequeño establo abierto.

No se dirigió hacia el establo en línea recta, a través de los arbustos, sino que los rodeó para que las ramas rotas no traicionaran su paso. No dejó nada al azar, ninguna fácil pista de su recorrido. Desmontó en silencio y apoyó la palma de una mano sobre la tierra, escuchando. Escuchando las vibraciones, supuso ella. El viento hacía ondear su pelo, apartándolo de su bronceada nuca. Un hombre completamente en su elemento en medio de la naturaleza.

—¿Crees que nos seguirá alguien? —no alzó la voz, por precaución.

—Si nos marchamos antes de las primeras luces y seguimos rumbo norte, será más seguro, porque ellos nos buscarán en la carretera de Londres.

—¿Y no sería mejor dirigirnos directamente allí?

Incorporándose, la ayudó a bajar del caballo.

—En mi experiencia, lo más prudente es hacer exactamente lo opuesto de lo que esperan que hagamos, Aurelia.

Sujetándola de la cintura, la bajó hasta el suelo. El calor de aquel contacto resultó cautivador, sobre todo después del miedo que había pasado. Pero había preguntas acechando en sus ojos verdes y sabía que había llegado el momento de ser sincera con él.

Se alegró, por tanto, de que la soltara y retrocediera un paso, porque no habría tenido el valor de hacerlo si él la hubiera seguido tocando.

—Delsarte y Kerslake estaban en el almacén cuando llegué allí esta mañana —deteniéndose, respiró un par de veces antes de continuar—: Mi madre es francesa, como ya sabes, pero hay otras cosas que no te he dicho.

Él esperó.

Aurelia deseó que la voz no le temblara tanto, y tragó saliva.

—Te conté una vez que fui a visitar a mi madre después de la muerte de Charles. Creo que determinada gente sacó una impresión equivocada de lo que estuve haciendo allí.

—¿Cómo?

—Pensaron que era rica y me chantajearon para que les enviara dinero a cambio de la protección de mi madre.

—¿Y qué hay de las cartas que entregabas al doctor Touillon?

Detestó la manera en que se ruborizó, porque podía sentir el color de la vergüenza extendiéndose por su rostro.

—¿Sabes de su existencia?

Así que era verdad, todo lo que se había dicho de Stephen Hawkhurst. Él formaba parte del Servicio Británico y ella había sido capturada como un ratoncillo en una gran trampa. El corazón empezó a martillarle en el pecho.

—La inteligencia tiene sus propios canales. Con un pequeño empujón podrías acabar en la cárcel y, después de tener en cuenta tu historial... —dejó la frase sin terminar.

—Yo no sabía lo que contenían las cartas.

Esa vez su risa tuvo un timbre frío, distante.

—A la ley le importan un bledo las intenciones, Aurelia: ella solo trata con los duros y fríos hechos. Entregaste información procedente de Francia a un hombre acusado de libelo y sedición, con lo que gente inocente habrá pagado las consecuencias.

—Así que después de rescatarme de un destino fatal... ¿vas a entregarme a otro?

—No, maldita sea. Estoy aquí para salvarte de ti misma y, al hacerlo, puede que ambos resultemos sacrificados.

Su respuesta fue como una ducha de agua helada.

—¿Por qué?

—Solo Dios lo sabe, porque yo no —repuso y se dirigió al extremo más alejado de su refugio, con los puños cerrados a los costados como si estuviera lidiando con un problema mucho mayor del que había admitido—. Podrías ser una traidora, y eres una mentirosa. Tuviste alguna participación en la muerte de mi primo, y el hombre con el que trabajas, Henry Kerlake, es un conocido disidente. Y sin embargo aquí estoy yo, escapando de un grupo de maleantes en mi esfuerzo por protegerte —de repente se interrumpió y alzó la cara al viento, con una mano levantada ordenándole silencio.

El sonido de unos cascos de caballos se acercaba rápidamente desde el sur.

Aurelia contuvo el aliento, aterrada. Si Hawkhurst terminaba muriendo por protegerla... No. No pensaría en eso.

—El viento y la lluvia nos ayudarán —susurró él mientras la guiaba de vuelta al caballo—. Sube.

Esperó a que estuviera montada para sacar el jaco del establo. Para entonces caía una lluvia fuerte, fría. Aurelia se alegró de llevar su grueso abrigo y sus botas de invierno, pero aun así se puso a temblar.

El campo que atravesaban era irregular, cubierto de surcos. La media luna que asomaba detrás de los bancos de nubes iluminaba apenas un camino sin hollar. Echó de menos su sombrero, porque el agua le corría por la cara constantemente, resbalando por el cuello de su abrigo.

Pero, afortunadamente, ningún humano acechaba en lo oscuro. Solo las ramas de los árboles agitándose con la brisa cada vez más fuerte, formando remolinos de hojas en el aire. Hasta que de pronto sonó un disparo, muy cerca de ellos. Un rojo fogonazo penetró en la oscuridad, deslumbrándola. Sintió un pinchazo en el hombro y vio luego, a modo de respuesta, un reflejo de acero

cortando también la noche oscura: era el cuchillo de Hawkhurst, que fue a clavarse en una maciza figura a unos pasos de distancia. Era uno de los hombres de la posada. Cayó lentamente en el campo recién arado, encogiéndose al mismo tiempo. Muerto.

En el silencio que siguió, Hawkhurst se alejó para recuperar su cuchillo y el arma del hombre. Se encajó ambos en su cinturón mientras volvía con ella.

—Estaba solo. ¿Te encuentras bien?

Se llevó la mano al dolor que sentía en el hombro. ¿Le habían disparado? No tenía sangre y no encontraba agujero alguno en su abrigo. Quizá no había sido más que un tirón muscular, producido por la cabalgada.

Cuando ella asintió, Hawkhurst continuó la marcha llevando el caballo de la rienda. Alzaba la mirada al cielo las pocas veces en que la luna aparecía, como si fuera la señal del camino que buscaba. Aurelia se preguntó por qué no montaba con ella, aunque la respuesta estaba en el jadeo del caballo, cada vez más cansado.

Así fue transcurriendo la noche hasta que llegaron a un camino vecinal y él aminoró el ritmo de marcha. Su cojera resultó perfectamente visible con las primeras luces del alba.

Hawkhurst conocía aquel lugar, con los árboles flanqueando el camino y la fila de casas cara al viento. Había estado muchas veces durante los últimos años y la furia que lo había consumido empezó a menguar un tanto con la dulce promesa de la seguridad.

Por el momento, se encontraban fuera de peligro. Incluso la lluvia parecía haber aflojado con la primera luz del nuevo día.

—Aquella es la mansión de Luc y Lilly. Allí estaremos a salvo.

El portal de Woodruff Abbey era tan imponente como el resto de la casa, y Hawkhurst se alegró de que sus perseguidores tuvieran que pensárselo dos veces antes de asaltarlo. Volviendo la mirada hacia Aurelia, vio que parecía muy cansada. La palidez de su piel era alarmante. Que se hubiera involucrado en cosas que no debía no tenía nada que ver con su urgente necesidad de un buen baño caliente y ropa seca.

—Espero que no nos haya seguido nadie...

Su voz sonaba débil, lejana. Estaba encogida sobre sí misma, pegados los brazos a los costados y sin ningún interés por lo que la rodeaba.

La casa apareció por fin ante su vista.

El toque de Lillian se advertía por todas partes, con su sentido de la elegancia presente en la arquitectura y en los jardines y que transformaba lo que había sido un viejo y destartado edificio en un hogar.

Aurelia compartía con ella aquel mismo amor por las cosas hermosas, con sus sedas y tejidos de múltiples colores y tonos. Percibió la admiración en su comentario:

—Nunca antes había visto... un jardín color verde pálido.

Todo un flanco del sendero de entrada estaba plantado con especies de tonos verdosos, mientras, al otro lado, los rojos, naranjas y morados competían por ganar su atención.

Hawkhurst, mientras tanto, rezaba para que Luc hubiera regresado ya de Londres.

Se sentía enferma y con náuseas. La ordenada belleza de Woodruff Abbey contrastaba de manera dramática con la manera en que se estaba desarrollando su propia vida. Stephen Hawkhurst volvía a estar furioso con ella y el dolor de su hombro no se había atenuado.

Tanto color, ruido y movimiento la confundían, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Se las enjugó rápidamente, aunque sospechó que Hawkhurst las había visto, por la manera en que frunció el ceño.

Cuando se abrió la puerta apareció Lillian, con un vestido verde pálido, como las plantas de su jardín, y flanqueada por dos niñas. Lucas Clairmont también estaba allí, ceñudo. Aferrando las riendas con fuerza, Aurelia tragó saliva e intentó sonreír, aunque tenía los labios secos y rígidos. Se alegraba de estar sentada en el caballo, pasiva observadora viendo cómo los demás se saludaban efusivamente. Ni siquiera quería imaginarse el esfuerzo que necesitaría para desmontar. Un cachorro de perro se le había acercado y estaba saltando para jugar con sus botas, aunque una niña rubia de ojos muy azules se apresuró a apartarlo.

—Es nuevo, nuestro cachorrito, y todavía tiene que aprender buenas maneras. Mamá dice que aprenderá, pero Hope y yo pensamos que siempre será así de travieso —unos deliciosos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas, dando a Aurelia la impresión de que ella así lo esperaba y deseaba.

Hawkhurst se había acercado también y la miraba expectante.

—¿Te ayudo a bajar?

Ella se limitó a sonreír y sacudió la cabeza, porque de repente la tarea de desmontar se le antojaba demasiado colosal, demasiado difícil. Si pudiera quedarse arriba, por encima del mundo, observando a los demás, observando la vida... Su propio ser parecía estar retirándose de alguna forma con cada aliento, con imágenes del pasado desfilando extrañamente por delante de ella. Nada importaba ya. Estaba allí, a salvo, con Hawkhurst, y él era feliz. Podía verlo en sus ojos y en su sonrisa, rodeado por sus grandes amigos y en un lugar que parecía como salido

de un cuento de hadas.

De repente él se estaba acercando a ella, con el brillo de humor de sus ojos cambiándose por otro de preocupación al tiempo que le tendía las manos. El cachorro ladró, estridente, y la chiquilla gritó mientras el día se hundía en el caos.

Cerrando los ojos, se olvidó de todo lo demás para concentrarse en respirar. No podía hacer más.

Aurelia estaba más pálida que nunca, con la mirada vidriosa y distante, como una pequeña estatua a lomos de un cansado caballo, aferrándose desesperada a las riendas mientras empezaba a tambalearse.

Hawkhurst la sujetó alarmado, sintiendo su piel fría contra la suya cuando se derrumbó contra su pecho. La sensación de algo cálido y pegajoso hizo que la volviera cuidadosamente para descubrir que su abrigo estaba teñido de sangre allí donde ella se había apoyado. Aullando su nombre, con ella en brazos, entró en el salón azul, a la derecha de la puerta, y la depositó sobre un gran sofá. Luc y Lillian lo siguieron apresurados.

—¡Aquí!

El vestido azul tenía un agujero, por el que no dejaba de manar la sangre. Rasgó la tela, con los botones saltando al suelo, mientras le bajaba la prenda por los hombros.

Le habían disparado. El tiro aislado en el campo cercano. Y ella no había dicho nada. Por primera vez en una vida de espionaje y batallas entró verdaderamente en pánico mientras presionaba la herida con la palma de la mano para taponar la arteria, detestando al mismo tiempo la serie de posibilidades que desfilaron por su cabeza.

La mano de Luc en su hombro era la única cosa que lo anclaba a la realidad.

—Nuestro médico está en camino, Stephen. Y, en mi experiencia, las heridas como esta parecen peor de lo que son.

Lillian se había llevado a las chiquillas pero acababa de volver, con una expresión tan preocupada como la de su marido.

—¿Es grave?

—La culpa es mía. Debí haber previsto que nos seguirían. Debí haberla protegido...

Aquellos ojos azules escrutaban su rostro y él no pudo esconderles nada. El dolor y la angustia la impulsaron a soltar un juramento, a Lillian, siempre tan educada y controlada. Y de repente ella también estuvo a su lado, apresurándose a vendar el brazo de Aurelia con una larga tira de tela.

—No dejaremos que muera, Stephen. Ya no está saliendo tanta sangre, mira.

La hemorragia había cesado un tanto, pero el cálculo que hizo del volumen de sangre y el tiempo transcurrido le sirvió de poco consuelo. Había visto desangrarse a muchos hombres delante de sus ojos y siempre se habían quedado así de fríos y pálidos, como Aurelia.

Hawk se limitó a asentir. Con su mejilla lastimada y su pelo rojo fuego contrastando con su tremenda palidez, Aurelia tenía el aspecto de una sirena varada en alguna extraña playa. Sola y abandonada. Lo único que quería hacer era abrazarla, apretarla contra su pecho, pero cuando el médico apareció corriendo, no tuvo más remedio que apartarse.

—Tiene suerte —dijo finalmente el médico después de una detenida exploración de su brazo—. La bala pasó a través sin romperle nada. Hay una sustancial pérdida de sangre, por supuesto, que la ha debilitado mucho. Pero es joven y sana, así que se recuperará completamente —apoyó la mano sobre su frente antes de tomarle el pulso en el cuello—. Necesitará que alguien se quede con ella en caso de que le suba la fiebre. Si pudierais subirla arriba, lord Hawkhurst, a una de las habitaciones, le curaría allí la herida.

—A la habitación rosa, Hawk —dijo Lillian mientras él levantaba en brazos—. Hay un aguamanil grande y un sofá al pie de la ventana.

Le tocó la mano, y él se sintió reconfortado por aquel cálido y bondadoso contacto.

La carencia de equipaje no fue mencionada, ni Luc ni Lillian lo acosaron con preguntas sobre la agresión sufrida, aunque sabía que su amigo se moría de ganas de saber si corrían todavía algún peligro.

Esperaba que no los hubieran seguido hasta allí, pero rezaba todavía con mayor fervor para que Aurelia se sintiera mejor por la mañana.

Y, por debajo de todo, latía el problema de cómo podría protegerla del largo y todopoderoso brazo del Servicio Británico en general y de Alexander Shavvon en particular, un hombre que debía de estar preguntándose en aquel momento dónde diablos se habían metido los dos.

Quince

El parpadeo de una vela fue la primera cosa que vio, una diminuta llama naranja iluminando una preciosa habitación de tonos rosados.

Hawkhurst estaba allí, recostado en una silla cerca de la cama, con las piernas cruzadas y la cabeza torcida en un incómodo ángulo. Volviéndose para mirarlo, sintió una punzada de dolor todo a lo largo del brazo. Distinguió una mancha de sangre en la manga de su camisa, señal de que no se había cambiado de ropa ni bañado. Apenas podía tragar, de tan seca como tenía la garganta.

—¿Agua?

Él se despertó de golpe no bien ella hubo pronunciado la palabra. Aurelia acercó los labios al borde de la taza y bebió a pequeños tragos.

—¿Cómo te sientes?

Lo ignoraba, porque un violento dolor de cabeza hacía trizas todo pensamiento racional.

—A-asustada.

—Vivirás.

Las palabras sonaron fuertes y seguras, sin la menor duda en ellas. Se le ocurrió que, si él se marchaba, estaba completamente segura de que no sobreviviría a aquello.

—¿Te quedarás conmigo?

Él le tomó sin más la mano del brazo sano y se la llevó a los labios. Sintiendo la aspereza de su barba y el calor de su contacto, ella cerró los ojos.

«Te amo». La sinceridad de ese pensamiento le proporcionó una inmensa paz mientras una solitaria lágrima rodaba por su sien para terminar cayendo en su cabello. El miedo también perdió fuerza, con su mundo reducido a aquella habitación de color rosa. Como la seda de aquellas altas cortinas de la mejor calidad o el mobiliario que recordaba antiguas épocas más benévolas.

A lo lejos pudo escuchar el primer canto de los pájaros saludando el alba.

—Pronto será de día —dijo Hawk, suavizada ya la expresión de sus ojos, teñida de alivio. No le soltaba la mano.

—¿Dónde estamos? —le costaba recordar.

—En Woodruff Abbey. La residencia rural de Luc y de Lillian.

Su voz era lenta y suave, y hablar de otra cosa que no fuera su estado la tranquilizaba.

—¿Es segura?

—Sí.

La palabra era como un tesoro de confianza. Delsarte y las implicaciones de espionaje y engaño se le antojaban en ese momento lejanas, como si pertenecieran a otro tiempo y a otro lugar. En Londres su familia estaría enferma de preocupación, pero en aquel instante necesitaba pensar en sí misma.

Sonrió. Ya no estaba sola. Cerrando los ojos, se durmió.

—Deberían fusilar a Delsarte por esto.

—Lo fusilarán, seguro.

—¿Y Aurelia Saint Harlow? ¿Qué le sucederá a ella?

Stephen se apoyaba en la balaustrada, mirando el jardín que se divisaba desde un lado del dormitorio.

—La herida es solo una más de las muchas preocupaciones de Aurelia, Luc, porque si Shavvon descubre su implicación en el espionaje francés, entonces no se me ocurre una sola manera de salvarla.

No, eso no era del todo cierto. Hawkhurst meneó la cabeza mientras lo pensaba, porque había una. Si se casaba con ella en aquel mismo momento, su nombre podría garantizarle protección suficiente.

Luc parecía estar siguiendo ese mismo rumbo de pensamientos.

—Shavvon está en deuda contigo, Stephen, y si capturaras a Delsarte y a quienquiera de su grupo que todavía quede con vida, eso pondría punto final a la situación.

—Quizá.

El título de Atherton era antiguo y honorable, y muy rara vez los aristócratas se veían obligados a responder ante los tribunales. Además, bajo la ley, una pareja unida en matrimonio constituía una unidad jurídica, y él podría defenderse mucho mejor de lo que podría hacerlo Aurelia.

—Lilly piensa que ella ya ha sufrido demasiado en su vida y que necesita protección.

Experimentó una punzada de furia. Si Woodruff Abbey era hermosa, entonces Atherton lo sería mucho más, y el lujo y las comodidades del lugar suavizarían las aristas de los obstáculos que se interpusieran entre ellos. Él podía ayudarla, y si ella consentía, y a cambio...

Aurelia no era como Elizabeth Berkeley y todas las otras damas que andaban a la caza de sus riquezas o sus títulos. Ella no quería joyas ni vestidos, ni el último carruaje de moda o el más grande de los diamantes. No podía imaginársela haraganeando en la alta sociedad, coleccionando chismes o

disfrutando de los escándalos. Dios, ella había sido la víctima de una las más terribles calumnias y había experimentado en carne propia el dolor y el sufrimiento que aquellos rumores causaban.

Había protegido al padre de una muchacha violada por Charles y había soportado durante años las sospechas dirigidas contra ella. No, Aurelia no se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido, algo de lo cual se sentía agradecido. Ella tenía una personalidad propia, firme y valiosa. Tener alguien así a su lado sería... maravilloso. Se sonrió al pensarlo.

El médico le había asegurado que se encontraría en condiciones de viajar para finales de aquella semana y, antes de eso, él tenía un trabajo que hacer. Con Delsarte encerrado y finiquitados los problemas del almacén de Park Street, él estaría en mejor situación de ayudarla.

Primero, sin embargo, contrataría una guardia para que vigilara Woodruff Abbey durante su ausencia, solo en caso de que Delsarte hubiera llegado a enterarse de sus movimientos.

Lillian Clairmont era una de las mujeres más bellas que había visto nunca, con sus ojos claros, su cutis perfecto y su extraordinario gusto por la moda. Ese día llevaba un vestido amarillo melocotón, todo un contraste con los tonos más apagados que había lucido durante los últimos días, y el color sentaba maravillosamente a su piel. Aurelia se preguntó cómo se vería con la dorada seda de los telares de Macclesfield, y se propuso enviarle un rollo como regalo de agradecimiento cuando estuviera de vuelta en Londres. Antes de abandonar la posada, Hawkhurst se había preocupado de recoger los documentos relativos a su negocio, que en ese momento se hallaban bien guardados, por lo que en ese aspecto nada tenía que tener. Se aseguraría de poner también sus ganancias a buen recaudo, una vez que regresaran a Braeburn House.

¿Regresaran ellos, los dos? Frunció el ceño.

Hawkhurst ya no estaba allí, en Woodruff Abbey. Lo sabía porque Lillian se lo había dicho el día anterior durante una conversación, y porque habían pasado cuatro días desde la última vez que estuvo velando su sueño hasta el amanecer, tomándole la mano. Se reprimió de preguntarle si volvería, dado que con el episodio de Delsarte y las cartas entregadas a Touillon era posible que no quisiera volver a verla nunca más.

El dolor que eso le producía era superior incluso al del agujero de bala.

—Pensé que quizá hoy te apetecería tomar un baño. Mi doncella te lavará el pelo y podrás salir un rato a disfrutar del sol en el jardín. Las peonías rosas han salido, y también los flores blancas de iris.

Estaba a punto de declinar la oferta cuando una doncella atravesó la habitación portando un vestido de color crema claro en un brazo y unos zapatos y un chal a juego en el otro.

—Mi marido siempre está diciendo que tengo demasiada ropa, así que me harías un gran favor si aceptaras algunos vestidos míos. Con un poco de ayuda, estarás otra vez de lo más presentable.

La amabilidad de su tono la desarmó.

—Las matronas de la sociedad londinense os habrán advertido en contra de mi persona, señora Clairmont. Y creedme si os digo que muchas de ellas habrían calificado vuestra asistencia de imprudente e injustificada.

La esposa del amigo de Hawkhurst simplemente se echó a reír.

—Luc me enseñó a seguir los dictados de mi corazón y hace tiempo que he decidido hacer eso mismo.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras desviaba la mirada. Lillian Clairmont le estaba demostrando la misma generosidad que Cassandra Lindsay; ambas habían sido más que amables con ella. Deseó que hubieran podido ser buenas amigas, como las de los personajes de los libros que solía leer en la biblioteca de su padre: mujeres leales y fieles para siempre entre sí. Pero, en las presentes circunstancias, aquello no era más que una ilusión que no le convenía albergar.

—No por nada recibí una herida de bala en el brazo y son muchas las cosas que no debería haber hecho.

—Bueno, a Alfred le gustas.

—¿Perdón? —de repente no entendía el nuevo giro de la conversación.

—El tío de Stephen. Él piensa que tú eres la respuesta a sus oraciones y ha estado ensalzando tus virtudes a todo el mundo. Dice que piensas en todos salvo en ti misma y que ya es hora de que alguien te acoja bajo su ala y se preocupe por ti.

—¿Alguien?

—Hawk, supongo —soltó una risita, y como todo se le antojaba tan ridículo, Aurelia rio con ella.

Era tan maravilloso reír, dejar que el miedo y las preocupaciones se convirtieran en algo completamente diferente allí, en aquella hermosa habitación, con el sol de la tarde iluminando el florero de rosas del mantel de la chimenea...

Rosas naranjas. La perfección con que combinaban con los tonos más pálidos de la habitación resultaba sorprendente.

Lillian la sorprendió de nuevo cuando se inclinó para ponerle suavemente la mano sobre su brazo herido.

—Stephen necesita volver a ser feliz y yo creo que tú eres la persona adecuada para conseguirlo.

—Él piensa que soy una traidora.

—¿Y lo eres?

—No.

—Bueno, entonces haz que se dé cuenta de quién eres realmente. Lleva toda la vida solo y sometido a un trabajo que le ha consumido el alma. Antes solía reír más. Sería maravilloso verle volver a hacerlo.

Aquellas palabras marchitaron la alegría de Aurelia porque durante los ocho últimos años la risa había estado tan ausente de su vida como de la de él. Aun así, recordaba un tiempo en el que la alegría la había llenado de un optimismo que Charles había negado por completo.

—Gracias por haberme acogido y por... —le temblaron las manos mientras abarcaba la habitación con un gesto y, para su horror, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas—. Yo no suelo llorar —logró decir mientras la bella Lillian Clairmont, sentada en la cama a su lado, la atraía hacia sí con cuidado de no tocar el grueso vendaje.

—Entonces me alegro de que seas capaz de hacerlo conmigo.

Su perfume tenía un aroma a flores frescas y la habitual reticencia de Aurelia fue reemplazada por un deseo de explicarse.

—Mi madre está en París y el hombre que me disparó formaba parte de un grupo que había amenazado su seguridad. Yo lo que quería era salvarla, pero ahora creo que lo he empeorado todo terriblemente.

—A veces la acción directa no es ni tan fácil ni tan directa como a una le gustaría que fuera, pero hay gente que podría ayudarte si los dejas.

—Si te refieres a Stephen, ya se ha marchado y yo no sé cómo contarle nada de todo esto.

—Se ha ido en busca de Delsarte y volverá tan pronto como pueda.

—¡Oh! —Aurelia se levantó de la cama. De repente un buen baño y un vestido nuevo le parecían una muy buena idea.

Delsarte se había escondido en un agujero como la rata que era y Hawk no podía encontrarlo por ninguna parte. Suponía que habría dejado Inglaterra, aunque un presentimiento le decía que no. Pero con las lluvias del norte los caminos se habían convertido en ciénagas y cualquier huella que hubiera podido dejar se la había tragado el barro.

Escrutando los cielos, rodeó las últimas colinas de los alrededores de Woodruff Abbey. Una tormenta oscurecía el cielo, con un arco iris rescatando los últimos colores de la luz del día. El edificio que se distinguía a través de los fresnos era hermoso, si bien él habría preferido tener Atherton delante, con sus torres de

color crema y oro y sus gruesos muros almenados reclamándolo como ningún otro lugar había sido capaz de hacer.

Había transcurrido mucho tiempo desde que volvió. Los recuerdos de la familia que le fue arrebatada por la enfermedad no lo habían animado precisamente a regresar. Al menos no lo habían animado a regresar hasta ese momento, hasta que la visión de Aurelia Saint Harlow honrando con su presencia los jardines, el salón y su dormitorio había logrado cancelar el pasado.

—Dios —susurró la palabra en medio de la noche mientras espoleaba de pronto su montura, alarmado por las sombras de Woodruff Abbey. Las cortinas de la habitación de Aurelia estaban corridas. Se dio cuenta de ello cuando contó las ventanas del primer piso, encima del pórtico. ¿Habría empeorado su herida? ¿Le habría vuelto la fiebre? El diagnóstico del médico, ¿había sido realmente tan acertado como él había esperado que sería? Sus dedos se tensaron sobre las riendas mientras fruncía el ceño, angustiado.

Fue entonces cuando la vio, atravesando los jardines del ala oeste de la casa, con los setos oscureciendo su figura antes de que atravesara el arco vegetal de entrada para detenerse a esperarlo junto al sendero. Vio que lucía un vestido de Lilly, una seda de color crema que destacaba en la creciente oscuridad. Llevaba el cabello casi suelto, recogido en un flojo nudo detrás de la cabeza del que escapaban los mechones rizados, de un rojo fuego contra su piel blanca. El brazo izquierdo lo llevaba inmovilizado y pegado al pecho por un cabestrillo, con el nudo atado en un lazo.

—¿Estás bien, Hawk? —recorrió su cuerpo con la mirada mientras hacía la pregunta.

—Delsarte se me escapó, aunque tengo alguna idea del lugar al que es posible que se dirija.

Si ella sintió alivio, no lo demostró. Sus labios se curvaron en una sonrisa inexpresiva.

—Cuando Lucas Clairmont regresó ayer sin ti, yo imaginé que quizá... —vaciló por primera vez, interrumpiéndose para tragar saliva antes de continuar de nuevo—: Pensé que podrías haber vuelto a Londres.

—¿Pero esperabas mi regreso, de todas formas?

Aurelia desvió la mirada hacia la casa, titubeante.

—No quería que resultaras herido por mi culpa.

—Las cartas que entregabas a Touillon no eran más que un señuelo destinado a despistar sobre el verdadero trabajo de espionaje de Delsarte. Los embarques de seda eran un medio fácil de enviar los mensajes. Kerslake lo ha confesado todo a cambio de la oportunidad del perdón —no esperaba que entendiera lo que significaban esas palabras—. A veces es prudente sacrificar la libertad de uno por la captura de muchos.

—¿Incluyéndome a mí?

Hawk se volvió, porque podía ver en sus ojos exactamente lo que sabía que reflejarían los suyos.

—¿La gente para la que trabajas me está buscando ahora a mí? —el miedo de su expresión se transformó en pánico.

—Hay otra manera.

—¿Qué manera?

—Puedo casarme contigo —deseó haber proyectado mayor emoción en sus palabras mientras las pronunciaba—. El nombre de mi familia podría protegerte.

—No.

—No hay más remedio, Aurelia, porque la traición implica un castigo muy severo.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Casarse con un hombre que no te quiere viene a ser una penitencia similar.

—¿Estás hablando de Charles?

Inmóvil como estaba, el color crema de su vestido quedó bañado de un dorado brillante.

Lord Stephen Hawkhurst se casaría con ella movido por su sentido del honor y por el peligro en que ella se encontraba. Vincularía su nombre al suyo solamente a efectos de amparo y protección, sin que la palabra «amor» hubiera sido pronunciada en ningún momento.

¿Traición? ¿Podrían procesarla por eso? Tenían ya el testimonio de Kerslake, cuya liberación dependía del alcance de su confesión. Henry no sería clemente con ella. Lo sabía. La presentaría bajo una luz que la favorecería muy poco, porque al hacerlo incrementaría sus posibilidades de obtener el perdón.

Detestaba la manera en que se le había acelerado el pulso. Todos los sueños que había albergado desaparecían ante una realidad en la que no cabían ni la esperanza ni el amor.

—No creo que comprendas la gravedad de tu situación ni la rapidez con la que el Servicio Británico podría actuar contra ti.

—¿Pero me lo dirás tú?

—Ellos saben quién eres, y a no ser que nos marchemos inmediatamente, yo no tendré esperanza alguna de impedir que te trasladen al sur para acusarte. Atherton es la única opción de protección que tienes.

—¿Atherton? —aterrada como estaba, no entendía lo que quería decir.

—Mi título y mi casa solariega. Colgar a la esposa de un aristócrata lleva

muchísimo más trabajo.

Un argumento pragmático y funcional. Se le secó la garganta ante el pensamiento de una unión sin amor. La historia se repetía.

Todo iba de mal en peor. Aquellas palabras se clavaron en su corazón como la rama de punta afilada que se había hundido en el pecho de Charles.

«Ámame, Hawk», quiso susurrarle. «Ámame de la misma manera que yo te amo a ti, e incluso aunque muriera mañana mismo, todo habría merecido la pena».

Pero en sus ojos no podía ver nada salvo la necesidad de partir cuanto antes cuando la agarró de un brazo para llevarla hacia la casa, a paso presuroso.

Lucas Clairmont los recibió en la puerta y, tras una rápida conversación con Stephen, mandó a un sirviente a buscar un grueso abrigo que ella reconoció como perteneciente a su esposa.

Todo había terminado, y lo que único que podía hacer ella era seguir a Stephen a las cuerdas de la casa y dejar que la ayudara a subir a un carruaje. Un carruaje cargado ya con una cesta de comida en un asiento y dos pesadas mantas en el otro.

Dieciséis

Aurelia evocó aquella única otra ocasión en que había acudido a Atherton con Charles, poco después de su matrimonio. Con sus recargados torreones alzándose en su fachada de tres plantas, su estampa era todo un espectáculo. Piedra de color crema brillando a la luz del atardecer, un detalle que daba la impresión de un castillo de luces. Un parque perfectamente cuidado que descendía hasta un lago, numerosos puentes cruzando los canales y un paisaje espectacular que se perdía en la lejanía.

Los gruesos muros almenados de Atherton debían de haber sido antaño una fortaleza, y no resultaba difícil imaginar a los ancestros de los Hawkhurst recorriendo sus parapetos y rechazando el asedio de algún feroz enemigo.

Como ellos lo estaban quizá haciendo, en ese momento. Hawkhurst había sido muy cuidadoso en su recorrido a través de la campiña, comprobándolo todo, acechando en pequeños senderos mientras vigilaba el camino principal, posible ruta de sus perseguidores.

—¿Es segura la casa?

Hizo la pregunta porque no quería ser la serpiente que acarrearía problemas al jardín del Edén.

—Mucho —no hubo vacilación en su respuesta mientras contemplaba los ondeantes gallardetes de la casa solariega de los Hawkhurst, con el halcón negro destacando en un cheurón dorado, sobre campo azul celeste.

Generaciones de Hawkhurst habían combatido bajo aquellas banderas y muerto por causas mucho más nobles que la suya. Se preguntó por lo que estaría sintiendo Hawk, ya que había hecho muy pocos esfuerzos por entablar conversación con ella, y en sus ojos había vislumbrado la amenaza de una irritación que resultaba descorazonadora.

¿Se estaría preguntando por qué la había llevado allí? ¿Desearía acaso estar de vuelta en aquel momento en Londres, junto a la bella Elizabeth Berkeley, su pura e inocente diosa, y no haber tenido nunca que cruzar media Inglaterra huyendo de una banda de esbirros por su culpa?

La llegada de los sirvientes a la puerta principal la devolvió a la realidad. Doncella tras doncella y criado tras criado se fueron alineando a lo largo del sendero circular de entrada. Stephen no volvió ya a tocarla.

—Simpson —Hawk estrechó la mano del hombre que se adelantó, para

luego saludar amigablemente a los demás—. Esta es la señora Saint Harlow, mi futura esposa.

El asombro dejó paralizada a Aurelia mientras una expresión de reconocimiento desfilaba sin palabras por la fila de sirvientes. El nombre de Saint Harlow resultaba poco saludable y la temprana muerte de Charles debía de haber sido tema de conversación durante meses entre el servicio del castillo. Además, la idea de un matrimonio discutido privadamente entre ellos era muy diferente de un anuncio público y directo.

Le dolían el hombro y la mejilla, y aquella charada era lo último de lo que deseaba formar parte. Aun así, dado el largo brazo de la ley, sabía que protestar delante de tanta gente habría sido una imprudencia.

Finalmente entraron en la casa, pasando a un vestíbulo principal lujosamente amueblado. Cuando la puerta se cerró detrás de la última doncella, se hizo un silencio y Aurelia deseó que, en lugar de adoptar una expresión tan feroz, Hawk caminara simplemente hacia ella y la tomara en sus brazos para besarla.

Ese beso podría arreglarlo todo: su preocupación, su temor, su dolorosa certidumbre de estar a punto de contraer otro matrimonio equivocado.

—El vicario de la capilla Atherton nos casará a primera hora de la mañana.

—¿Sin bandos?

—Ya me ocuparé yo de eso —respondió con tono seco y cansado.

—Si existiera otra manera de que encontrara protección, entonces creo que deberíamos considerar...

Pero él la interrumpió:

—No la hay, Aurelia.

Bajando la mirada al vestido color crema que le había regalado Lillian, Aurelia descubrió que las muchas horas pasadas en el camino habían arrugado la seda. Hawk no ofrecía mejor aspecto, con su chaqueta sucia y sus pantalones y botas cubiertos de polvo.

—Estoy segura de que nuestra unión será muy mal vista por todos aquellos que lleguen a saber de ella —intentó disimular el temblor de su voz.

—Entonces confiemos en mantenerla en secreto durante un tiempo más. Llevo trabajando cerca de una década para el Servicio Británico y lo menos que me deben de todo este fiasco es el derecho a unas semanas de silencio.

«Fiasco». Se preguntó si podría él escuchar el sonido de su corazón al romperse en mil pedazos mientras rumiaba sus opciones.

—Las anulaciones nunca son bien vistas, y además son complejas y dificultosas de conseguir. Yo no podría permitirme el dinero necesario para pagar una.

—Basta, Aurelia —se golpeó con fuerza un muslo con la mano y levantó con ello una nube de polvo, con las diminutas motas girando en el último rayo de sol.

Pronunció su nombre de una manera que la hizo levantar la mirada. La insinuada protección de su tono resultaba sorprendente y de pronto se quedó sin aliento. ¿Acaso estaba decidido a ayudarla porque la deseaba, porque la necesitaba como ella lo necesitaba a él? La esperanza floreció en su pecho con un fervor que se esforzó todo lo posible por esconder.

Aquellos ojos de color dispar expresaban la clase de prudencia que tantas veces había visto en ellos. Ella no quería casarse con él, eso era seguro, pero incluso enfrentado a tan estridente oposición no podía ser amable. La arrastraría hasta el altar en caso necesario. Y el vicario llevaba suficiente tiempo a su servicio como para entender lo que la deshonra significaría para Aurelia.

Se saldría con la suya porque era el lord de Atherton y porque las contribuciones que pagaba a la iglesia eran tan generosas como frecuentes. Insistiría en la celebración de la ceremonia porque, sin ella, Aurelia Saint Harlow quedaría a merced de los caprichos de la ley.

—La capilla familiar está por allí.

Aurelia suspiró profundamente. Había dormido toda la noche de un tirón y aquella mañana se sentía capaz de lidiar con todo. Al despertarse había encontrado el vestido que le había regalado Lillian colgado delante del armario, ya perfectamente limpio y planchado. Dejó su cabestrillo sobre una silla.

Mientras Hawkhurst abría las dobles puertas que tenía detrás, Aurelia descubrió las filas de bancos de lustrosa madera con sus cojines de terciopelo y sus libros de oraciones. El techo era abovedado y las ventanas de cristal emplomado de colores, con el Niño Dios coronado de flores sobre las rodillas de la Virgen María.

De pie en la cabecera esperaba un anciano sacerdote. Su cabello y cejas blancas atestiguaban su proveya edad.

—Empezaremos cuando estéis listo, milord —ordenó los pocos papeles que tenía delante.

Hawkhurst ni siquiera la miró mientras la invitaba a avanzar y Aurelia se sintió como si se hubiera embarcado en una parodia que no pudiera detener, en un matrimonio que no era más que una pura farsa.

—No creo que...

El sacerdote se interrumpió momentáneamente para mirarla, desafiándola con sus penetrantes ojos a continuar.

—Eres hija de Dios y, como tal, mereces la santidad que es la más gozosa de

las celebraciones del Todopoderoso.

¿Gozosa? Evocó su anterior matrimonio con un estremecimiento. Sobre el altar había un jarrón con flores del jardín y varios sirvientes de Atherton permanecían sentados en silencio detrás de ella.

Los testigos.

El contraste con su matrimonio con Charles, con toda su ceremonia y su solemnidad, no habría podido ser mayor.

Ya el órgano había empezado a sonar, con una música suave que inundaba la capilla, lo único hermoso de todo. Se le apretó el nudo que sentía en la garganta ante la pureza de aquellas notas.

Le habría gustado que su tío hubiera estado allí, de pie a su lado, o Lucas o Nathaniel, pero no había nadie salvo las filas de sirvientes, todos bien vestidos y peinados. Tenía la boca seca y el sudor hacía que le picaran las palmas de las manos ampolladas por los largos días empuñando las riendas del caballo.

El día de su matrimonio: el primero y el último. Quería inclinarse hacia Aurelia, tomarle la mano y apretársela bien fuerte como para decirle que no todo estaba perdido, y que aunque ella sintiera todo aquello como una farsa, para él era... perfecto.

La simple palabra le hizo sonreír. «Perfecto» significaba un consentimiento sin concesiones. «Perfecto» significaba conformidad, aprobación y la necesidad, don de Dios, de la unión a la que estaban a punto de comprometerse. «Perfecto» presuponía la existencia de una historia anterior entre ellos que desembocaba en aquel momento. Pero el ceño fruncido de su futura esposa negaba tal aquiescencia.

—Estamos hoy aquí para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio —la voz de Johnathon Cattrell era baja y firme, la promesa de un futuro bien pronunciada. Cuando Stephen bajó la mirada, vio que los nudillos de Aurelia estaban blancos de la fuerza con que apretaba los puños.

Sus padres se habían casado allí, al igual que sus abuelos y todos los otros Hawkhurst que lo habían precedido. Cuando el sacerdote requirió el anillo, se sacó el sello de los Atherton del dedo. Aquel anillo de oro resultaba demasiado grande, pero era todo lo que tenía. Aurelia no pudo ofrecerle ninguno, pero Johnathon obvió el problema como un detalle más en aquella extraña ceremonia.

Entonces todo terminó. Marido y mujer. Para siempre.

La tomó de la mano y ella no lo rechazó. Los criados los siguieron fuera de la capilla, sonrientes y aplaudiendo.

El almuerzo nupcial fue suntuoso, con la mesa principal flanqueada al menos por otras diez, decorada cada una con las mismas flores silvestres que

habían adornado la capilla.

Todo tipo de carnes se exhibían en grandes fuentes, acompañadas de verduras, frutas, salsas y una selección de tartas heladas. Grandes jarras de vino y otras más pequeñas de zumo de naranja habían sido dispuestas entre la comida. Las copas eran todas de cristal y los platos de fina porcelana blanca.

Cuando Hawkhurst se levantó, se hizo un silencio entre los comensales.

—Bienvenida a Atherton, lady Hawkhurst. Espero que lleguéis a amar este lugar tanto como yo, y que los años venideros de nuestra vida lo sean de felicidad —alzando su copa, hizo un brindis—. Por lady Aurelia, la más bella novia que hombre alguno podría desear.

Su nombre resonó en la sala, y en los ojos de aquellos que la rodeaban descubrió Aurelia un sincero y cálido brillo de bienvenida. Probó el vino y sintió que empezaba a relajarse. «La más bella novia que hombre alguno podría desear». ¿No era pues una mujer mancillada, traidora a su patria? ¿No era entonces una mujer con la que había tenido que casarse a la fuerza?

Nunca antes había visto a Stephen en aquel escenario, rodeado por sus sirvientes y sus trabajadores. Allí no parecía tanto un lord como una parte más de una inmensa propiedad que exigía colaboración y respeto. Se preguntó cuántos aristócratas de Londres habrían sido capaces de lograr aquella transición con tanta facilidad.

Pensó también en el momento en el que se quedarían a solas, una vez terminado el festín. Un torrente de calor invadió su cuerpo, feroz y posesivo, y cuando sintió el roce de su brazo, no se apartó sino que se quedó quieta, disfrutando del leve contacto.

Su marido. Su amante. Para siempre. Bebió un sorbo de vino, y otro más.

Aurelia estaba apoyada contra él, con Hawk complacido de tenerla a su lado. Ese día había algo diferente en ella, una serena aceptación que resultaba visible en sus ojos y en su risa.

La señora Simpson la estaba obsequiando con variadas anécdotas de la vida familiar de los Hawkhurst, cuando él era niño, mientras ella la escuchaba con atención.

Un nuevo comienzo para Atherton. Una nueva oportunidad de normalidad.

—¿Os criasteis al lado de hermanos o de hermanas, milady? —le preguntó interesada su ama de llaves.

—En realidad no. Mis hermanastras son mucho más jóvenes que yo, y mi madre ya se había marchado.

—Entonces necesitaréis fundar aquí una gran familia, para aliviar vuestra

soledad.

La risa que acompañó aquel comentario hizo ruborizar a Aurelia e impulsó a Stephen a intervenir. Quizá había llegado el momento de retirarse. Ya los invitados se estaban volviendo ruidosos, efecto de la jornada ociosa y de la buena comida.

El dormitorio era el de Hawkhurst. Aurelia lo supo por los libros, por el escritorio y por el armario que contenía ropa que era exactamente de su medida.

—No he vivido mucho aquí durante estos últimos años, así que esta habitación está llena de reliquias del pasado.

Se acercó a una mesa a curiosear un globo terráqueo que descansaba sobre un soporte con la figura de un dragón.

—¿Cómo esto?

Lo hizo girar, con los colores de tierras, ríos y océanos fundiéndose en uno solo.

Él se echó a reír.

—Siempre encontré fascinantes los viajes. Si te acercas, verás marcas en todas las tierras que deseaba visitar.

—¿Y lo has hecho?

—Con la mayoría, sí.

—¿Y qué me dices del reloj de bolsillo?

—Era de mi hermano. Nunca volví a darle cuerda después de su muerte.

—«El tiempo se mueve en la buena dirección y en la mala», solía decir mi madre —lo miró y vio que se había aflojado el pañuelo de cuello. Había un brillo dorado en sus ojos de terciopelo—. Ojalá no me hubiera casado antes. Ojalá esta fuera mi primera vez y que... y que nos hubiéramos conocido en aquel entonces, cuando era más joven. Te habría gustado más.

Él volvió a reír.

Se miró en el espejo de la pared: tenía el color subido y le brillaban los ojos. Se parecía a las muchachas que Charles había llevado a Medlands durante su primer año de matrimonio, con sus fiestas salvajes y desenfundadas que habían exigido la clase de buena disposición femenina que ella había visto en las expresiones de deseo de los participantes.

Gracias a Dios que no se encontraba de vuelta allí, moviéndose como un fantasma por las escasas habitaciones que le habían dejado utilizar, siempre temerosa y nunca segura de nada.

Aquella relación no podía ser como la que había tenido con Charles. No podría soportar un nuevo matrimonio frío y sin amor, presidido por el miedo y la

desconfianza. Aquella relación tenía que ser diferente, mejor, real.

Sacudiendo la cabeza, se reprendió por albergar semejante fantasía. Era el deber y la obligación lo que los había unido. Miró los grandes cojines de la cama y la jarra de vino y las dos copas dispuestas sobre una mesa cercana.

La posesión de aquel título conllevaría expectativas y una de ellas, la resultante de un matrimonio tan defectuoso e improvisado, sería la de engendrar hijos. Herederos que dieran continuidad a la secular estirpe de los Hawkhurst y se vincularan con sus ancestros. La antigüedad mandaba en un castillo como Atherton y su historia era más poderosa que las necesidades de cualquier individuo. Que las de ella, sobre todo.

Con Charles había rechazado toda intimidad tan pronto como se dio cuenta de la clase de hombre que era. Pero allí... allí era una verdad diferente la que persistía.

—Os vendéis muy barato, mi señora —bromeó él—. Una mujer que fuera una tabula rasa no me convendría. Es cierto que una vez llegué a pensarlo, pero ahora...

El cumplido la hizo ruborizarse y fue consciente de que se le notaba. Esperaba que él diera un paso adelante y le mostrara exactamente lo que significaba ser su esposa. La humedad que sentía entre sus piernas había empezado a latir, un latido de deseo tan familiar que la aturdió.

Lo deseaba, lo deseaba de la misma forma en que se habían deseado mutuamente en Londres, de la misma forma en que se habían amado, ardientemente y sin aliento. Cuando Hawk sirvió las dos copas de vino tinto, ella intentó estudiar la situación.

—Por nosotros —dijo él, tendiéndole su copa, cuidadoso de no tocarla mientras se apartaba para beber la suya, pero sin dejar de mirarla a los ojos.

Beber podía atenuar su pánico, y lo necesitaba. Los pezones se le endurecieron y sintió la tensión del deseo en lo más profundo de su ser cuando él le tocó suavemente el brazo.

—¿Te duele?

Negando con la cabeza, sonrió.

—La señora Simpson encontró un vendaje esta mañana y me lo puso. El ungüento que me aplicó me quitó el dolor.

Él le tomó la mano izquierda.

—Te conseguiré un anillo adecuado en cuanto pueda. Mi madre tenía muchos...

Sus palabras se perdieron cuando ella alzó su mano y empezó a besarle los dedos, uno a uno.

—Te amo, Stephen.

No cabía decirle otra cosa al hombre que nunca había renunciado a ella,

incluso cuando había pensado que era un traidora.

Él sacudió la cabeza e intentó acercarse, pero ella no se lo permitió.

—Ah, corazón, tú no sabes cómo soy por dentro... —dijo él con su mano libre sobre su corazón, como si estuviera escondiendo algún oscuro secreto que no quería que ella viera—. Y si lo supieras...

—Entonces te amaría aún más.

Sabía que él no podía amarla de la forma que ella quería, que no podía pronunciar las palabras que ella no podía reprimirse de pronunciar cada vez que estaba en su compañía.

«Te amo».

«Te amo con todo mi aliento y todo mi corazón».

—Son los defectos lo que hace interesantes a las personas, Stephen, aquellas cosas que ocultan a todos los demás.

—Yo he matado a gente, Aurelia. Mucha gente.

—En el nombre de un país que intenta proteger a sus ciudadanos. Inglaterra debería agradecértelo.

—Ojalá fuera tan fácil —repuso con un tono anhelante.

—A veces lo es, amor mío. A veces olvidar por un momento es fácil —empezó a desabotonarle la chaqueta, y se alegró de ver que dejaba que se la quitara. Siguió el pañuelo de cuello el chaleco y la camisa.

Respiraba pesadamente cuando él le delineó el borde del vendaje y la ayudó a quitarse el vestido.

—Si no hubieras sobrevivido... —acercó el pulgar a su seno izquierdo y le dibujó algo sobre la piel. Su nombre: Hawk.

Su piel lo leyó en la caricia. Su marido. Unido a ella por Dios y por la ley. El contento dio paso a la alarma, sin embargo, cuando él subió los dedos hasta su nuca y le apartó el cabello de aquella zona.

—¿Qué te pasó aquí?

Era la marca de un cuchillo. Un corte que le había hecho Charles, como advertencia para que obedeciera.

—Me casé con tu primo obedeciendo a un impulso y pronto me arrepentí de ello —suspiró profundo—. Él era mi marido y yo le había jurado obediencia ante Dios. Si yo hubiera hecho lo que él me exigía por derecho, quizá nada de todo esto habría ocurrido. La hija de John habría podido tener su bebé y Charles aún seguiría vivo.

Hawkhurst sacudió la cabeza.

—Un hombre que agrede a su esposa de esta manera es un desequilibrado peligroso, Aurelia. Hiciste bien al guardar las distancias con él y no hay ninguna vergüenza en protegerse a uno mismo.

Ella sonrió.

—¿Cómo protegiste tú a tu hermano?

—¿Quién te lo contó? —inquirió, asombrado.

—Lillian. Me dijo que la cicatriz que tienes en el muslo fue consecuencia de los esfuerzos que hiciste por salvarlo cuando se vio atrapado en un tiroteo.

—Fue un esfuerzo inútil. Murió en mis brazos.

Se dio cuenta de que podía dar consejos, pero no recibirlos. La ironía de la situación le arrancó una sonrisa y, cuando ella continuó hablando, se obligó a escucharla.

—Ambos hemos quedado marcados por la muerte y, según parece, hemos pagado el precio. Quizá tenías razón cuando dijiste que había llegado la hora de poner punto final a la culpa: tú con tu hermano y yo con Charles.

Ella subió la mano y le acarició una tetilla. De repente Hawk se sintió incapaz de respirar.

¿Dejaría alguna vez de desearla, de querer poseerla? Lamiéndole el cuello, le dejó allí una marca, roja de pasión, y la llevó al lecho matrimonial.

Era de noche cuando se despertó, con el resplandor de la luna llena entrando por las ventanas, iluminando el cuerpo de Lady Aurelia Hawkhurst. Hawkhurst repitió su nombre, deleitándose con su sabor y su sonido en medio del silencio, pasada ya la medianoche.

La cabeza de ella reposaba sobre su pecho, con el anillo fácilmente visible a la luz de la luna. Fuera, la brisa agitaba las hojas de los gigantescos robles que flanqueaban el sendero de entrada.

Atherton y Aurelia. Lo perfecto de esa combinación le hizo sonreír y se quedó muy quieto, no fuera a despertarse ella y descubriera todo lo que significaba para él.

¿Por qué no se lo decía? ¿Por qué no le devolvía las palabras que ella le había dirigido durante todo aquel largo y placentero día?

Un tesoro.

«Puede ser fácil», le había dicho ella. Pero él sabía que nunca lo era.

Diecisiete

Hawkhurst se había ido cuando ella se despertó, con la luz del sol bañando ya la habitación.

La señora Simpson entró después de llamar a la puerta, toda sonrisas y con una palangana de agua caliente en las manos.

—Yo os ayudaré a lavaros, milady, y luego a vestiros.

Aurelia sintió que se ruborizaba. La cama estaba desarreglada y, tirando rápidamente de las sábanas, intentó disimularlo todo lo que pudo.

—Una noche de bodas provechosa suele tener esa clase de... efectos — comentó la sensata y eminentemente práctica señora Simpson—. En mi experiencia, cuando eso no sucede, no hay mucha esperanza de una felicidad futura.

—¿Está usted casada?

—Treinta y cinco años llevo casada, milady, y con un hombre al que amo tanto como el día en que me casé con él.

La conversación tranquilizó a Aurelia.

—Lord Hawkhurst... ¿visita Atherton con frecuencia?

—No tanta. Cuando era niño vivió aquí con sus padres, pero fallecieron víctimas de una enfermedad y desde entonces no ha vuelto a pasar mucho tiempo de seguido.

La información era aterradora. Se imaginó el dolor y la soledad que habría sentido el niño Stephen, con su mundo repentinamente destruido.

—Es por eso por lo que lord Hawkhurst es como un canto rodando por el mundo... Aunque un buen matrimonio podría cambiar eso.

—Gracias por decírmelo.

—Pero daos prisa, milady, que vuestro flamante marido os está esperando abajo, para desayunar...

Stephen se hallaba de pie ante la ventana del salón azul, contemplando los verdes y extensos prados. Antaño había jugado en ellos con su hermano, riendo y gritando mientras corrían, pescaban, escalaban. Sus padres solían quedarse en Atherton la mayor parte del año, disfrutando de la tranquilidad y de la belleza del

lugar, pero había sido aquel mismo aislamiento el que había terminado por matarlos, demasiado lejos como había estado de un médico que pudiera acudir.

Los habían enterrado juntos, en el pequeño mausoleo familiar. A Daniel y a él los habían mandado llamar al colegio para que asistieran a la triste y solemne celebración del funeral.

Se apartó el pelo de los ojos. En ese momento estaba allí con una mujer que no se parecía en nada a la novia que había pensado tomar y... ¿dónde lo dejaba eso a él? Enamorado y atrapado en la promesa de todo lo que ella era.

Despertarse por la mañana con ella yaciendo a su lado y contemplar la serenidad y la confianza en su rostro había sido como una revelación. No estaba ya tan pendiente de sí mismo ni detestaba el poder que ella ejercía sobre él, como tampoco pensaba únicamente en desahogar su deseo en ella como un adolescente. Aborrecía también ese pensamiento, sabiendo como sabía que, si algo malo llegaba a ocurrirle a Aurelia, no sobreviviría.

Había sido lo mismo con sus padres, tanto años atrás, cuando la noticia de su muerte lo dejó destrozado y encogido en un rincón del frío edificio del colegio, respirando como si le faltara al aire.

Si Aurelia lo dejaba... Sacudió la cabeza y ahuyentó aquel pensamiento, pero la posibilidad de que se hubiera quedado embarazada era alta y él conocía los porcentajes de mortalidad femenina durante el parto. Todo se volvía peligroso cuando alguien penetraba a través de la máscara de indiferencia de otro y le llegaba al corazón. Había sido precisamente por eso por lo que se había planteado pedir la mano de Elizabeth Berkeley, porque sabía que había una parte de su ser a la que ella nunca habría podido acceder.

Al contrario que Aurelia.

Tragó saliva y pensó en su madre. A Catherine le habría gustado su nueva esposa, porque había poseído su misma lucidez y su mismo sentido de la independencia. A su padre también le habría agradado, con sus opiniones y su conocimiento de alto espectro sobre política.

Un ruido en la puerta le hizo volverse y allí estaba ella, con los hombros cubiertos por un chal que reconoció como perteneciente a su madre, de un color rosa pálido que resaltaba aún más el color de su pelo. Y llevaba el mismo peinado que había lucido tantas veces su madre, recogido en un moño suelto en la nuca.

Las vueltas de la vida seguían caminos inescrutables y quizá, al fin y al cabo, todo fuera tan sencillo como había dicho Aurelia que era. Tras indicar al criado que empezara a servir el desayuno, ayudó a su esposa a sentarse a la mesa.

Aquella mañana iba vestido con ropa de campo, chaqueta y pantalón de

tweed, de corte elegante. Por su parte, Aurelia apenas podía sostenerle la mirada mientras evocaba con deleite las horas pasadas en su habitación. Ese día, en la compañía de los sirvientes que los atendían y con la formalidad esperable en la casa de un lord proyectándose sobre todo, sentía una extraña incertidumbre.

No podía creer que aquel distante lord fuera el mismo hombre que la había besado hasta aturdira de deseo y al que había entregado su cuerpo con tanta libertad.

—Hoy me gustaría enseñarte Atherton a caballo, si te sientes en condiciones para ello.

El simple pensamiento de salir de excursión la animó.

—Mi brazo está mucho mejor y, si me canso, siempre podré empuñar las riendas con una mano.

—Bien. La señora Simpson te proporcionará uno de los trajes de montar de mi madre. Han quedado un poco anticuados, pero te servirán. ¿A las once te parece bien?

—Estupendo —la tostada le supo seca cuando la mordió. Todo era tan rígido y tan formal... Le habría gustado que la mirara como había hecho a la luz de la luna llena, con la pasión y la necesidad brillando en sus ojos. Pero aquella mañana era como si estuviera desayunando con un extraño...

—A la gente que trabaja en Atherton le encantará cruzar una palabra o dos con su nueva ama, si no te muestras reacia a detenerte a visitarlos.

—Por supuesto que no me mostraría reacia a hacer tal cosa.

Vio que entrecerraba los ojos ante su sorpresa, con un fondo de perplejidad, y por eso mismo se sonrió. Hawkhurst desvió enseguida la mirada y se concentró en untar de mantequilla su tostada para levantar luego la jarra de limón con azúcar y llenar una alta copa. Las cotidianas tareas de un desayuno normal y corrientes con una noche de alta pasión y deseo como telón de fondo.

Si hubiera sido más valiente, le habría agarrado la mano y le había pedido que volvieran al dormitorio para poder así continuar hablando en un lenguaje sin palabras. Si hubiera sabido que los sentimientos que albergaba por ella eran tan intensos como los que ella albergaba por él, habría hecho justamente eso, pero no tenía aquella certidumbre. Así que se quedó callada, con el pesado tictac del reloj del rincón devorando los minutos del silencio que se prolongaba entre ellos.

Hasta que, por fin, él pareció cansarse.

—Alexander Shavvon vendrá aquí mañana. Es el jefe del Servicio Británico y espero que ponga punto final al caso del almacén de Park Street.

Semejante cambio de tema la dejó aturrida. Tan pronto había estado ensimismada en sus fantasías sexuales como, al momento siguiente, él sacaba a colación un asunto que podría determinar su futuro para siempre, para bien o para mal.

—¿Me entrevistaré con él?

—Por supuesto. Confío en tus encantos para que lo deslumbres completamente. Cuando te presente a él como mi esposa, retirará las denuncias que Kerslake insiste en poner contra ti y te otorgará su perdón.

—¿Y si mis encantos no funcionan?

—Funcionarán, Aurelia. Créeme, funcionarán —se levantó, recogiendo la servilleta de su regazo y arrojándola sobre la mesa—. A las once en las cuerdas. Que la señora Simpson ordene a un muchacho que te las enseñe.

Y se retiró, alejándose a buen paso por los amplios corredores de Atherton, señor de una mansión y príncipe de su dominio. De repente el salón pareció mucho más vacío sin él.

Atherton era tan hermoso como ella se había imaginado, con sus extensos prados verdes que terminaban en bosquecillos de robles, olmos y hayas. Medlands había sido una propiedad grande, pero aquella se perdía en el horizonte.

—Cuando el cielo está claro, desde aquí es posible ver el mar —dijo Hawk mientras frenaba su caballo en lo alto de una loma alfombrada de hierba—. Solíamos nadar allí, en verano.

—¿Tu hermano y tú?

—Mi padre nos regaló una pequeña gabarra y corríamos arriba y abajo por la playa, jugando a los piratas.

—¿Tuviste una infancia feliz, entonces?

—Sí, pero no duró lo suficiente.

Aurelia asintió y alzó el rostro al sol, disfrutando del calor y la sensación de libertad.

—Mi madre se marchó por voluntad propia. Una enfermedad habría sido un motivo más fácil de comprender y asimilar.

—¿La señora Simpson te contó la manera en que murieron mis padres?

—Yo se lo pregunté.

—Te habrían gustado, y tú les habrías gustado a ellos.

El cumplido fue tan inesperado que no pudo evitar sonreírse, con su caballo relinchando nervioso cuando le tiró de las riendas.

—Tu madre tenía un gusto exquisito en cuestión de ropa —dijo al fin, señalando la chaqueta de montar y la falda azul marino que llevaba.

—Tenía un gusto exquisito en todo —repuso, agarrando su caballo y ordenándole que se quedara quieto.

El animal obedeció al instante, pero la corriente de deseo que Aurelia había estado experimentando durante toda la excursión empezó de repente a hervir. El

roce de sus dedos en los suyos se imponía a cualquier pensamiento racional, con la brisa procedente del mar haciendo ondear su cabello. Cerrando el puño con fuerza, lo miró y vio en su rostro exactamente lo que debía de expresar el suyo.

La hierba era alta y un pequeño acantilado los protegía del viento y de las miradas indiscretas. Aurelia miró a su alrededor. Desde donde estaba, podía contemplar todo el valle. Aparte de algunos rebaños de ganado, no se veía un solo ser humano.

—¿Aquí? —susurró la pregunta, apenas audible.

—Sí —no dijo más mientras desmontaba y ataba su caballo a un arbusto que tenía detrás. Ayudándola a bajar, hizo lo mismo con su montura—. Ven.

No le tomó la mano, sino que esperó a ver que la seguía y un momento después llegaban a un saliente donde la hierba era más densa, como un lecho avanzado sobre el cielo.

Subió una mano al cuello de su chaqueta de terciopelo, para dejarla caer luego por sus senos y su vientre.

Acto seguido le levantó la falda. Aurelia sintió el frescor de la brisa en el trasero.

La colocó de espaldas a él y la penetró por detrás, apartada la barrera de la ropa con un simple tirón. Ella echó los brazos hacia atrás, aferrándose a su solidez mientras él entraba en ella sin una sola palabra, haciéndola arquearse con su firme embate. Allí, encima del mundo y al abrigo del viento, sin pensar en ninguna otra comunión que no fuera la de sus cuerpos, Aurelia aceptó lo que había sabido desde el momento en que se encontró con Stephen Hawkhurst en aquel polvoriento camino de Taylor's Gap.

Lo había deseado entonces y lo deseaba en aquel momento, con la humedad de su sexo pidiéndole más, y cuando lo oyó gritar y estremecerse, tuvo una sensación que nunca antes había experimentado: la de una auténtica pertenencia.

Mientras la abrazaba, todavía unido a ella, le susurró al oído:

—Gracias, amor mío.

El tono de sus palabras era tal que ella pudo creer verdaderamente que en efecto era su amor, y no una mujer con la que se hubiera casado por impulso para rescatarla de algún peligro. Cerrando los ojos, se dedicó a saborear el momento, evaporadas sus dudas por la presión del cuerpo que la envolvía, deleitándose con la sensación de seguridad y el fervor de su deseo.

Luego él se apartó, desvinculados sus cuerpos, con su semilla corriendo todavía entre los muslos de Aurelia, pero en seguida se volvió hacia ella y se apoderó de su boca. Empezó a besarla con tanta desesperación como urgencia, mordisqueándole los labios. El leve dolor del sexo se mezcló con la jubilosa tensión del alivio, mezclados sus alientos. Se sintió arrasada. Lo acogió en sus brazos conforme se fue tranquilizando hasta quedar inmóvil, con la cabeza apoyada

contra su chaqueta de terciopelo y el rostro cubierto por el rojo de su cabello.

—Parece que no puedo saciarme de ti.

—Entonces es una buena cosa que estemos casados, milord —bromeó ella.

—¿No estás enfadada porque hayamos hecho el amor aquí, a campo abierto?

—¿Al sol y al viento, y con la inmensa finca Atherton a la vista? No, me parece más que apropiado.

Él soltó una carcajada, fuerte y prolongada, que el eco hizo resonar libre y gozosa. Aquel era un Stephen que ella no había conocido antes, el mismo del que le había hablado Lillian en Woodruff Abbey.

—Dios mío, Aurelia. Cuando te conocí en Taylor's Gap, te habría arrastrado inmediatamente a Atherton para no dejarte salir nunca más.

—Ibas a saltar por el acantilado, si no recuerdo mal, así que quizá tuvieras otros pensamientos en mente.

—Supongo que al final no habría llegado a saltar —su voz se tornó más baja, más seria—. Pero la guerra me había dejado como embotado, insensible, hasta que nos besamos y luego... —se interrumpió.

—¿Luego qué?

—Me hiciste sentir de nuevo.

Sonriendo, alzó una mano para acariciarle una mejilla, deslizando los dedos hasta el nacimiento de su pelo y contemplando cómo el dorado de sus ojos se volvía de un cálido tono miel.

—¿Así? —le preguntó mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar—. ¿O así? —añadió, sintiendo la tensión de los músculos de su cuello.

—Así mismo, corazón —se apoderó de sus dedos y se los llevó a los labios, lamiéndole la piel.

—Te amo, Stephen —vio asomarse a sus ojos un brillo de cautela. Pero cuando se volvió hacia su caballo, supo sin ninguna duda que no pasaría mucho tiempo antes de que escuchara de sus labios las palabras que tanto deseaba oír.

Aurelia, en su generosidad, le había dejado entrar en su cuerpo y en su alma. Incluso en ese momento, mientras cabalgaban de regreso al hogar, pensó que si la tocaba y le pedía que hicieran otro alto, ella volvería a acogerlo en su secreto calor, sin escatimarle nada. Maldiciendo por lo bajo, se reprimió de hacerlo solo porque se distinguían a lo lejos unas nubes de lluvia y porque el viaje de vuelta era largo.

Ella era una sirena con un corazón de oro y la mente de un sabio. Una mujer cuyo ardor rivalizaba con el suyo, dispuesta como estaba a compartirlo todo.

Deseó que fuera ya de noche, satisfechas ya todas las obligaciones del día y con diez largas horas por delante para gozar con su esposa. La noche anterior no había sido más que una pequeña muestra de lo que él podía llegar a enseñarle y ella era una mujer de abundantes encantos. Apenas podía esperar a que saliera la luna.

Shavvon estaba esperando su regreso y no parecía nada contento. Otros tres hombres que Stephen reconoció estaban apoyados en un carruaje, con los caballos jadeando todavía por la cabalgada.

—Llegáis temprano.

—Delsarte está muerto.

Oyó a Aurelia contener la respiración y vio a Alexander Shavvon desviar la mirada hacia ella, con la indiferencia de su expresión convirtiéndose en algo enteramente distinto.

—¿Así que esta es Aurelia Saint Harlow?

—Ahora es lady Hawkhurst.

—¿Os habéis casado con ella?

—Así es.

Hawk no esperó escuchar su rápida carcajada ni leer la aprobación en sus ojos color castaño oscuro.

—¿Para protegerla?

—Para más que eso.

—¿Más?

—La amo —ya estaba, lo había dicho. En público, y con una facilidad sorprendente. Sintió que Aurelia le apretaba la mano.

—Os daréis cuenta de que habrá un precio que pagar por tanta impetuosidad.

Hawk esperó en silencio.

—Si continuáis dos años más en el Servicio Británico, consideraré mi deuda saldada.

Stephen se desmoralizó al escuchar aquella petición. Llevaba mucho tiempo intentando escapar del espionaje, pero si semejante obligación servía para proteger a su esposa, la aceptaría. Cuando asintió, Shavvon esbozó una sonrisa, pero Aurelia dio un paso adelante, frunciendo ferozmente el ceño.

—No. No permitiré que mi marido pague por mis errores, señor Shavvon. En lugar de ello, os ofrezco la oportunidad de aprehender a más gente de la calaña de Delsarte y con gran facilidad.

—¿Cómo?

—Mi madre está rodeada de hombres que serían dañinos para Inglaterra, hombres que con un pequeño estímulo podrían sentirse tentados de ocupar la posición que ha dejado vacante la muerte de Delsarte. Con un pequeño gasto de energía, nosotros podríamos capturarlos.

—¿Nosotros?

—Lord Hawkhurst y yo misma. Ellos no confiarían en otros.

—Proseguid, os escucho.

—Después de esta última misión, quedaremos libres, Hawkhurst y yo. Mi madre será trasladada a una zona de Francia donde pueda estar segura y el asunto de la confesión de Kerslake quedará cerrado.

—Te has casado con una serpiente pitón, Hawk —lo tuteó, complacido—. Los dos hacéis una pareja perfecta.

Cuando Shavvon alzó la mano, como indicando que aceptaba el trato, Stephen se permitió la primera sonrisa en mucho tiempo.

Aurelia era una mujer de mundo y había luchado con uñas y dientes por los derechos y necesidades de su familia, al igual que en aquel momento estaba luchando por él. La calidez de su lealtad le desbordaba el corazón y, por primera vez desde que podía recordar, experimentó un sentimiento de pertenencia.

—Estamos alojados en la posada del Jabalí Rojo, en el pueblo —dijo Shavvon—. Os esperaremos allí. Partiremos mañana para Londres a primera hora.

—Muy bien.

Mientras el coche se alejaba por el sendero, Aurelia se agarró de su brazo.

—¿Hablabas en serio cuando le dijiste que me amabas? —su mirada estaba llena de esperanza.

—Te amo, corazón. Siempre te he amado, desde aquel primer beso en Taylor's Gap.

Se llevó una mano a la boca, profundizados los hoyuelos de sus mejillas.

—Pensaba que a lo mejor tú querías decir también algo —se burló él al ver que se quedaba sin habla.

—Te amo, Stephen, más que a mi vida.

—Entonces esperemos que la tarea que nos has propuesto hacer sea fácil y podamos estar de vuelta en Londres antes de que acabe la semana.

—¿Y luego habremos terminado, de una vez por todas, con toda esta podredumbre?

La alzó en brazos, con el sol sobre sus cabezas y rodeados por el paisaje de Atherton.

—Completamente —susurró y la besó con pasión.

Epílogo

Regresaron a Inglaterra doce días más tarde, tras haber aprehendido a los compinches de Delsarte y de haberlos entregado en manos del Servicio Secreto Británico. También se habían llevado a Sylvienne a una aldea de las afueras de París, para instalarla en una antigua y bonita granja que le había conseguido Hawk.

Su madre se había deshecho en elogios con su nuevo marido; no había dejado de repetir que era exactamente la clase de hombre que ella habría elegido si hubiera vuelto a ser joven. Aquello le confirmó a Aurelia que Sylvienne siempre había sido una aventurera y que la boda con su tímido y erudito padre había estado condenada desde el principio al fracaso. Su separación no había sido culpa de ella, después de todo, y aquel pequeño descubrimiento alivió de algún modo la culpa con la que Aurelia había estado cargando.

Braeburn House se hallaba en silencio cuando se detuvieron en la puerta. Aurelia esperaba que la salud de su padre no se hubiera resentido y que todo hubiera marchado bien por casa durante las semanas que había estado ausente. Les había escrito antes de partir para París, explicándoselo todo, y Hawk había contratado a un hombre en el almacén para que se ocupara de los negocios allí.

Leonora la vio primero y desorbitó los ojos con expresión de deleite.

—¡Lia, Lia! Sabíamos que venías porque el señor Shavvon vino a decírnoslo, pero tan temprano... —se lanzó a los brazos de Aurelia, con lágrimas de alegría corriendo por sus mejillas, pero se contuvo un poco al ver a Stephen a su lado—. Lord Hawkhurst. Bienvenido a nuestra familia.

Pronunció las palabras con timidez y, al alzar la mirada a su alto y guapo marido, Aurelia pudo entender por qué. Hasta en los menores detalles, era un hombre extraordinario.

—Rodney vendrá pronto, y también el señor Beauchamp.

—¿El señor Beauchamp? ¿Por qué?

—No es lo que creíamos que era, Lia, y profesa a Prudence una admiración a la que ella corresponde de buen grado.

La noticia sorprendió tanto a Aurelia que apenas pudo formular la siguiente

pregunta.

—¿Cómo es que trabasteis relación con él?

—Rodney lo trajo a casa.

—¿Y papá? ¿Cómo se ha tomado todo esto?

—Sonríe a James como si lo conociera. Y en cierta forma es así, porque a juzgar por los retratos de papá cuando era joven, el parecido familiar es grande.

Los gritos de Harriet y Prudence interrumpieron su conversación.

—Te estábamos esperando, Lia, asomadas a la ventana del dormitorio.

Saludaron con una reverencia a lord Hawkhurst antes de abrazar a Aurelia, y Harriet empezó a hablar.

—Desde que has estado fuera, el almacén lo ha estado llevando el señor Steele. Todas las tardes ha estado viniendo a darnos noticias.

—¿Una buena elección, entonces? Debí haber adivinado que serías capaz de encontrar un empleado estrella —Aurelia se volvió hacia su marido con una sonrisa en los labios.

—Y también ha contratado una enfermera para papá, Lia. Una enfermera de verdad que ha estado usando métodos para conseguir que camine más y coma solo. Y un médico, que viene cada a día a verlo.

Aquella noche Aurelia y Stephen yacían juntos en la casa Hawkhurst, con la lluvia repiqueteando contra las ventanas.

—Antes de que aparecieras en mi vida, todo era muy difícil —Aurelia trazaba círculos con un dedo en su pecho mientras hablaba—. Creí que nunca jamás conocería tanta... tanta...

—¿Felicidad? —sugirió Stephen, y sonrió cuando ella alzó la mirada hacia él.

Esa noche, a la luz de las velas, los ojos de Aurelia brillaban con un sereno júbilo.

—¿Habrà quizá una ley divina que decrete que aquellos que han vivido el infierno terminen encontrando el cielo?

—Tu tío Alfred así lo piensa.

—Nunca lo había visto tan feliz como en la cena de esta tarde.

—Cuando volvamos a Atherton, sería maravilloso que se viniera con nosotros. A él no le gusta la capital y...

Hawkhurst tragó saliva, con un nudo de emoción en la garganta.

—No puedo imaginar qué habría sido de mí si no te hubiera encontrado, Aurelia. Eres la única persona que me ha comprendido de verdad.

Se colocó encima de ella, disfrutando de las curvas de su cuerpo, y le alzó la

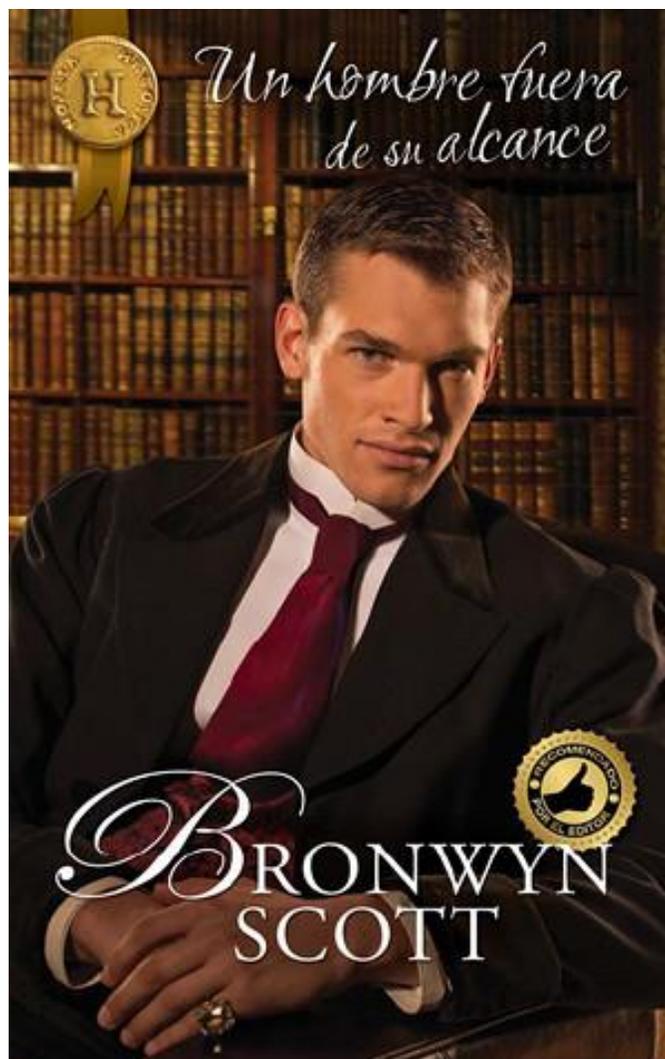
mano para besar el pequeño anillo que le había comprado en París.

—Este anillo es para siempre, querida, y te prometo que siempre te amaré.

—Siempre —repuso y lo besó en los labios, sellando el trato.

FIN

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
© 2013 Sophia James
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
A medianoche, n.º 581 - agosto 2015
Título original: Mistress at Midnight
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6782-6
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Nota de la autora
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Epílogo
Si te ha gustado este libro...